

A romantic scene featuring a shirtless man and a woman embracing on a brick rooftop at night. The man is leaning against the wall, and the woman is leaning into him. In the background, a city skyline with illuminated buildings and a bridge is visible under a dark sky.

Emma Fraser

Disparo al
CORAZÓN



Emma Fraser

Disparo al
CORAZÓN

Disparo al

corazón

EMMA FRASER

Ashley Smith vive una vida tranquila desde que se alejó de la ciudad de Nueva York

y el imperio que maneja su padre, sin embargo, un día es amenazada de muerte en un

anónimo. Desde entonces, su padre pone a su disposición al mejor detective de Nueva

York, un atractivo joven que pondrá su vida patas arriba para salvarla del asesino. Pero

¿podrán salvarse ellos mismos de caer rendidos el uno al otro?

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un

sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este

electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso

previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser

constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código

Penal).

Título: Disparo al corazón.

©Emma Fraser.

Diseño de portada: Ana B. López.

Ilustración tomada de Depositphotos.

Corrección y maquetación: Ana B. López.

Contacto:

anabelencorrectoradetextos@hotmail.com



Capítulo 1

3 de junio, Nueva York

Sam Smith se levantó antes de que llegara el alba, tal y como tenía por costumbre, y

preparó todo para comenzar un nuevo día en su empresa. Podía presumir de ser el dueño

de una de las compañías informáticas más importantes de Estados Unidos: Smith

Corporation. Amasaba una fortuna que era la envidia de sus conocidos. A lo largo de

toda su carrera empresarial se había ganado tanto aliados con los que aumentar sus

ingresos como enemigos, personas a las que había pisoteado para escalar hacia la cima en

la que se encontraba.

Era una persona a la que le gustaba vestir con trajes de marca. Nadie lo había visto

jamás con otro tipo de ropa que no fuera un traje de Versace o cualquier otra marca

importante. Tenía la suerte de vivir en una gran mansión a las afueras de Nueva York

que, por lo que sabía, había pertenecido a una gran celebridad de Hollywood y que la

había vendido tras arruinarse. Su nueva mujer se había encaprichado de ella y no había

podido resistirse a comprarla.

Con el paso de los años, su figura había aumentado como su fortuna. Era un hombre

de complexión fuerte y estatura baja. Su pelo rubio siempre había encandilado a la que

fue su mujer, fallecida en un accidente de tráfico, y

sus ojos azules se habían

empequeñecido con el aumento de las bolsas de sus párpados.

Cuando murió su primera mujer, estuvo a punto de caer en una profunda depresión.

Sin embargo, Mary, la que era su secretaria, logró sacarlo del pozo en el que se había

sumido y se casaron un par de años después de la muerte de su esposa, algo que jamás

aceptó su única hija, de la cual fue perdiendo poco a poco el cariño, ya que pensaba que

nunca había querido realmente a su madre.

Con el paso del tiempo y el aumento de su fortuna, su fanfarronería y extravagancia

también se acrecentó, algo que enfurecía a los que consideraba sus enemigos e incluso a

sus empleados, a los que trataba como si fueran la peor escoria.

A principios de mayo, varios empleados hackearon el sistema informático de una

empresa del sector que estaba aproximándose a las cuantiosas ganancias de Smith

Corporation. Aquella iniciativa fue llevada a cabo sin su permiso y despidió a todos los

culpables para evitar manchar el buen nombre de su empresa.

Suspiró cuando pasó por delante de la puerta de la habitación que había pertenecido

a su hija, Ashley. Hacía ya más de dos semanas que no sabía nada de ella desde la última

pelea que habían tenido. La joven no soportaba la presencia de Mary en su casa y cuando

regresó de la universidad de terminar sus estudios tuvo una gran pelea con ella. Sam no

quiso posicionarse con ninguna debido a que las quería a ambas, y aquello fue lo que más

le dolió a su hija, que hizo las maletas y se fue a vivir a Lehigh, un municipio del

condado de Northampton.

Su orgullo le impedía llamarla para pedirle perdón y para que regresara junto a él

para trabajar en la empresa familiar. Sin embargo, la joven le había dicho claramente que

no quería saber nada de él ni de su empresa. A pesar de eso, Sam había enviado a varios

de sus hombres para que siguieran su rastro y saber dónde estaba y a qué se dedicaba. No

podía dejar a su hija sola.

Sacudió la cabeza para alejar de él esos pensamientos tan negros y preparó su

maletín para ir a trabajar. Con lentitud, bajó las escaleras que conducían al garaje donde

su Porche descansaba resguardado de la incesante lluvia que sacudía Nueva York ese día

de principios de junio.

Pisando el acelerador y disfrutando del camino, llegó rápidamente al edificio donde

había montado su empresa. Esta era una construcción con una veintena de plantas y

cuyas paredes estaban recubiertas en su totalidad de cristales. Su despacho se encontraba

en la última planta del edificio y desde allí podía disfrutar de unas impresionantes vistas

de las calles principales de la ciudad.

Con parsimonia, subió al ascensor y tras diecinueve pisos accedió al último, donde

lo recibió la secretaria que había ocupado el puesto de su actual mujer.

—Buenos días, señor Smith —lo saludó casi con miedo. La joven conocía el

temperamento de su jefe y no quería provocarlo desde tan temprano—. Ya tiene el correo

sobre su mesa.

Sam asintió casi de forma imperceptible, pues casi nunca se detenía a hablar con sus

empleados, ni quería que ellos se tomaran esa libertad, ya que consideraba que si él era el

líder, no debían dirigirse a él como uno más de la plantilla.

Con pasos firmes y rápidos se dirigió a su

despacho. Deseaba saber si ya había

llegado la carta que estaba esperando con los resultados de las encuestas sobre las

empresas dedicadas al sector informático. Abrió con la llave que siempre llevaba encima

y se aproximó con rapidez a la mesa. Sin embargo, el correo era el que normalmente

llegaba a su mesa. Ni rastro de la carta que estaba esperando.

Las tiró como si nada sobre la mesa, pero una de ellas logró escurrirse y cayó al

suelo. Esta llamó la atención de Sam, puesto que no tenía remitente y era un tipo de sobre

que no solían usar con él. Lo palpó antes de abrirlo y frunció el ceño con extrañeza.

Cogió su abrecartas y rasgó el papel. Con cuidado,

sacó un folio y lo abrió. Su corazón

comenzó a palpar con fuerza y necesitó sentarse para leer de nuevo el contenido de

aquella carta. Por un momento, pensó que se trataba de una broma, pero después de leerla

una y otra vez, supo que no era así.

Numerosos recortes de periódico formaban un mensaje claro y contundente: “Tu

querida hija morirá en pocos días. Ella pagará por todo lo que me has hecho”. No podía

creer lo que sus ojos veían a pesar de que releía la carta una y otra vez. Volvió a mirar

dentro del sobre y descubrió una foto en la que aparecía su hija saliendo de la que parecía

ser la casa que había alquilado en Lehigh. Un círculo en rojo rodeaba la cabeza de

Ashley, completamente ajena al peligro que se avecinaba.

Alargó la mano hacia el teléfono y, con dedos temblorosos, marcó el número de un

amigo suyo, cuyo hijo acababa de recibir una distinción honorífica, a pesar de su

juventud, como detective.

—Peter, necesito tu ayuda.



Capítulo 2

Jim se encontraba recogiendo las cosas de su nuevo despacho. Tras su victoria

contra los narcotraficantes del sur, en cuya red se internó para llegar a los líderes, se

había ganado unas merecidas vacaciones. Estaba deseando llegar a casa y descansar.

Tenía aún los músculos agarrotados por la tensión sufrida en los últimos meses y

necesitaba un tiempo para relajarse y olvidarse de narcos y asesinos.

Suspiró hondo cuando se sentó durante unos segundos en su nueva silla. A pesar de

su juventud, había conseguido mucho más que cualquiera con los que se codeaba. Todos

sus superiores habían conseguidos condecoraciones cuando sobrepasaron la cuarentena,

sin embargo, él, que ni siquiera había llegado a la treintena, ya tenía en su poder varias

medallas al mérito. Nunca había tenido miedo al peligro, de hecho, le apasionaba sentir la

adrenalina que corría por sus venas cuando estaba a punto de coger a los malos.

En su atractivo rostro se dibujó una sonrisa. El reflejo de su cuerpo podía verse en el

cristal de la puerta de su despacho. Se observó detenidamente. El joven vestía más

informal que el resto de sus compañeros, que solían llevar uniforme. Vestía con unos

pantalones vaqueros, una camiseta y una chaqueta americana. Unas zapatillas ya gastadas

complementaban su atuendo. Poseía unos ojos verde esmeralda que parecían encandilar a

cualquiera que se atreviera a observarlos. Su pelo negro parecía ser más rebelde que las

personas a las que había enviado a la cárcel y siempre había sido incapaz de peinarlo y

manejarlo a su antojo. Parecía que tuviera vida propia. Podía presumir de tener una

musculatura que a punto estaba de hacer estallar los botones de la chaqueta. Acarició su

barba de varios días y dudó si debía afeitársela, puesto que su madre siempre le había

dicho que esta espantaba a las mujeres y por eso nunca se había casado.

Miró a través de los cristales y vio a los que ahora formaban su equipo. Estaba

seguro de que tenía con él a los mejores detectives de Nueva York y los alrededores.

Habían sido compañeros suyos en la academia y conocía las notas que estos habían

sacado a lo largo de los años de formación. Todos habían logrado unos sobresalientes

más que merecidos y por eso los había elegido.

Recordó la conversación que había mantenido con uno de ellos minutos antes

cuando les habló de sus merecidas vacaciones.

—¿Y en qué vas a emplear el tiempo? Tú no eres una persona a la que le encante

estar tirado en el sofá.

—Bueno, ya buscaré algo. Supongo que llamaré a Myriam para quedar con ella.

Su compañero levantó una ceja sorprendido.

—¿Myriam? ¿Aún la sigues viendo?

—Quedamos a veces —respondió Jim incómodo con el interrogatorio.

—¿Y por qué no sales con ella en plan formal?

Jim suspiró.

—Por lo mismo que todas. Ninguna quiere casarse con un detective que se juega el cuello con unos narcotraficantes.

Jim tenía razón. Sentado en la silla del despacho recordó una y otra vez sus últimas

palabras con su amigo. Todas las mujeres con las que salían se cansaban de que su novio

se pusiera en peligro y tras varios intentos por continuar la relación, finalmente esta se

rompía.

Suspiró y volvió a levantarse. Tenía que ordenar todo cuanto antes y comenzar con

su tiempo de descanso, si no, se volvería loco. Justo cuando iba a salir de su despacho, el

teléfono que habían instalado en este sonó con insistencia. Durante un momento, dudó si

debía contestar, ya que supuso que si era importante, pasarían la llamada a cualquier otra persona de la oficina.

Sin hacer caso al teléfono, salió y cerró con llave la puerta. Sin embargo, su móvil

comenzó a sonar justo instantes después de que dejara de hacerlo el de su despacho.

Frunció el ceño y dejó la caja que llevaba en sus manos sobre un mostrador y sacó del

bolsillo del pantalón su móvil. Cuando vio en la pantalla el nombre de su padre, no pudo

sino sorprenderse de que lo estuviera llamando, ya que hacía tiempo que no mantenían

contacto desde que este no aprobara su ingreso en

la academia en lugar de trabajar para él
en la empresa que manejaba.

Descolgó con desgana y esperó a escuchar la voz cansina de su padre.

—Jim, necesito que me hagas un favor...

Tras más de dos horas recorriendo la estancia de un lado a otro como un animal

enjaulado, el teléfono del despacho de Sam sonó y al primer tono descolgó.

—Señor Smith, han llegado los señores Wood.

—Hágalos pasar —contestó rápidamente.

Había cancelado todas las reuniones del día y sus compromisos con los clientes los

había pospuesto para otro día.

Sam se levantó de su asiento y se dirigió hacia la puerta para recibir a su amigo Peter

y al hijo de este. La puerta se abrió al segundo y por ella entraron, primero, Peter, un

hombre entrado en años, pero que aún conservaba el atractivo de la juventud. Vestía un

traje negro y camisa blanca con corbata.

Enseguida, se hizo a un lado para que entrara su

hijo, que parecía ser la viva imagen de su juventud. No cabía duda de que eran padre e

hijo, puesto que el parecido entre ellos era evidente. El joven, que estaba a punto de

alcanzar la treintena, vestía más informal que sus interlocutores. La indumentaria de este

contrastaba con la elegancia de su padre y Sam. Alargó una mano para estrechársela a

Sam, una persona de la que siempre había oído hablar a su padre y en los medios de

comunicación, pero que nunca había conocido en persona.

—Sam, te presento a mi hijo Jim.

—Es un placer —dijo.

—Lo mismo digo, señor. Mi padre me ha hablado mucho de usted.

—Gracias. Escuché hace unos días que has recibido un premio honorífico por tu

trabajo tras haber derrocado a una banda de narcotraficantes.

Jim se encogió de hombros.

—Nunca me han gustado los premios. Soy un hombre de acción.

—Y por eso os he hecho llamar —les señaló unas sillas para que se sentaran—. Por favor...

Sam se dirigió a su asiento tras la mesa y después le pasó a Jim la carta que acababa de recibir junto con la foto de su hija.

—Esta carta estaba entre las demás que he recibido esta mañana. No tiene remitente, pero está claro que sabe lo que hace.

Jim alargó la mano para cogerla y a medida que leía una y otra vez el texto levantó las cejas sorprendido.

—Sé que eres el mejor en tu trabajo.

—Gracias, señor, pero no logro entender qué es lo que realmente quiere de mí.

—Aunque mi relación con Ashley se haya enfriado en los últimos meses, es lo que

más quiero en el mundo. Y deseo protegerla cueste lo que cueste hasta que esto se

resuelva.

Sam carraspeó antes de continuar.

—Quiero que te mudes a Lehigh para protegerla e investigues sus círculos.

—¿Cómo? —Jim no creía lo que estaba escuchando—. Yo no soy una niñera.

Además, ahora iba a empezar mis vacaciones. Llame a otro.

—Te lo pido como favor especial, por la amistad que me une con tu padre. Pon un

precio, el que sea, y yo te lo daré.

Jim se levantó indignado de la silla.

—No se trata de dinero, sino de que es algo que no me compete.

En ese momento, Peter, que se había mantenido en el margen hasta entonces, se

levantó y se dirigió a su hijo. Le puso una mano en el hombro y lo giró para hablar con

él.

—Hijo, conozco a Sam desde hace años y sé que no pediría esto si no fuera

importante. Su hija corre peligro y ha depositado su confianza en ti para salvarla.

Jim los miró alternativamente.

—Pero puede que se trate de una broma. ¿Y si no es más que eso? No puedo poner

en movimiento a mi equipo por algo tan nimio.

—Sé que no —contestó Sam—. Tengo muchos enemigos y cualquiera podría querer

destruirme a través de Ashley. Por favor. Sé que no hay otro mejor para protegerla. Si

todo quedara en agua de borrajas, recibirías una gran compensación por tu trabajo.

—Por favor, Jim —su padre usó la mirada que siempre le dedicaba desde que era

pequeño para convencerlo de algo y a pesar de conocerla de sobra no tuvo más remedio

de que aceptar.

—Está bien —dijo a regañadientes tras un suspiro.

Sam asintió agradecido.

—Partiremos esta tarde hacia Lehigh. Ten

preparadas las maletas para entonces.

Jim extendió la mano y volvió a estrechársela y, junto a su padre, se marchó a casa

para preparar el viaje. No estaba convencido del todo de ser él quien llevara a cabo esa

investigación, pero sabía que tampoco podía negarle la ayuda a quien la necesitara.

A primera hora de la tarde, Jim ya tenía preparado todo. La maleta que había

preparado no era demasiado grande, ya que pensaba que todo se solucionaría pronto y

que se trataba de algo nimio. Cuando ingresó en la academia, jamás pensó que dejaría su

trabajo para ejercer de niñero de una niña de papá que seguramente se había metido en un

lío y ahora necesitaba la ayuda de su progenitor.

Mientras esperaba la llegada del coche de Sam, se dedicó a mirar la foto con

detenimiento. En ella aparecía únicamente Ashley, una joven bastante atractiva y que

poco o nada tenía que ver con su padre. Ella no vestía trajes de marca o grandes joyas

como su padre, sino que parecía una chica normal que fuera a heredar un imperio. ¿Qué

podía haber ocurrido para que ahora su vida corriera peligro si nadie podría decir que era

hija del gran Sam Smith? Sin duda, alguien sabía el vínculo que la unía al empresario y

quería sacar partido de ello.

Tragó saliva y carraspeó cuando se dio cuenta de que se había quedado embobado en

la imagen de la joven. Desde que su última novia

había roto con él al querer que dejara la

policía para estar con ella y negarse este a ceder no había vuelto a estar con nadie, ni

siquiera se había fijado en ninguna otra chica, pero la que aparecía en la foto era tan bella

que bien podría ser una de las modelos que suelen salir en las revistas. No sabía qué, pero

algo le decía que aquella joven le traería problemas...

El claxon de un coche llamó su atención, sacándolo de su ensimismamiento. Guardó

la foto en un bolsillo de la maleta y, tras un último vistazo, conectó la alarma para

después salir de su casa sin mirar atrás.

Sam lo esperaba nervioso junto al coche. En este solo viajarían ambos. Esta vez, el

empresario conduciría. De esta manera, levantarían pocas sospechas en el entorno de la joven cuando los vieran bajar del coche.

El viaje fue demasiado largo para ambos. Poco más de dos horas eran las que los

separaban de su destino, pero cada uno fue en silencio metido en sus pensamientos. Y

cuando por fin vieron a lo lejos el municipio suspiraron de alivio porque aquella tortura

llegara a su fin.

Sam condujo el Porche por las calles de las afueras, ya que su hija prefería vivir

fuera del centro a pesar de ser una ciudad pequeña. Se internó por una calle muy amplia

hasta que, finalmente, paró el coche frente a una casa pequeña que poco resaltaba

respecto a las demás. Tenía dos plantas. Un soportal flanqueaba toda la parte baja y un camino estrecho les abrió paso hacia la puerta.

Jim miró hacia todos lados. Aquella ciudad parecía ser tranquila y nada le indicaba

que alguien pudiera estar observándoles desde el otro lado de la calle, lugar donde se

tomó la foto que habían enviado a Sam. Nadie recorría la calle en ese momento y todo

estaba en completo silencio.

—¿Le ha dicho a su hija que veníamos?

Sam se giró a él y levantó una ceja.

—¿Tú qué crees? Si lo hubiera hecho, no me abriría.

Jim respiró hondo y se adelantó para llamar a la

puerta. Tras esperar varios minutos,

nadie salió a abrirles. Jim frunció el ceño y miró a Sam. Después volvió a llamar, pero

ocurrió lo mismo.

—Espere aquí.

Sam asintió y vio marchar a Jim. Este caminó alrededor de la casa buscando alguna

otra puerta por la cual acceder al interior de la vivienda. A medida que avanzaba y

cruzaba delante de ventanas, con cuidado se asomaba para ver el interior, pero no había

nadie en casa y todo se encontraba en orden.

Ashley regresaba del trabajo cuando vio que en la puerta de su casa había aparcado

un coche. Al principio no lo reconoció debido a la

distancia. Sin embargo, a medida que

se fue acercando, comprobó que era el coche de su padre. Se sorprendió enormemente al

verlo allí, ya que la última vez que se vieron le dejó bien claro que no quería saber nada

de él. Le había hecho mucho daño y aún no había sido capaz de perdonarlo. Además, no

lograba entender cómo había logrado dar con ella, aunque se imaginaba que sus

numerosos contactos repartidos por todo el país la habían localizado.

Resopló enfadada. Desde que había salido del trabajo deseaba fervientemente

descansar y tumbarse en el sofá con una buena copa de vino. Sin embargo, ya se

imaginaba cómo acabaría el día para ella: con una

acalorada discusión. Aparcó frente al

coche de su padre y, con parsimonia, se bajó del coche.

Levantó la mirada y vio con sorpresa que se encontraba su padre en completa

soledad, algo que le sorprendió, puesto que él no solía viajar solo.

—¿Qué haces aquí? —fue lo primero que se le ocurrió preguntarle.

—Yo también me alegro de verte, hija.

—No me vengas con eso ahora, papá.

Sam miró hacia ambos lados de la calle y comprobó de nuevo que estaban solos. Sin

embargo, le indicó con la mano que, por favor, entraran dentro de la casa para hablar con

más tranquilidad.

—Hablemos dentro, Ashley. Lo que tengo que contarte es muy serio.

—¿Acaso te vas a separar de tu secretaria? —le preguntó su hija irónicamente.

—Por favor... —insistió.

Ashley suspiró pensando que volvía a tratarse de alguna artimaña de su padre para

que regresara junto a él. Sacó las llaves del bolso y las introdujo en la cerradura. Sin

embargo, volvió a mirar a su padre y le preguntó:

—¿Y has venido solo? Eso sí que es raro...

—No, no he venido solo.

Ashley miró hacia la calzada e intentó vislumbrar a alguien tras los cristales del

coche de su padre, no obstante, nadie podía verse tras ellos.

—¿Y con quién si puede saberse?

Una sombra apareció tras Ashley, cortando los últimos rayos de luz de la tarde, al

tiempo que una voz poderosa contestaba a su pregunta:

—Ha venido conmigo.

Ashley levantó una ceja antes de girarse sin saber que el hombre más sexy y

atractivo que había visto jamás estaba a tan solo un par de pasos de ella. Su olor fue lo

primero que llegó a ella antes de posar sus atónitos ojos sobre él. La masculinidad y la

potencia de aquel chico podían olerse en su perfume salvaje. Ashley se quedó con la boca

abierta. Sin ningún tipo de pudor, miró al joven de arriba abajo, memorizando cada

recodo de su cuerpo y deseando, sin saber por qué, palpar los poderosos músculos que

podían intuirse a través de la americana que vestía el joven. Este la miraba con una

sonrisa de lado, consciente del poder que ejercía sobre todas las mujeres con las que

había tratado, aunque luego no entendía por qué sus relaciones no cuajaban.

Jim carraspeó para sacar de su ensimismamiento a Ashley, que seguía con el estudio

de su anatomía bajo su atenta mirada. Con ese sonido, la joven salió de los pensamientos

calenturientos en los que se había internado, ya que hacía tiempo que no estaba con un

hombre que realmente la quisiera a ella y no al dinero de su padre, y lo miró directamente

a los ojos, movimiento del que se arrepintió al instante tras verse reflejada en la mirada

verde de Jim.

—¿Y tú quién eres? —la joven recuperó su actitud altanera y se separó un par de

pasos de él, más que nada para evitar que ese olor salvaje volviera a escenificarle en su

mente las mismas escenas perversas que hacía unos segundos.

Jim, para ganar terreno sobre ella, se aproximó nuevamente mirándola a los ojos con

esa mirada penetrante que le caracterizaba.

—Soy Jim Wood, un amigo de tu padre.

Ashley levantó sin pensar una ceja. No podía creer que su padre tuviera un amigo

tan joven y con esa vestimenta, ya que siempre había sido muy selectivo con la gente con

la que se relacionaba.

—Vamos dentro y te explico, hija.

La voz de su padre mostraba cierto nerviosismo y temblor, algo que le sorprendió a

Ashley, pues su padre siempre había sido un hombre muy seguro de sí mismo y jamás le

dio muestras de duda.

Con presteza, giró la llave de la puerta y entró. Cedió el paso a sus visitantes y les

indicó con la mano que se sentaran en su sofá.

El salón era una de las estancias más grandes de la

casa. Cinco grandes ventanales

iluminaban los pocos muebles de la habitación. Ashley apenas había tenido tiempo de

decorarla a su gusto. Además, salió de la casa de su padre casi con lo puesto, tan solo

tenía un poco de dinero ahorrado y con él había pagado el primer alquiler de la casa. Con su

trabajo esperaba ganar algo más de dinero para seguir pagando y decorar algo más la

casa. Un sofá blanco de tres plazas presidía el salón. Frente a él, una mesita del mismo

color. La televisión era más pequeña de lo que había deseado, pero apenas había tenido

tiempo de verla, así que no le importaba su tamaño.

El salón estaba unido a la cocina, lo cual hacía

parecer la habitación aún más grande.

Los muebles de la cocina eran de color granate y contrastaban con el blanco del resto de

muebles.

Sam negó de forma imperceptible con la cabeza. No le gustaba que su hija no tuviera

la vida que se merecía, pero no podía hacer nada para convencerla.

Con un suspiro, Sam y Jim se sentaron en el sofá. El primero de ellos estaba

sumamente nervioso, ya que no sabía cómo enfrentarse a la situación y al momento en el

que debiera decirle a su hija que había alguien tras ella que quería matarla por su culpa,

algo más que añadir a la lista de la joven para odiarlo aún más si cabe.

—¿Deseáis tomar algo? —les preguntó con amabilidad, aunque le hubiera gustado

disfrutar de las últimas horas del día sola en el sofá, por lo que esperaba que se marcharan cuanto antes.

—No, hija, siéntate.

Sam le indicó que se sentara en el sofá que había frente al que ellos ocupaban. El

rostro serio y preocupado de su padre alertó a Ashley, aunque se dijo a sí misma que

seguramente el tema que iban a tratar era de la menor importancia.

Con rapidez y los nervios de punta, Ashley se dejó caer sobre el sofá y los miró

alternativamente esperando a que alguno de ellos comenzara la conversación. Ambos

hombres se miraban uno a otro incitando a que fuera el otro quien le diera la mala noticia,

aunque Sam sabía que debía ser él quien le hablara a su hija.

—¿Vais a estar así hasta mañana o me lo vais a contar ahora? Lo digo porque tengo

hambre y me gustaría acostarme pronto.

El tono de voz de la joven sonó insistente y apremiante. Todos eran conscientes de la

tensión que se estaba generando en el salón hasta que, finalmente, Sam carraspeó y se

sentó en el borde del sofá, unió sus manos como si intentara infundirse ánimos y miró a

su hija a los ojos. Después, comenzó su narración:

—Esta mañana he ido a trabajar como siempre

—Ashley asintió incitándolo a

continuar—. Cuando he llegado a mi despacho, había un montón de cartas sobre la mesa.

Muchas de ellas trataban lo mismo, sin embargo, había una que me ha llamado

poderosamente la atención.

Sam se llevó la mano a la chaqueta y extrajo la carta de la que le hablaba.

—Será mejor que la leas tú.

Extrañada, y a la vez sorprendida por el hecho de que su padre le cediera

correspondencia personal, Ashley extendió la mano y la cogió sin poder disimular su

temblor.

Con el gesto serio, la joven abrió la carta y primero extrajo la foto en la que aparecía

ella saliendo de esa misma casa hacía tan solo unos días, ya que reconoció la ropa que

había usado un par de días atrás para ir a trabajar. Frunció aún más el entrecejo por no

comprender a qué venía esa foto suya, sin embargo, antes de hablar, agarró el papel que

aún se encontraba dentro del sobre y lo abrió lentamente, como si tuviera entre sus manos

una bomba. Leyó con lentitud las palabras allí plasmadas con recortes de periódico y

durante unos segundos pensó que se trataba de una broma pesada y que no debía creer lo

que allí ponía. ¿Alguien iba a matarla? ¡Por favor! Siempre se había llevado bien con

todo el mundo y nunca se había ganado enemigos. Aquello le parecía una broma de mal

gusto o...

—¿Esto no será una artimaña tuya para que vuelva a casa? —Ashley intentaba

hablar con calma, ya que a cada segundo que pasaba adquiría más valor la idea de que

eso venía de su padre.

Sam se sorprendió enormemente.

—Hija, ¿me crees capaz de eso? Yo jamás haría algo así. No te voy a mentir, me

gustaría que volvieras conmigo, pero nunca me inventaría algo así para conseguirlo. Esa

carta estaba sobre mi mesa esta mañana y no he tenido constancia de su existencia hasta

que la he abierto.

Ashley miró a su padre con detenimiento y

descubrió el dolor que le embargaba

después de escuchar aquellas palabras tan duras que le había dirigido. Llegó a la

conclusión de que su padre no tenía nada que ver con aquello, pero ¿quién conocía tan

bien sus pasos como para saber dónde vivía? La joven comenzó a mover nerviosamente

el pie, tal y como hacía siempre que algo se escapaba a su entendimiento y releyó de

nuevo la carta.

—Parece que te lo estás tomando bastante bien

—Jim habló por primera vez desde

que habían entrado a la casa.

El joven había estado observando todos sus movimientos, como buen detective, y a

cada uno de ellos descubriría algo muy interesante sobre la joven, algo que lo incitaba a

conocer más sobre ella, además de un sentimiento de protección que jamás había sentido

con cualquier otro de sus clientes. Su pelo rubio parecía tan sedoso que deseaba tocarlo

para cerciorarse de que era tan suave como parecía. Cada vez que la joven miraba a su

padre, sus increíbles ojos azules lo perdían en las profundidades de ese mar. La delgadez

y la estatura menuda de Ashley la hacían parecer más vulnerable de lo que realmente era,

ya que la forma con la que había reaccionado le sorprendió a Jim. Le llamaba la atención

la palidez de su rostro y el rosado de sus mejillas, y además le gustaba demasiado el

mohín que presentaba en aquellos labios carnosos de los que apenas podía apartar la mirada.

Cuando Ashley le dirigió la mirada a él, sintió la fortaleza de la joven. Sabía que

tenía ante sí a una persona muy diferente de todas las mujeres a las que había conocido, y

eso era algo que siempre había estado buscando hasta que llegó a la conclusión de que

esa mujer no existía. Sin embargo, ese pensamiento se fue apartando de su cabeza para dar paso a Ashley.

—¿Preferirías que me tirara al suelo a llorar?

Jim esbozó una sonrisa ligera, que hizo más grande al imaginarse a la joven en esa

situación, y negó con la cabeza al tiempo que la miraba directamente a los ojos.

—Creo que eso no va contigo.

Ashley no supo qué contestar. Se había quedado en blanco después de escuchar esas

palabras. Nunca le habían dedicado palabras que, aunque parecían vanas, sonaban a

gloria para sus oídos. Ni siquiera su padre la había animado en su etapa de universidad ni

le había dedicado palabras bonitas. Ashley se perdió en el verdor de la mirada de Jim. La

atracción que había sentido hacia el joven desde que lo había visto tras ella en la puerta

de su casa se había ido incrementando a medida que pasaban los minutos, pero era algo

que había querido obviar hasta entonces, ya que le

habían hecho tanto daño las relaciones

que había tenido hasta entonces que hacía mucho tiempo que no sentía ese gusanillo en el

estómago al estar delante de un hombre interesante.

Un carraspeo por parte de Sam los sacó a ambos de sus pensamientos. Volvieron la

cabeza hacia él y Ashley, en un intento por disimular, habló:

—¿Y qué medidas vas a tomar hasta descubrir de quién se trata? Porque supongo

que no habrás venido solo para decirme que tenga cuidado...

—Jamás te dejaría a merced de un psicópata —las palabras de la joven le habían

hecho daño—. Ahí entra Jim...

Ashley levantó una ceja sorprendida.

—Él es el mejor detective de Nueva York y nos ayudará a descubrir quién hay detrás

de todo esto.

—¿Y qué vas a hacer? —Ashley le habló directamente a Jim. En su tono de voz

mostraba cierta ironía, aunque el joven detective obvió la acidez de la joven. Sin duda, no

le resultaría nada fácil proteger a aquella joven contestona, rebelde e impertinente que

tenía ante sí, aunque ese reto le estaba empezando a gustar cada vez más, especialmente

cuando ella se mordía el labio con nerviosismo.

Estaba seguro de que lo que tenía que decirle respecto al plan que habían pensado no

le iba a gustar nada, pero estaba preparado.

—Me voy a mudar a vivir aquí.

Ashley se le quedó mirando sin decir nada. Por un momento, creyó que había

escuchado mal y estuvo a punto de pedirle que le repitiera sus palabras, sin embargo, la

sonrisa irónica de Jim y la superioridad que mostraba en ese momento le confirmaron que

hablaba completamente en serio y que estaba dispuesto a irse a vivir allí, pero allí...

¿dónde?

Miró a su padre y este le devolvió la mirada, aunque más de reojo, y asintió con la

cabeza para confirmarle que Jim había dicho la verdad.

El calor corporal de la joven estaba comenzando a subir, y no precisamente por tener

a Jim delante, sino porque no estaba dispuesta a dejar que irrumpiera en su nueva vida

como si nada y la pusiera patas arriba. Unió sus manos y las apretó con rabia contenida.

—¿Qué quieres decir exactamente con que «te vas a mudar aquí»? ¿Vas a alquilar

una casa o algo?

Jim negó disfrutando como nunca de ese mohín que era cada vez más evidente y que

deseaba fervientemente besarlo con pasión hasta quitarle el enfado que mostraba la

joven.

—Me refiero aquí —el joven señaló a su alrededor—. A tu casa...

Ahora sí que no pudo aguantar el enfado. Ashley se levantó del sofá como movida

por un resorte y se paseó de un lado a otro de la estancia. Esta se había sumido en un

profundo silencio y tensión que podía cortarse con unas tijeras. La joven respiraba hondo

y soltaba el aire de golpe hasta que se paró de nuevo frente a sus interlocutores y dijo:

—Si creéis que voy a cambiar mi vida porque un lunático ha dicho que va a matarme

es que vosotros estáis más locos que él —miró a su padre—. Llevo una vida

completamente tranquila desde que vivo aquí y estoy muy contenta con mi soledad. No

pienso dejar que un extraño ponga mi casa patas arriba y me siga a todos lados como

cuando era pequeña.

—Es por tu seguridad, Ashley.

—¿Y qué pasa con lo que yo opino? ¿No vale nada? No quiero compartir casa con

nadie. Soy mayor y yo decido sobre mi vida.

—Esta vez vas a hacerme caso y vas a tener protección —Sam se levantó y encaró a

su hija—. Hasta que no descubramos quién es el que me ha enviado la carta, vas a estar

bajo la protección de Jim. Y no se hable más.

—Pero...

—¡No se hable más! —vociferó Sam—. Te guste o no, quiero protegerte. Y si pones

resistencia, Jim tiene mi permiso para obrar como él quiera. Si tiene que atarte, puede

hacerlo.

Ashley miró indignada al susodicho, que la observaba con una sonrisa de triunfo en

el rostro. Sin embargo, la visión de verse atada frente a él le atrajo más de lo que le

hubiera gustado.

—¿Te diviertes? —le espetó al tiempo que se ponía ante él—. No te va a resultar

nada fácil controlarme, te lo aseguro.

Jim se levantó para estar a su altura, aunque era más alto que ella, y para intentar

intimidarla con su musculatura. Sin embargo, consiguió el efecto contrario. Ashley se

sintió atraída por esos músculos que aún no había podido ver sin ropa y solo podía seguir

mostrando altivez para evitar que el joven descubriera el efecto que causaba en ella.

—He lidiado con problemas mucho más serios. Y siempre acabo ganando, te lo

aseguro —Jim le devolvió las palabras. Estaba disfrutando de lo lindo con aquella

discusión y en parte deseaba que no terminara jamás.

Sam intervino y agarró a su hija por el brazo para volverla hacia él.

—Hija, entiende que debo preocuparme por tu seguridad. No puedo dejar pasar esto

porque estoy seguro de que no se trata de ninguna broma. No sé quién puede ser, pero sé

que tengo muchos enemigos.

—Tal vez si hubieras tratado mejor a la gente,

ahora tendrías más amigos que

enemigos. Y si mostraras más respeto y confianza en tus trabajadores tal vez te querrían

en lugar de temerte.

Sam sabía que las palabras de la joven eran totalmente ciertas. Había pisoteado a

quien le molestaba en su camino y ahora sufría las consecuencias con quien más quería.

—Por favor, déjame cuidarte ahora. Sé que lo he hecho mal en el pasado, pero

quiero resarcirme y hacerlo bien ahora.

Sam puso las manos en los hombros de su hija y la miró a los ojos. Esta suspiró

derrotada y asintió finalmente. La joven sabía que ya estaba todo preparado y que no

podría hacer nada para evitar que Jim viviera con ella.

Ashley se separó de su padre y miró directamente a los ojos de Jim para después

decirle:

—Haré de tu vida un infierno.

Y sin esperar a que el joven le contestara, se fue hacia su habitación enfadada. No

obstante, cuando estaba a punto de abrir la puerta escuchó que Jim hablaba con su padre:

—No se preocupe. El infierno será para ella...

Ashley torció el gesto. Se sentía como hacía diez años cuando era más pequeña y se

escondía en su cuarto para evitar ver a su padre, con el que estaba enfadada. Ahora tenía

veintidós años y se estaba comportando como tal y, para colmo, en su propia casa. Le

había costado mucho abandonar la casa de su padre y ahora no podía impedir sentirse

como una extraña en su propia casa.

Ashley se sentó en el diván que había justo debajo de la ventana de su dormitorio y

miró a través de la ventana el jardín del vecino. A los pocos minutos de disfrutar de su

soledad, escuchó cómo se cerraba la puerta de la casa. Supuso que su padre acababa de

irse de nuevo sin despedirse de ella.

—El padre del año...

La joven negó con la cabeza enfadada. Su padre siempre había hecho eso. Jamás se

había despedido de ella cuando se iba a trabajar o de viaje. Cada vez que ocurría se

enteraba de la noticia por terceras personas.

Desde que era pequeña, Ashley había

envidiado a las pocas amigas que había tenido, ya que los padres de estas jugaban con

ellas y las llevaban al parque, algo que ella jamás había disfrutado con su padre, sino que

era su cuidadora la que hacía las veces de padre.

Siguió mirando interesada por la ventana y suspiró. La presencia de su padre

siempre le hacía recordar su infancia solitaria y le entristecía no tener apenas recuerdos

con él. Ashley sintió un nudo en la garganta que rápidamente desapareció, algo que hacía

desde que era pequeña: tragarse las lágrimas. Se

había autoimpuesto esa norma, y hasta entonces la había cumplido a rajatabla.

La joven escuchó unos pasos rápidos aproximándose a su alcoba. Su corazón

comenzó a latir con fuerza. No podía creer que aquel chico tan atractivo fuera a ser su

guardaespaldas durante unos días. No deseaba admitirlo, pero desde que sabía que Jim

estaría con ella en todo momento para protegerla, un cosquilleo intenso palpitaba dentro

de ella, y sin querer daba gracias por estar amenazada, ya que estaba segura de que sus

amigas se morirían de envidia al saber que alguien así sería su lapa.

A los pocos segundos, unos nudillos insistentes llamaban a la puerta. Ashley,

inconscientemente, se arregló la ropa y se acomodó en los cojines, aunque cuando fue

consciente de lo que estaba haciendo maldijo su interés en Jim. Con presteza, se levantó

y se dirigió hacia la puerta, pero esta se abrió de par en par antes de que la joven hubiera

recorrido la mitad del camino.

Ashley frunció el ceño con enfado.

—¿Se puede saber por qué no has esperado a que te abriera?

Jim la observó molesto.

—No has contestado cuando he llamado.

—Pero podía haber estado cambiándome de ropa.

Jim levantó una ceja y sonrió ligeramente.

—Lo que puedas enseñarme ya lo he visto anteriormente en otras mujeres.

Aquellas palabras encolerizaron a Ashley, que se sintió humillada por ellas.

—¿Qué coño quieres? —le preguntó evadiendo el tema—. Vale que tenga que

aguantarte estos días, pero me gustaría cruzarme contigo lo menos posible.

Jim chasqueó la lengua.

—No creo que eso sea posible —se hizo a un lado y le indicó que saliera del

dormitorio—. Necesito trazar un plan contigo.

Ashley no estaba por la labor de hacerle la vida más fácil, pero tampoco era de su

agrado saber que estaba siendo vigilada por un psicópata. Suspiró y cedió. Se dispuso a

salir de su habitación, sin embargo, cometió un error que la llevaría a lo que ella

consideraba una perdición. Al pasar junto a Jim, lo rozó ligeramente con el hombro y lo

miró instintivamente. Ambos cruzaron las miradas y sintieron algo en su interior que les

hizo creer que era aún más peligroso que el asesino que había amenazado a Ashley. Una

corriente eléctrica pareció recorrerlos cuando se tocaron y las miradas que se dirigieron

dijeron mucho más que cualquier palabra que hubiera podido salir de sus bocas.

Ashley se mordió el labio inconscientemente, un gesto que siempre había hecho

enloquecer de deseo a Jim, que sintió cómo un intenso calor se agolpaba dentro de él y se

dirigía imparable hacia abajo en dirección a su vientre.

Cuando Ashley se dio cuenta de que Jim miró con insistencia sus labios, giró con

rapidez la cabeza. Un intenso rubor se instaló en sus mejillas e intentó serenarse mientras

recorría los pocos metros que separaban su dormitorio del salón.

Ashley se sentó en el sofá y esperó a que Jim hiciera lo mismo en el sofá de

enfrente. Después volvió a mirarlo y estuvo a punto de volver a sonrojarse al verse

traspasada por esa intensa mirada verdosa, pero se serenó como pudo y esperó a que su

interlocutor hablara.

—Como te he dicho antes, voy a vivir en esta casa,

pero no estaremos solos en esto

—Jim acalló a la joven, que abrió la boca para quejarse—. Déjame terminar, por favor.

Tengo un equipo a mi mando y voy a llamarlos para que vengan aquí a ayudarme. Ellos

no vivirán en esta casa, pero sí en la de enfrente, que tiene un cartel en el que indica que

se alquila. Así que se mudarán allí y desde allí vigilarán la casa.

Ashley asintió conforme.

—¿Y tú qué harás? Porque en el pueblo van a ver que alguien más vive conmigo. No

puedo mentir.

—Sí que lo harás. Les dirás a todos que soy tu novio.

Ashley estuvo a punto de hiperventilar cuando escuchó esas palabras. Abrió la boca

para hablar, pero apenas pudo emitir sonidos que casi hicieron reír a Jim. Carraspeó para

hacerse entender y expresar lo que quería transmitir.

—¿Cómo que mi novio? Nadie se lo creerá. Saben que no tengo.

—Da igual que lo crean o no. Les dirás que nos conocíamos anteriormente y que

ahora estamos viviendo juntos.

A Jim incluso sus propias palabras le sonaban extrañas, como si no las dijera él. Sin

embargo, en el fondo de su corazón se regodeaba ante esas palabras y, aunque jamás lo

admitiría, deseaba que fueran verdaderas.

—Además, haremos vida social como cualquier otra pareja para que nos vean,

especialmente el asesino. Saber que vives con alguien lo pondrá nervioso porque se dará cuenta de que su juego se ha vuelto difícil.

Ashley asintió en silencio. Aún estaba archivando toda la información y lo ocurrido

durante la tarde y, sin quererlo, se comenzó a sentir agobiada. Ella había deseado toda su

vida una vida tranquila, lejos del dinero de su padre y las cenas lujosas, además de la

gente como él. Desde que se mudó allí había disfrutado de una ansiada tranquilidad junto

a personas que no conocía, aunque estaba claro que su rostro sí era conocido por alguien

en ese lugar...

Ashley se llevó las manos al rostro, tapándose para que Jim no viera las lágrimas

que estaban a punto de ser derramadas. Ya no podía aguantar más presión sobre su

espalda y necesitaba descargarse, y no le importaba que el atractivo detective la viera.

Los hombros de la joven comenzaron a sacudirse levemente al tiempo que sus mejillas se

mojaban con las lágrimas que salían de sus ojos.

Jim la veía desde el sofá de enfrente y no sabía cómo actuar en esa situación.

Cuando sus novias habían llorado frente a él siempre acababan diciéndole que no las

tocara cuando se aproximaba a ellas para consolarlas. Eran mujeres frías y calculadoras,

pero en ese momento no sabía si se encontraba

ante una. Algo dentro de él lo empujaba a

cambiarse de sofá y abrazarla. Necesitaba consolarla y, aunque en silencio, prometerle

que todo saldría bien, que estaba en buenas manos y que jamás dejaría que le ocurriera

algo malo.

Y así fue. Jim se levantó titubeante del sofá y tras dos zancadas se sentó junto a

Ashley, que apenas hizo un movimiento hacia él. El joven alargó la mano y la posó,

temblorosa, sobre el hombro derecho de Ashley y lo apretó para infundirle ánimo.

Cuando la joven sintió la mano caliente de Jim, volvió el rostro repleto de lágrimas

hacia él. Aquella mirada enterneció de tal manera al detective que este olvidó durante

esos momentos su fachada de hombre duro y no pudo evitar atraerla hacia él para

abrazarla. Durante unos instantes, se sintió torpe, ya que hacía demasiado tiempo que no

abrazaba a una mujer.

Ashley no sabía qué estaba haciendo, pero lo que sí sabía era que necesitaba un

abrazo para sentirse animada y reconfortada. Pocas eran las veces que su padre la había

abrazado y aquella vez, que era cuando más lo necesitaba, se había marchado sin siquiera

despedirse de ella. Se abrazó a Jim como si fuera lo último que hiciera en su vida, como

si fuera su bote salvavidas, aunque en cierta manera así era. La seguridad que irradiaba el

joven la reconfortaba y se sentía completamente

segura junto a él.

En un momento, el olor masculino del joven llegó hasta ella, provocándole una

estampida de sentimientos ligeramente encontrados. Ella no buscaba una pareja, sin

embargo, no podía evitar sentirse atraída por la masculinidad y el atractivo del detective.

Se separó de él para volver a su posición original y lo miró ligeramente sonrojada.

Siempre había llorado en soledad y era la primera vez que lo hacía ante alguien, y para

colmo ese alguien era un duro y sexy policía.

Se sentía avergonzada, pero las palabras que intentaban salir de su garganta se

quedaron atascadas sin poder salir. No obstante, algo dentro de ella le dijo que no tenía

por qué justificarse. Además, la mirada intensa de Jim no pedía explicaciones, sino que

tenía la sensación de que pedía algo diferente. Y tenía razón, ya que los ojos de Jim no

estaban parados en los de Ashley, sino en los labios de esta.

La joven carraspeó y ambos salieron de sus respectivos pensamientos. Ashley miró

hacia otro lado y Jim hizo lo propio. Cuando recuperó el hilo de la conversación, el joven

le preguntó:

—¿Conoces el entorno en el que se mueve tu padre?

—Bueno, nunca me he preocupado de su empresa. Tan solo le he preguntado una

vez, y fue hace un mes o así.

—¿Qué ocurrió?

—Al parecer, varios de los empleados hackearon sin su consentimiento el sistema

informático de varias empresas. Me dijo que querían un ascenso y para ello le pasaron

información confidencial de esas empresas. Pero mi padre siempre ha querido jugar

limpio, o al menos eso ha intentado. No quería que su nombre se manchara con esa

jugarreta, así que los echó de la empresa.

Jim se quedó pensativo durante unos momentos.

—¿Crees que podría ser una venganza de estos empleados?

—Sería un móvil perfecto, aunque no creo que esto esté en manos de varios, sino de

uno solo. ¿Conoces a esas personas?

Ashley asintió y le escribió en un papel el nombre de cada uno de ellos. En total,

eran cinco los empleados despedidos por su padre.

—Perfecto —dijo Jim mientras cogía el teléfono—. Empezaremos por aquí.

Marcó el número de teléfono de su mano derecha y esperó pacientemente a que este

contestara.

—¡Jim! ¿Qué pasa, tío? ¿Nos echas de menos?

—la alegre voz de su compañero se

escuchó al otro lado.

—Steve, necesito que me hagas un favor. Reúne a todo el equipo y veníos a Lehigh.

—¿A Lehigh? ¿Qué se te ha perdido allí?

—La hija de un importante empresario de la ciudad ha sido amenazada de muerte. Y

necesito vuestra ayuda.

—¿Y tus vacaciones?

—Bueno, este pueblo parece tranquilo. Así que estas serán mis vacaciones... —dijo

en voz baja.

Steve suspiró y soltó una risita.

—¿Y está buena la hija de ese empresario? No me vendría mal tener un suegro rico.

Ese comentario molestó a Jim, aunque intentó disimularlo con la dureza con la que

solía expresarse normalmente en el trabajo.

—Déjate de tonterías y haced las maletas. Os quiero aquí mañana a primera hora.

Antes de colgar, le pasó la dirección de la casa de Ashley y el número de teléfono

que estaba escrito en el cartel de la casa de enfrente. No deseaba que aparecieran todos en

la casa de la joven para así no levantar sospechas sobre el posible asesino. Le ordenó a

Steve que fueran directamente a la casa de enfrente.

Ashley estaba anonadada con la potencia con la que Jim mandaba a los hombres que

estaban a su cargo. Sin embargo, no pudo evitar fruncir el ceño, ya que no le gustaba que

entre miembros de un mismo trabajo hubiera tanta distinción, porque pensaba que todos

merecían un respeto.

Agachó la mirada y suspiró hondo. Necesitaba serenarse y pensar con claridad a

partir de ese momento para evitar dar un paso en falso y que aquel loco lograra atraparla

y matarla.

Cuando Jim colgó el teléfono, la observó con detenimiento. Ashley mantenía la

mirada fija en el suelo y supuso que aún estaba apenada. Al no saber cómo sobrellevar

esa situación, le informó de que su equipo estaría en el pueblo al día siguiente para

preparar todo y mantener la casa blindada. La joven asintió y se levantó del sofá.

—Será mejor que me vaya a la cama. Ha sido un día muy largo. Puedes instalarte en

el dormitorio que hay junto al mío, es la única habitación que hay amueblada.

Jim asintió ya que no sabía qué decir o hacer para que se sintiera algo mejor. De

rejo, vio cómo desaparecía por el pasillo para ir a su dormitorio. Sin saber por qué

comenzó a pensar lo mucho que le gustaría seguirla para consolarla. No pudo evitar

seguir el movimiento que las caderas de la joven hacían de un lado a otro a medida que

avanzaba. A pesar de estar delgada, Ashley podía presumir de tener unas curvas de

infarto, y eso era algo que Jim adoraba de una mujer. El joven comenzó a sentir una

palpitación bajo el vientre que fue en aumento a medida que vislumbraba las caderas de

Ashley. Se llevó las manos a la cara para despejarse y pensar con claridad, no podía bajar

la guardia con algo así, ya que podría significar la muerte de Ashley y el fin de su carrera.

Pero hacía tanto tiempo que no había estado con una mujer que su calenturienta mente

solo podía pensar en una cosa...

—Necesito una ducha fría —murmuró para sí.

Jim se dirigió hacia el dormitorio que Ashley le había indicado. Cogió su maleta y la

arrastró por el pasillo hacia la estancia para deshacerla y ponerse ropa limpia después de

la ducha. Con parsimonia, agarró varias prendas y se dirigió a su baño particular, ya que

ese era uno de los dormitorios principales y constaba de baño propio.

El joven dejó la ropa en el suelo y se desnudó.
Entró en el plato de ducha y abrió el

grifo a tope para que el agua saliera casi helada.
Necesitaba ordenar de nuevo sus

pensamientos independientemente de la presencia
de Ashley en su vida.

Jim agradeció el agua fría y suspiró cuando por fin
su cuerpo recuperó su

temperatura normal y olvidó el calor que le había
producido la visión de la joven.

Después se vistió y, tras apagar la luz, se sentó en
el alféizar de la ventana para

intentar ver desde allí la parte trasera de la casa.
La luz ya hacía un tiempo que había

desaparecido y la noche reinaba, ofreciendo una
luna casi llena que regaba de luz los

jardines vecinos, algo que Jim agradeció, ya que de esa forma podía ver con claridad si

alguien se aproximaba al dormitorio de Ashley para observarla a través de la ventana.

Jim había imaginado sus vacaciones de una manera muy diferente. Suspiró y se

recostó para estar más cómodo. Serían unos días muy largos...

Ashley había estado en tensión desde que llegó a su dormitorio. Había escuchado el

ruido que hacía Jim al ducharse y no había podido evitar imaginárselo desnudo. Si su

musculatura era más que evidente con la chaqueta puesta, no quería ni imaginárselo sin

nada encima. En sus más oscuros deseos se había imaginado entrando en el baño y

observarlo sin que él lo supiera, tal y como hacía cuando era pequeña con el pequeño

agujero que comunicaba el baño de las chicas con el de los chicos y desde donde

observaba todo lo que hacían y decían sus compañeros cuando estaban solos.

Se encontraba tumbada en la cama con tan solo la ropa interior puesta, ya que le

encantaba dormir cómoda y, a pesar de que intentaba buscar otros pensamientos, imaginó

a Jim arrancándole el sujetador y haciendo suyos sus pechos. Ashley se llevó las manos a

la cabeza. Aquello acababa de empezar y una parte de ella deseaba que terminara antes

de volverse loca de deseo por un hombre que acababa de conocer y que solo había

acudido a su casa para protegerla.

Ashley recordó el abrazo que le dio Jim en el salón. Aún no entendía cómo había

podido dar paso a las lágrimas y llorar delante de Jim. Aquel abrazo le había hecho sentir

tan bien y tan protegida que, sin pensar, abrió parte de su corazón ante una persona que

no conocía de nada. ¿Cómo podría mirarlo a la cara al día siguiente después de aquello?

La joven no encontró respuesta para ello, ya que cayó en los brazos de Morfeo antes de

que se diera cuenta.



Capítulo 3

El día amaneció lluvioso. Una ligera llovizna empapaba los cristales de la casa

cuando Ashley abrió la puerta de su dormitorio para salir a trabajar. Había dormitado

durante la noche y los estragos de ello podían verse reflejados en las ojeras que la joven

lucía bajo sus ojos. Ni siquiera el maquillaje había podido quitárselas.

Cuando llegó a la cocina, Jim ya se encontraba allí desayunando. Este intentó

recibirla con una sonrisa para limar asperezas, pero lo que más llamó la atención de

Ashley, además de paralizarla en medio de la cocina fue la visión de Jim con tan solo

unos pantalones. Sin poder evitarlo, dirigió su mirada a la musculatura que había

encendido su cuerpo el día anterior y que había deseado admirar sin camiseta. Ahora que

lo tenía delante comprobó que el cuerpo de Jim estaba muy bien esculpido, más aún de lo que había imaginado.

El joven era consciente de la mirada de Ashley y no dijo nada para que saliera de su

ensoñación. Era consciente del efecto que causaba su cuerpo y siempre le había gustado

mostrarse. Sin embargo, con aquella joven era diferente. Le gustaba ser admirado, pero

especialmente deseaba que se sintiera atraída hacia él para algo más que una simple

mirada. Jim deseaba volverla loca y besar los labios que ahora estaban completamente

abiertos por la impresión.

Ashley era incapaz de apartar la mirada de Jim y cuando este se levantó para

aproximarse hacia donde estaba ella, unos nudillos insistentes llamaron a la puerta.

—Debe de ser mi equipo —dijo Jim mirando su reloj contrariado por la

interrupción—. Llegan tarde.

Se dirigió hacia la puerta y abrió. Y así era. Se trataba de Steve, Marcus y Robert,

los mejores policías que había conocido jamás.

—¿Qué pasa? —lo saludó jovialmente Steve mientras se internaba a la casa sin

permiso—. ¿Nos echabas de menos?

Steve dirigió una mirada pícaro y sin un asomo de vergüenza a Ashley, que se sintió

cohibida con las miradas que le dirigieron los recién llegados.

—Llegáis tarde —dijo Jim.

—No te enfades, jefe —intercedió Marcus—. Ya hemos dejado nuestras cosas en la

casa de enfrente. Y si no hemos venido antes ha sido porque hemos estado colocando

cámaras por las ventanas que hay justo enfrente para que graben a todo aquel que cruce

por delante de esta puerta.

—Exacto. Y ya tenemos algo más de información sobre las personas que me dijiste

anoche.

Steve le señaló una carpeta y la dejó sobre la mesa. Pero antes de explicar lo que

contenía, dirigió una mirada de nuevo a Ashley, que aún se mantenía totalmente quieta.

—Lo siento, preciosa. El antipático de mi jefe no nos ha presentado —alargó una

mano para estrechársela—. Soy Steve.

Ashley sonrió. Sin apenas conocerlo, aquel tipo le había caído bien. Era bastante

atractivo. Ya de cerca, comprobó que tenía el pelo castaño y los ojos tan negros como la

noche. Su boca mostraba continuamente una sonrisa pícaro y era casi tan fornido como

Jim. Los otros dos policías, a los que también estrechó la mano, llamaron menos su

atención ya que ambos mostraban aún los estragos de la pubertad en sus rostros. Eran

más jóvenes que sus compañeros, pero parecían

ser tan competentes y serios como ellos.

Mientras Ashley se preparaba algo para desayunar, miraba de reojo a los allí

presentes. Los vio sacar ciertos artilugios que no conocía, pero escuchó que era parte del

sistema de seguridad que iban a preparar en toda la casa.

—Desde allí enfrente podremos escuchar lo que ocurra aquí cuando no estéis en casa

y si alguien entra en el perímetro mientras dormís.

Ashley se dio la vuelta de golpe tras comprender lo que aquello quería decir.

—¿Vais a poner micrófonos en mi casa?

Los cuatro hombres se giraron hacia ella y la miraron serios. Jim la miraba con el

gesto tan adusto que no llegó a comprender si era porque los había interrumpido o porque

acababa de poner el primer inconveniente a lo que harían para protegerla.

Steve fue el único que resolvió sus dudas y, tras aclararse la voz, contestó.

—Sí. Creemos que podría intentar entrar por la noche o en el momento en el que

estés trabajando. Necesitamos saber todos los movimientos que haya dentro de la casa.

—Pero...

Ashley no deseaba ser observada en todo momento. Aquel aparato le restaría lo que

le quedaba de intimidad desde el día anterior.

Steve sonrió de lado y, como si le leyera el

pensamiento, le dijo sensualmente:

—Tranquila, por desgracia, este aparato solo coloca micrófonos, no cámaras.

Aunque si quieres estar aún más protegida...

—¡Steve! —gritó Jim enfadado porque su amigo volvía a desplegar todos sus

encantos ante Ashley—. Tenemos trabajo.

Steve, sin mirar a su jefe, le guiñó un ojo a la joven y le dijo en voz baja:

—Ya sabes...

Ashley no pudo evitar que una sonrisa sincera apareciera en su rostro, además de un

intenso rubor en sus mejillas. Miró de reojo a Jim y descubrió lo que parecía ser una

expresión molesta mientras le dedicaba una mirada cargada de preguntas. Sin embargo,

hizo caso omiso al joven y le dio la espalda para terminar de tomarse su café. Su sonrisa

se intensificó al creer que el joven estaba celoso de su compañero, aunque no entendía

por qué le atraía tanto la idea de que estuviera celoso.

Dejó la taza sobre la encimera y agarró su chaqueta para ponérsela. No deseaba

llegar tarde al trabajo, además, estaba deseando alejarse de aquellos detectives para

volver a tener algo de tranquilidad y normalidad en su vida. Con su presencia,

intensificaban su miedo al saberse amenazada de muerte y deseaba que al regresar del

trabajo ya hubieran colocado los micros y se hubieran largado a la casa de enfrente.

—¿Vas al trabajo? —la voz de Jim resonó en el salón llamando su atención.

—Claro que sí. Se me hace tarde —contestó Ashley mirando el reloj de su muñeca.

Jim se levantó del sofá y se dirigió a la percha que colgaba detrás de la puerta y

agarró su chaqueta.

—¿Qué haces? —preguntó Ashley a pesar de conocer la respuesta.

Jim la miró fijamente a los ojos.

—Ya te dije ayer que te acompañaría al trabajo.

La joven suspiró.

—Ya te dije que no hace falta. Puedo ir sola.

—Ni hablar. Quiero que todo el mundo crea que estamos juntos.

La carcajada de Steve resonó en toda la habitación.

—¿Novios? —hizo caso omiso a la mirada asesina de Jim—. Ya veo, jefe...

—Vámonos —dijo el joven.

Ashley asintió y se despidió de los demás con la mano. La joven sacó de su bolso las

llaves del coche y se dirigió directamente hacia él. Con el mando a distancia abrió los

seguros, cuando estaba a punto de entrar en el coche, Jim la detuvo agarrándola del

brazo. Se acercó tanto a ella que la joven se puso nerviosa con el contacto y no supo

cómo reaccionar. Jim aproximó la cara hasta estar a un palmo de Ashley y mirándola a

los ojos le dijo:

—Deja que compruebe algo —le tocó con suavidad la mano donde estaban las llaves del coche—. Dámelas.

Ashley accedió sin pensar. Era tanto el contacto que mantenía con él que su corazón

se había vuelto loco de deseo. Le devolvió la mirada a los ojos y cuando sus miradas se

encontraron el tiempo pareció detenerse.

Sin pensar, Jim la besó. Lo había hecho para disimular por si el asesino se

encontraba cerca, pero cuando profundizó no lo hizo por ese motivo. Tan solo deseaba

besarla más y saborear la frescura de sus labios.

Ashley se quedó petrificada. No había esperado que Jim hiciera ese movimiento

hacia ella y menos que la besara. Sin embargo, hacía tanto tiempo que no besaba a

alguien que disfrutó la sensación como si fuera la primera vez que la sentía. Sintió que

sus piernas temblaban de placer, pero la mano fuerte de Jim se dirigió a su cadera y la

sujetó con firmeza, además de atraerla más hacia él.

Después de unos segundos, Jim se separó de ella y la joven no pudo evitar un

gemido de queja. Parecía que habían pasado horas desde que habían comenzado a

besarse, pero tan solo había sido poco más de un minuto.

Ambos se miraron desconcertados tras haber sentido algo más que sus labios

besándose. El primero en reaccionar fue Jim, que se dirigió como si nada hacia el coche.

Ashley vio cómo tiraba intencionadamente y de la manera menos llamativa posible las

llaves al suelo. Con disimulo, se arrodilló en la acera y cuando iba a cogerlas aproximó la

cabeza al suelo para echar un vistazo a los bajos del coche.

Ashley lo miró con el ceño fruncido sin entender lo que hacía, pero Jim la hizo callar

cuando esta iba a preguntarle qué ocurría. Le indicó que subiera al coche en el asiento del

copiloto mientras que él conduciría hasta el lugar de trabajo de la joven. Ashley estuvo a

punto de negarse, pero el misterio con el que se había rodeado Jim le hizo desistir en el

intento.

En el más absoluto silencio, abrió la puerta del coche y se introdujo en él. Esperó a

que Jim hiciera lo mismo, pero este echó un vistazo disimuladamente a su alrededor antes

de hacerlo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó la joven al detective cuando este cerró tras de sí la

puerta del coche.

—Comprobaba que no hubieran puesto un localizador —contestó secamente.

—¿Se te van a caer las llaves todas las mañanas? —le preguntó con sorna.

Jim no contestó y arrancó el coche, ya que aún se seguía sintiendo desconcertado

después del beso que le había dado a Ashley. Lo que había empezado como un juego

para disimular sentía que se había convertido en algo más que no comprendía.

Condujo por las calles que la joven le iba indicando con manos temblorosas.

Deseaba dejarla en el trabajo y marcharse a las afueras para respirar aire puro y serenarse

de nuevo.

Ashley no comprendía el malhumor de Jim desde que se habían besado. Si después

la iba a tratar así, ¿para qué lo había hecho? Se cruzó de brazos todo el trayecto hasta que

finalmente le señaló su destino: la única ferretería del pueblo. Desde que llegó al pueblo

era lo único que había podido encontrar para

trabajar y, aunque no era lo que más

deseaba del mundo, al menos le daba de comer y, de esta manera, no tendría que pedirle

nada a su padre.

Miró la fachada de la tienda. Esta necesitaba urgentemente una mano de pintura,

pero al menos por dentro mostraba una cara más lavada y organizada. Un amplio

escaparate dejaba entrever las muchas estanterías que conformaban la tienda y los

numerosos artículos que se exhibían para su venta. Desde el coche, Ashley pudo ver que

su jefe ya se encontraba ordenando las cajas del nuevo pedido que habían realizado hacía

tan solo un par de días. Sonrió al observarlo. Jacob Davis, su jefe, era una persona

extremadamente atenta y agradable. Desde su llegada al pueblo había hecho todo lo

posible para que la joven se sintiera como una más, y dado que no conocía quién era su

padre, la trataba como a una igual.

Ashley suspiró y agarró su bolso. Sin embargo, le rondaba continuamente la misma

pregunta desde que se subió al coche. Pero debido a la indiferencia que había mostrado

Jim, no se había atrevido a formularsela. No obstante, antes de salir del coche, se armó de

valor y le preguntó:

—¿Por qué me has besado?

La joven vio que Jim apretaba con fuerza el volante del coche. Sabía que tarde o

temprano debería afrontar la pregunta y esta había llegado antes de lo que se imaginaba,

ya que no había preparado respuesta alguna para ello.

—¿Tanta importancia tiene un simple beso? —dijo secamente.

Ashley lo miró enfadada. Había tenido la tonta y romántica esperanza de que al

menos le contestara algo bonito. Se odió a sí misma por desear a aquel detective al que

no conocía de nada, pero era tan atractivo y varonil que no podía quitárselo de la cabeza,

y menos aún después de ese beso.

Con irritación, abrió la puerta del coche. Vio que Jim hacía lo mismo y rodeaba el

coche para aproximarse a ella.

—Quiero acompañarte dentro.

—No hace falta.

Jim hizo caso omiso a sus palabras y se encaminó hacia la ferretería. Abrió la puerta

de la misma y dejó que Ashley entrara antes que él. La joven se sentía enfurecida por

cómo se estaban desarrollando los acontecimientos. Hacía un momento le había

contestado con sequedad y ahora le abría la puerta como todo un caballero. Cuando pasó

por su lado, lo miró con odio, aunque el ligero roce de sus cuerpos la encendió de tal

manera que un rubor rosáceo apareció en sus mejillas.

Las campanillas de la puerta sonaron y llamaron la atención de Jacob, que estaba en

el fondo de la tienda y no podía ver quién entraba.

—¿Eres tú, Ashley?

—Sí, Jacob.

Los labios de Jim se acercaron a su oreja y le indicó:

—Dile que me quieres presentar.

La joven lo miró apretando los dientes. Se sentía como el primer día de colegio y su

padre la acompañó para darle indicaciones sobre cómo debía comportarse. Sin embargo,

se dijo a sí misma que era por su seguridad y actuó tal y como Jim le había pedido.

—¡Jacob! Me gustaría presentarte a una persona.

Los pasos del joven se aproximaron con paso seguro y firme a través de las

estanterías. El corazón de Ashley latía con fuerza, ya que esperaba que Jacob se creyera

la mentira que iban a contarle. La joven esbozó una sonrisa y miró hacia donde se

escuchaban los pasos. Al instante, apareció Jacob con una sonrisa.

Se trataba de un joven que aparentaba tener la misma edad que Jim. Su pelo era

rubio, algo que contrastaba con la negrura de sus ojos. Era tan robusto y alto como el

detective, aunque la nariz aguileña que le precedía en todo momento afeaba su perfecto

rostro.

Jim apretó los puños tras observar cómo este le daba un beso a Ashley en la mejilla.

Sintió correr por sus venas una furia que no sabía

cómo controlar, ni siquiera entendía

por qué le molestaba tanto aquel gesto inocente entre amigos, pero la confianza que

mostraba con Ashley le molestaba en demasía. Sin embargo, el detective mostró la mejor

de sus sonrisas y rodeó con descaro la cintura de Ashley, gesto que la joven recibió con

una sacudida que no fue apreciada por su jefe.

—Te presento a Jim, mi novio —dijo la joven casi entre dientes.

Jim elevó una mano hacia un sorprendido Jacob que, sin disimular su estupefacción,

le devolvió el gesto al detective. Ambos cruzaron miradas durante lo que parecieron

horas para Ashley, pero la joven reaccionó enseguida y dejó su bolso sobre el mostrador,

alejándose así del brazo que Jim había colocado en su cintura.

—Perdona mi sorpresa, Jim, pero Ashley me había dicho que no tenía novio.

La joven se sobresaltó y no supo qué contestar. Miró a Jim, que estaba interpretando

el papel de su vida, y vio que este sonreía aún más para quitarle hierro al asunto.

—Disculpa, pero lo llevábamos en secreto. El padre de Ashley es muy quisquilloso

y la trata como si aún tuviera diez años.

Jacob rió y la miró.

—Felicidades. Me alegro por vosotros.

Ashley asintió y le dio la espalda. Estaban mintiendo como si fuera lo más normal

del mundo y no le gustaba hacerlo con Jacob, ya que siempre había sido muy sincero con ella y no quería defraudarlo.

—Bueno, yo me voy —Jim se dirigió hacia la puerta—. Cuando termines, me pasaré a recogerte, Ashley.

—¡Claro! —respondió esta aún nerviosa.

—Ha sido un placer, Jacob.

El aludido asintió y sonrió de nuevo.

—Lo mismo digo. Espero verte más por aquí.

—No lo dudes.

Con un gesto de la mano, Jim se despidió y se dirigió hacia el coche. Ashley lo vio

desaparecer a través del escaparate y cuando se

quedó a solas con su jefe sintió la

necesidad de disculparse.

—Lo siento, Jacob. No quería mentirte.

Este sonrió y puso las manos sobre sus hombros.

—No pasa nada. Entiendo a tu padre. Si yo tuviera una hija tan bella como tú, la

encerraría en casa.

Después se echó a reír y le pidió que lo acompañara al almacén para ir colocando el

contenido de las cajas. Ashley se sonrojó con el comentario que había hecho su jefe y

amigo, ya que nunca había alabado nada de su físico. Sin embargo, la risa con la que

Jacob siguió al comentario le hizo creer que había sido solo eso: un comentario. La joven

carraspeó y lo siguió. A medida que avanzaban por el pasillo, Jacob se volvió hacia ella y

le dijo:

—Oye, acabo de tener una idea —Ashley lo miró con interés—. ¿Qué te parece si

nos vamos a cenar los tres esta noche al pub de las afueras? Sirven unos platos excelentes

y podría conocer mejor a Jim.

Ashley titubeó, ya que no sabía si Jim vería aquella cena como algo bueno para su

seguridad o sería exponerse demasiado para el asesino. Sin embargo, había salido en

incontables veces a cenar con Jacob y no quería despreciar su idea, ya que siempre la

había ayudado en lo que había podido.

—Claro que sí. Me encanta la idea —dijo a los pocos segundos.

La joven sonrió agradecida. Sabía que la intención de Jacob era integrar a Jim en el

pueblo y la mejor manera de comenzar era irse a cenar. Estaba segura de que el detective

se llevaría las manos a la cabeza cuando le expusiera el plan, pero ya encontraría la

manera de convencerlo para aceptar la invitación. Y si no quería, ella saldría con Jacob.

Estaba segura de que él la protegería de cualquier peligro. Después de la mala cara que

Jim le había dedicado tras el beso que él mismo decidió darle, no estaba dispuesta a

obedecerlo en todo lo que le dijera. Había decidido la noche anterior darle una tregua,

pero tal y como le dijo: no se lo iba a poner fácil.



Capítulo 4

Ashley salió muy sonriente del trabajo. Estaba segura de tener el mejor jefe que

había podido soñar, ya que este le había dado buena parte de la tarde libre para que se

preparara para esa noche. Sabía que Jim echaría pestes por la boca cuando la viera

aparecer después de haber recorrido todo el camino completamente sola.

Las calles a esa hora estaban repletas de gente y la joven en ningún momento pensó

que alguien podría atacarla. Sin embargo, unos

ojos rabiosos la miraban desde el otro

lado del parque que ella estaba cruzando en ese momento. La observaba desde que salió

del trabajo y seguía sus pasos desde la lejanía. No deseaba atacar en ese momento, sino

que quería que la tensión creciera en ella y su padre. Su familia lo había hecho sufrir

demasiado y había tenido que marcharse de la ciudad que lo vio crecer para llegar a ese

pueblo donde nunca pasaba nada.

Quería verla sufrir, aunque se había cruzado en su camino un joven que vivía en la

casa de Ashley desde el día anterior. No podía creer su mala suerte. Parte de su plan

había pensado llevarlo a cabo en la casa de la joven. Le haría pasar miedo y quería que se

sintiera vigilada en todo momento, pero ya no podría hacerlo. La maldijo entre dientes al

tiempo que se internaba en el bosquecillo que había al otro lado del parque.

A su cabeza llegó la inspiración y una idea se abrió paso a lo largo de su mente

enferma. Sonrió de lado. Esa noche aquella zorra se acostaría con miedo... De eso estaba

seguro.

Ashley aspiró con fuerza el aire que corría por las calles. Se encaminó rápidamente

hacia su casa cuando el tráfico comenzó a disminuir. Había elegido vivir a las afueras

porque el ruido era menor y ahora, en esa situación, era algo que le crispaba ligeramente

los nervios.

Le daba la sensación de ser vigilada desde que había salido del trabajo, pero hasta

que el silencio no reinó a su alrededor no le dio la importancia necesaria. Miró hacia

atrás, pero nadie cruzaba la calle en ese momento. Cuando giró la esquina para entrar en

la calle en la que vivía, le dio la sensación de escuchar unos pasos rápidos tras ella. La

joven aligeró el paso al tiempo que su corazón parecía querer salir de su pecho. Sacó las

llaves de su chaqueta mucho antes de llegar a su casa. Sin embargo, los pasos se hicieron

más sonoros y se acercaban a ella con rapidez. Ashley agarró una de las llaves desde un

extremo para tener el filo de la misma preparado para clavárselo a su atacante y, con

valentía, se giró hacia atrás.

No pudo evitar sonrojarse cuando vio a uno de sus vecinos haciendo ejercicio y

regresando a casa después de correr varios kilómetros. Cuando pasó por su lado, la

saludó con la mano y siguió su camino, dejándola completamente anonadada y

sintiéndose estúpida por lo ocurrido.

—Me estoy volviendo paranoica —se dijo entre dientes.

Intentó calmarse antes de llegar a casa y recuperar parte del color que había

desaparecido de su rostro. Se guardó las llaves y recorrió lentamente los metros que la

separaban de su casa.

Un movimiento y un ruido en la casa de enfrente llamaron su atención. Miró hacia

allí y supuso que los compañeros de Jim ya se habían instalado. Arrastró los pies hacia la

entrada de su casa y, tal y como se sentía cuando era pequeña y regresaba a casa

demasiado tarde, sentía un cierto miedo a que Jim le echara la bronca por haber recorrido

parte del pueblo andando ella sola en lugar de haberlo llamado para ir a recogerla. Sin

embargo, se dijo a sí misma que no tenía por qué darle explicaciones al detective.

Además, no había ocurrido nada y estaba sana y salva en casa.

Ashley sacó de nuevo las llaves del bolsillo de su cazadora y cuando estaba a punto

de introducirlas en la cerradura, la puerta se abrió de golpe, dejando ver a un Jim con el

gesto demudado en ira. Parecía totalmente otro desde que lo vio por última vez a primera

hora de la mañana en la ferretería charlando animadamente con Jacob.

—¿Se puede saber por qué no me has llamado para que fuera a recogerte?

—Jacob me ha dado casi toda la tarde libre y necesitaba pasear para despejarme

—contestó de forma insolente mientras lo apartaba para entrar a su casa.

—Es demasiado peligroso andar por ahí sola sin ningún tipo de protección. Si te

hubiera ocurrido algo, no me lo perdonaría.

Jim se dio cuenta de lo que había dicho demasiado

tarde. Ashley se quedó quieta en

el sitio mirándolo sorprendida mientras que Steve, que se encontraba dándole detalles de

los posibles sospechosos, lo miró con una sonrisilla en los labios.

Jim carraspeó incómodo y trató de explicarse inútilmente:

—Me refiero a que tu padre no me lo perdonaría.

—Ya... No hace falta que te expliques. Ya sé que mi vida te importa una mierda y

que lo único que quieres es el dinero que mi padre te ha ofrecido.

Ashley dejó tirado el bolso en el suelo al lado de la puerta y se encaminó por el

pasillo. Sin embargo, supuso que era el mejor momento para comentarle la cena con

Jacob, por lo que se dio la vuelta y lo encaró. Jim aún la miraba desde la entrada con una expresión extraña en los ojos.

—Por cierto, dentro de un par de horas vamos a cenar con Jacob. Me ha dicho que quiere que conozcas el pueblo.

En ese momento, Jim volvió a adoptar el mismo gesto con el que la había recibido.

—¿Cómo? ¿Has aceptado la invitación sin consultármelo?

—Podría ser peligroso —secundó Steve.

—Llámallo y cancela la cena. Un restaurante es un lugar en el que estarías demasiado expuesta.

—No ocurrirá nada —se quejó Ashley elevando la

voz—. No eres mi padre. No eres

nada mío. Y yo sí pienso ir a la cena. Y si quieres quedarte, allá tú.

La joven se giró y se encerró en su dormitorio dando un portazo, dejando a Jim con

la palabra en la boca y apretando los puños con furia contenida.

Steve volvió la mirada hacia el papel que sostenía en sus manos. Fingió estar

leyendo su contenido, aunque conocía muy bien cada palabra plasmada. Sabía cómo era

su jefe cuando se encontraba en ese estado de turbación. Sin embargo, de reojo vio que

respiraba hondo y relajaba los músculos, incluidas las manos. Por ello, giró de nuevo el

rostro hacia Jim. Este le devolvió la mirada y negó

con la cabeza al tiempo que se

acercaba de nuevo a la silla que había ocupado y se dejaba caer en ella.

—Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

Steve sonrió y le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Bueno, yo también me enfadaría con la persona que me besa en la puerta de mi

casa y luego me recibe como una furia.

Jim lo miró levantando una ceja.

—Esta mañana te vi besándola al lado del coche. ¿Por qué lo hiciste? Para protegerla

no hace falta besarla...

—No lo sé. Lo hice sin pensar. Intenté hacerle ver al asesino, si es que estaba cerca,

que Ashley no está sola, que está conmigo, pero se me fue de las manos.

—¿Qué pasa, te gustó? —se burló Steve—. ¿El Jim que yo conozco siente algo por

la joven a la que protege? Uf, eso sí que es nuevo...

Jim le señaló el papel que su amigo tenía en las manos e hizo caso omiso al

comentario desafortunado del joven. ¿O puede que no fuera mal encaminado? Jim se

aclaró la voz y le dijo:

—Regresemos al trabajo. ¿Qué más tienes de los sospechosos?

Steve le dedicó una última mirada risueña antes de retomar la conversación que

habían dejado a medias.

—Bueno, los chicos y yo hemos investigado a todos los que Sam echó de la

empresa. Dos de ellos son mujeres y ambas se mudaron a Canadá después de que las

despidieran. Han montado una empresa de informática y parece que les va muy bien.

Creemos que no tienen nada que ver con la carta. El resto son hombres. Uno de ellos está

viviendo con su madre en California y trabaja como jardinero. Otro falleció días después

de que fuera despedido.

—¿Habéis mirado el registro de defunciones?

—¿Tú qué crees? —le preguntó irónicamente Steve—. Y el último de ellos, Tom

Harris, ha desaparecido del mapa.

Jim levantó la cabeza de golpe y lo miró.

—Lo tenemos —dijo.

—Sí, pero no sabemos dónde puede estar. Sacó todo el dinero de su cuenta antes de

desaparecer. También sabemos que dejó pagado el alquiler del piso donde vivía y el

casero no tiene ni idea de dónde se encuentra.

Jim se levantó de la silla y se paseó inquieto por el salón. Se retorció las manos con

insistencia intentando buscar una solución al problema que había planteado. Lo que tenía

claro era que aquel desgraciado había seguido los pasos de Ashley desde que lo echaron

de la empresa, ya que sabía dónde vivía y los horarios que tenía la joven.

—Podemos estar equivocados... —insinuó Steve.

Jim negó con la cabeza.

—Alguien que no tiene nada que temer no saca todo el dinero de su cuenta y

desaparece sin dejar rastro. Puede que esté usando un nombre falso y viviendo cerca de

aquí.

—Puede que Ashley lo conozca. Si trabajaba con su padre, puede que lo haya visto

en la empresa.

Jim dudó un instante. Puede que su compañero estuviera en lo cierto, pero después

de la bronca que acababan de tener, no sabía si estaría dispuesta a colaborar con él. Se

volvió hacia su amigo y, sin hablar, este supo lo

que su jefe quería.

Con un suspiro, Steve se levantó y caminó con lentitud por el pasillo hacia la alcoba

de Ashley. Con suavidad, tocó con los nudillos y tras unos segundos, la joven apareció

tras la puerta únicamente con una toalla puesta.

Steve no pudo evitar que sus ojos recorrieran a la velocidad del rayo el espectacular

cuerpo de Ashley, pero carraspeó para concentrarse y volvió a mirarla a los ojos.

—Perdona que te haya molestado —titubeó y miró de reojo hacia atrás para

comprobar que Jim estaba al final del pasillo apretando los puños con rabia por perderse

esa imagen celestial—. Estamos investigando a las personas que trabajaron para tu padre

antes de que fueran despedidas y tenemos a un sospechoso. Nos gustaría saber si podrías describírnoslo.

Ashley torció el gesto y negó con la cabeza para disculparse.

—Lo siento, pero yo nunca he querido saber nada de la empresa de mi padre. Casi

nunca he ido a su oficina y no tengo ni idea de quiénes trabajaban. Solo sé los nombres

de quienes despidió, pero nada más.

Steve se encogió de hombros derrotado y la dejó sola para que terminara de

ducharse. A medida que avanzaba hacia el salón, una sonrisa pícaro se fue dibujando en

su rostro, algo que molestó e irritó sobremanera a Jim, ya que este conocía el arte que

tenía Steve para conquistar a las mujeres.

—¿Por qué estás tan irritado, jefe? —le preguntó aguantándose la risa.

—¿Tengo que protegerla también de ti?

Steve levantó las manos e hizo un gesto de sorpresa.

—Yo no tengo la culpa de que una mujer tan bella me abra la puerta de su

dormitorio en toalla... —se atusó la camisa como si tuviera calor para enloquecer más a

su jefe—. Qué visión...

Jim no pudo más y sin saber por qué lo agarró del cuello de la camisa y lo acercó a

él. Con el dedo índice de la mano izquierda lo señaló y le dijo:

—Déjala en paz.

Steve lanzó una carcajada al tiempo que se soltaba.

—Aquí hemos venido a trabajar —siguió Jim, aunque sus palabras parecían querer autoconvencerlo—. A nada más.

Steve lo siguió con la mirada y se sentó junto a él.

—A trabajar... ya... —susurró.

Ambos detectives reordenaron toda la información que habían conseguido. Estaban

seguros de que Tom Harris era el que había enviado la carta amenazando a Ashley.

Ahora debían descubrir el paradero de aquel hombre antes de que cumpliera su promesa de matarla.

Tras más de media hora intentando averiguar algo nuevo en la base de datos de la

policía, todos los esfuerzos resultaron vanos. Jim se llevó las manos a la cara en un claro

gesto de cansancio y desesperación. No le gustaba que un caso se le resistiera de aquella

manera. Había demasiados interrogantes en el aire y tan solo tenían un sospechoso, ni

siquiera podían tener la certeza de que fuera él el asesino.

—Bueno, algo es algo —dijo Steve para animarlo—. Será mejor que te des una

buena ducha y te arregles para cenar.

—No vamos a ir a la cena. Ya lo he dejado claro.

Steve puso los ojos en blanco.

—He visto que a la chica le hace ilusión. Además, lo peor que puede hacer es

encerrarse en casa si ese tipo va tras ella. Debe seguir su vida, y te tiene a ti para

protegerla. Voy a proponerle a Robert que sea mi cita para esta noche —dijo con una

sonrisa sarcástica—. Iremos a cenar al mismo restaurante que vosotros. Seis ojos verán

más que solo dos.

—¿Vais a dejar solo a Nick vigilando la casa?

—le siguió el juego—. Se pondrá

celoso...

Steve lanzó una sonora carcajada y se encogió de hombros. Se despidió de Jim y se

dirigió hacia la casa de enfrente, donde Nick y Robert, con una sonrisa en los labios, se

encontraban vigilando todos los rincones de la casa y habían escuchado con atención las bromas de sus amigos.

Cuando Jim se encontró solo en la casa con Ashley, se dirigió hacia su propio

dormitorio para darse una ducha refrescante que le despejara la cabeza y le hiciera

olvidar el estancamiento en el que se había quedado el caso. Supuso que era una buena

idea salir a cenar y divertirse, pero hacía tanto tiempo que no lo había hecho que olvidó

cómo era tener una cita, aunque esta fuera una completa farsa. ¿O ya no lo era tanto?

Tenía la sensación de que la mentira que había inventado para justificar su estancia en la

casa se estaba volviendo en su contra, y lo que

estaba comenzando a sentir por Ashley no era una mentira, sino que algo dentro de él disfrutaba con la idea de decir que aquella espectacular chica era su novia.

Tras desnudarse, se metió bajo el chorro de agua fría de la ducha. Parecía que

millones de cuchillos le atravesaban el cuerpo, pero necesitaba enfriar su cuerpo para

poder seguir con aquel caso sin implicarse. Eso era lo primero que había aprendido en la

academia y jamás había mezclado los sentimientos con el trabajo. Pero después de un día

en aquel lugar, sentía que conocía a Ashley de toda la vida y no quería dejarla marchar.

Se había enfadado tanto con ella cuando llegó del trabajo porque fue tanta la

preocupación que no había podido evitar pensar que podrían haberla matado durante el trayecto.

Tras salir de la ducha, se miró al espejo y no se reconoció. Nunca había sido

enamorado, de hecho, siempre había necesitado conocer durante un tiempo a la chica

con la que quería compartir su vida para estar seguro de que era la candidata perfecta. Sin

embargo, con solo un día sentía que su vida se había vuelto patas arriba y que el muro

que había construido a su alrededor para que nadie volviera a hacerle daño ahora se

tambaleaba con las arremetidas de Ashley.

El beso que le había dado aquella mañana había sido un acto reflejo. Intentó que

pareciera que era por el asesino, pero en su interior sabía que no, que todo había sido

fruto de un impulso al que no estaba acostumbrado. Se juró ante el espejo que jamás

volvería a ocurrir, no volvería a mezclar sentimientos con trabajo y a partir de ese

momento se limitaría a protegerla y averiguar dónde se encontraba Tom Harris y por qué

quería matarla.



Capítulo 5

Tras un par de horas esperando a que Jim llamara a su puerta para aceptar ir a la

cena, Ashley salió de su alcoba dispuesta a irse

sola con Jacob. Estaba dolida con Jim por

haberle montado esa escenita nada más llegar a casa. Parecía que tenía aún quince años y

su padre le regañaba por haber llegado más tarde de la hora acordada.

Se miró al espejo por última vez antes de coger su chaqueta y salir. Había

seleccionado uno de sus mejores vestidos. Se trataba de un palabra de honor rojo con

transparencias en la parte trasera, que dejaba muy poco a la imaginación de aquel que

osara mirarla. Para la ocasión, había escogido unos zapatos de tacón, a pesar de que

siempre le había gustado ir con zapato plano. Se había recogido el pelo para dejar ver

más su rostro, aunque algunos mechones se

escapaban de la coleta.

La joven se dio el visto bueno y salió de su cuarto. El silencio en la casa era

sepulcral y durante un segundo pensó que Jim había salido. Sin embargo, cuando llegó a

salón lo vio de pie junto a la puerta y no pudo evitar que su corazón palpitase con fuerza.

La imagen que ofrecía el detective era extremadamente masculina y sexy.

Jim vestía unos pantalones negros ajustados a la perfección de sus muslos y una

camisa blanca que dejaba entrever las líneas que formaban sus abdominales. El botón

superior de la camisa lo llevaba desabrochado y podía ver el inicio de su pecho. Llevaba

la americana cargada sobre el hombro derecho y

parecía esperarla con impaciencia.

Ashley se había quedado clavada en el sitio y no sabía qué decir. Se aproximó unos

pasos hacia él y lo miró de arriba abajo. Jim estaba realmente espectacular. Incluso

parecía que su rostro era más afable que hacía unas horas.

—No voy a dejar que vayas sola a la cena. Tengo que protegerte.

Ashley asintió y supuso que aquello era una tregua.

—¿Ya no corro peligro? —no pudo evitar hacerle la pregunta con tono sarcástico.

—Steve y Robert también van a estar en el restaurante, así que haz como si no los

conocieras.

Ashley por fin entendió el cambio en su decisión y se sintió ligeramente

decepcionada, ya que la idea seguramente no había sido de Jim, sino de Steve. Asintió en

silencio y se puso la chaqueta. Después se dirigió hacia la puerta sin mirarlo. No entendía

por qué sentía como si su corazón se hubiera roto, pero sacudió la cabeza y se juró a sí

misma que aquella noche disfrutaría como nunca. Intentaría olvidarse de los sentimientos

que estaban empezando a aflorar dentro de ella. Hacía tanto tiempo que no había tenido

el calor de alguien que creía estar confundiendo términos.

Subieron al coche en completo silencio y mantuvieron la misma actitud hasta que

estuvieron frente al restaurante, donde habían quedado con Jacob, que ya los estaba

esperando con una sonrisa afable en el rostro. Este dio una palmada cuando los vio

aparecer y se aproximó a su coche enseguida.

—Creía que no vendrías.

Ashley forzó una sonrisa.

—Disculpa la tardanza.

Jim también hizo lo mismo que Ashley y después de las disculpas entraron en el

restaurante. El detective miró hacia un lado y a otro intentando identificar el tipo de

personas que los rodearía durante la noche.

Descubrió que era un restaurante de nivel

medio y no había ningún asomo de gente extraña a

su alrededor. Mientras Jacob le daba

su nombre al encargado de las reservas, Jim descubrió la posición de sus compañeros.

Estos echaron una mirada hacia los recién llegados y después volvieron la vista hacia su

plato.

Los tres fueron llevados hacia una mesa próxima a la de Steve y Robert. Jim suspiró

tranquilo, ya que de esa manera no tendría que estar tan pendiente de las mesas de

alrededor. Con caballerosidad, corrió la silla de Ashley para que esta se sentara. La joven

no pudo evitar una mueca de sorpresa, pero tras darse cuenta volvió a sonreír antes de

que Jacob fuera consciente del gesto que mostraba en la cara.

Ashley observó a su jefe y descubrió que estaba disfrutando realmente de la cena.

Siempre le había transmitido alegría y buen rollo, lo cual era algo que necesitaba más que

nunca debido al tipo que deseaba matarla.

Jim hizo una señal a un camarero cercano para que se aproximara a su mesa y les

tomara nota. Cuando por fin se quedaron solos, Jim se dirigió a Jacob para iniciar una

conversación, ya que el silencio que había entre ellos le hacía sentir incómodo.

—Bueno, Jacob, ¿tú no tienes novia?

Jacob negó con la cabeza y torció el gesto.

—Lo dejamos hace unos meses y de momento estoy bien solo. Me he centrado en el

trabajo y en mis hobbies. No deseo nada más.

Jim asintió. Lo entendía perfectamente. Él también había decidido dedicarse

exclusivamente al trabajo y dejar el tema amoroso aparte. No quería sufrir más y

tampoco quería tener un punto débil con el que pudieran hacerle daño.

—Puede que cuando menos lo esperes, alguien aparezca en tu vida para ponerla

patas arriba —intervino Ashley con una sonrisa.

Jacob se encogió de hombros y no contestó, tan solo se limitó a mirarla a los ojos

mientras bebía de su copa. Sin embargo, a Jim no se le escapó aquel detalle y supuso que

no hacía falta esperar más a que apareciera alguien, sino que para Jacob ya había alguien

en su corazón. Y era Ashley. Una parte de él estaba con el jefe de la joven, y es que había

algo en ella que resplandecía y llamaba la atención, además de su increíble belleza y la

jovialidad que desprendía. No obstante, sintió celos de Jacob. Estaba claro que entre jefe

y empleada había una relación de amistad muy estrecha y la confianza que ambos tenían

en el otro era más que evidente. Por eso sintió un ligero ataque de celos, ya que él

también deseaba tener esa confianza con Ashley y no los continuos ataques que se

dedicaban el uno al otro. Sabía la tensión que flotaba en el ambiente y conocía su mal

genio mientras trabajaba, pero no quería que eso fuera un impedimento para llevarse bien

con Ashley.

Aún tenía en su boca el sabor de los labios de la joven y no podía evitar que todo su

ser estuviera deseoso de volver a sentirlos.

Además, desde que la había visto aparecer por

el pasillo de su casa no había pensado en otra cosa que arrebatarse el vestido y hacerle el

amor sobre el sofá porque estaba realmente preciosa.

Observaba los gestos que hacía mientras hablaba animadamente con Jacob y deseó

ser él el interlocutor con el que mantuviera aquella conversación.

De repente, la voz de Jacob se abrió paso entre sus pensamientos. Se giró de golpe y

descubrió que ambos lo miraban con interés,

especialmente Ashley, que era consciente de que estaba embobado mirándola.

—Está claro que estás muy enamorado de Ashley. No le has quitado ojo... —dijo

Jacob al tiempo que una carcajada brotaba de sus labios.

Jim carraspeó incómodo y retiró la mirada de Ashley, que se mordía

inconscientemente el labio, un gesto que Jim no supo cómo interpretar, pero que había

provocado en él una llamarada de pasión.

—Si me disculpáis, ahora vuelvo.

El detective se levantó de la mesa y se dirigió al baño. Por el camino, hizo un gesto a

Steve, que enseguida dejó su tenedor sobre la

mesa y marchó disimuladamente tras él.

Ashley lo miró desde la mesa. Aquel gesto la preocupaba, ya que no esperaba que la

dejara completamente sola en el restaurante. Sin embargo, lo que le tranquilizó fue saber

que Robert estaba en una de las mesas cercanas y miraba disimuladamente hacia ella en

repetidas ocasiones.

Lo primero que hizo Jim al llegar al baño fue dirigirse hacia los lavabos para echarse

agua fría en la cara. Estaba totalmente anonadado con la belleza de Ashley y no era capaz

de concentrarse en lo que realmente le había traído a ese pueblo: la protección de la

joven. Tenía la sensación de que no estaba siendo lo profesional que debía ser, tal y como

le había sucedido con el tema de los narcos. Sin embargo, cuando Sam le pidió ayuda no pensaba que la hija del mismo sería tan bella.

Respiró hondo. La puerta se abrió a su espalda y por un momento creyó que se

trataba de Jacob que había ido a ver qué tal estaba.

Steve se frotó las manos mientras miraba uno a uno los cuatro sectores en los que

estaba dividido el cuarto de baño. Cuando descubrió que estaban completamente solos, se

dirigió a su jefe, aunque no le habló como tal sino como amigo:

—¿Se puede saber qué te ocurre? —parecía realmente preocupado.

Jim resopló y se encogió de hombros.

—Nada. Solo una tontería. Necesitaba echarme agua en la cara para despejarme.

Steve sonrió.

—Al final voy a ganar la apuesta con Robert.

Jim frunció el ceño.

—¿Qué apuesta?

—Que por primera vez vas a mezclar trabajo con sentimientos. La chica te atrae, no

me lo niegues.

Jim apretó los puños. A pesar de lo que sentía, no podría hacerlo realidad.

—Será mejor que vuelva a la mesa antes de que sospechen. Quédate unos minutos

aquí y regresa a la tuya.

Steve asintió y lo vio marchar.

Ashley taconeaba bajo la mesa con nerviosismo. Aunque no se estaba tomando muy

en serio la protección de Jim, no supo por qué tenía la sensación de que el asesino estaba

en el restaurante con ellos. Desde que el detective había abandonado la mesa se creó la

paranoia de que todo el mundo la observaba. La incomodidad que sentía era tal que

incluso Jacob fue consciente de ella.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó poniéndole la mano sobre el antebrazo para

intentar calmarla.

Ashley intentó disimular dedicándole una sonrisa.

—Sí, no te preocupes.

Miró a Jacob a los ojos y este parecía tan sincero que estuvo a punto de contarle el

secreto de la verdad presencia de Jim en su casa. Sin embargo, la aparición de este desde

el otro extremo del comedor consoló en cierta manera su nerviosismo y desechó la idea

de contar la verdad y desahogarse.

—¿Qué te parece si vamos ahora al salón de baile de aquí al lado? —le propuso

Jacob antes de ver aparecer a Jim.

A Ashley le pareció una buena idea. De esa manera, se desharía de la mala sensación

que había tenido minutos antes cuando se había quedado sola con él. Aceptó de buen

grado y le propuso la idea a Jim cuando este se sentó de nuevo con ellos. El joven torció

ligeramente el gesto y miró a Ashley, pero descubrió que estaba tan entusiasmada con la idea que no pudo oponerse.

La cena transcurrió sin ningún tipo de altercado, por lo que tanto Ashley como Jim

podieron suspirar tranquilos. Y aunque no pudieran creerlo, ambos disfrutaron de la

velada y la compañía de Jacob.

Ashley descubrió que Jim era un increíble conversador. Desde que irrumpió en su

vida solo había conocido la parte profesional del detective, no sabía que podía mantener

una conversación de cualquier tipo con una persona a la que había conocido esa misma

mañana y con la que aún no tenía la más mínima confianza. También descubrió que era

un gran actor, puesto en varias ocasiones se dirigió a ella como lo haría cualquier pareja.

Al terminar la cena, Jacob se levantó de su asiento e insistió en ser él quien los

invitara a cenar. Jim terminó aceptando el ofrecimiento y aprovechó esos momentos para

enviarle un mensaje al móvil de Steve y así indicarle que después irían a tomar unas

copas al bar de al lado.

Steve aceptó y le indicó en el mensaje que cuando terminaran la misión, Jim debería

devolverles el importe de las copas, a lo que el aludido le dedicó una mirada que habría

congelado a cualquiera.

—Bueno, ¿nos marchamos?

La pareja se levantó de sus asientos y dejaron atrás el restaurante para internarse en

el bar de copas que había justo al lado del mismo.

Tan solo Jim fue consciente de que sus

compañeros los siguieron con disimulo y se sentaron en el lado opuesto a donde se

encontraban ellos.

Jim fue el único de los tres que pidió algo ligero que no llevara alcohol, incluso le

advirtió a Ashley que hiciera lo mismo, pero la joven estaba empeñada en pasárselo bien

aquella noche.

—Hay alguien que quiere matarme y es posible que esta sea la última vez que pueda

disfrutar —le dijo al oído con una entereza que Jim no pudo resistirse a que la joven

hiciera lo que quisiera.

Sin embargo, cuando esta se disponía a marchar a la pista a bailar la agarró del brazo

y le dijo también en el oído:

—No olvides que yo siempre atrapo a los malos.

Ashley lo miró antes de marchar a la pista.

—Jim, ¿te vienes con nosotros? —lo invitó Jacob.

El aludido negó y lo animó a ir con Ashley. Él prefería quedarse en la barra

observando a los pocos vecinos que se encontraban reunidos en el bar a aquellas horas.

En un momento dado, miró hacia donde se encontraban Ashley y su jefe y no pudo

evitar fruncir el ceño. La joven bailaba muy animada y si no fuera porque Jacob la

agarraba por la cintura y la atraía hacia él la imagen le hubiera arrancado una sonrisa. Sin

embargo, el gesto de Jacob hacia la que supuestamente era su novia no era un gesto

propio de un jefe, sino de alguien que quería algo más de Ashley.

Jim sintió un ataque de celos y, si no fuera porque tenía que aguantar el tipo, habría

ido hacia la pista a llenarle la cara de puñetazos. «No pasa nada. No es tuya, Jim», se

repetía constantemente el joven a sí mismo. Por otra parte, veía reír a Ashley y el color

rojizo de sus mejillas le indicaba que el par de copas que se había bebido estaban

haciendo mella en su comportamiento y estaba dejándose llevar por los efectos del

alcohol. Vio cómo la joven en un momento se abrazó a Jacob y este le devolvía el abrazo,

no sin antes mirar de reojo a Jim, que estaba estupefacto ante aquella escena. ¿De qué

manera podría acercarse a su protegida si estaba magreándose con otro si se suponía que

él era su novio?

Apretó los puños con fuerza. Si Ashley no se contenía, echaría a perder toda la

mentira que habían construido para protegerla. Incluso temía que le dijera a Jacob que

había un asesino que quería matarla.

Jim miró hacia donde estaban sentados sus compañeros y vio que Robert le hacía

una señal para que cortara lo que estaba sucediendo. El joven asintió y, tras terminar su

bebida, se armó de valor y se aproximó a la pareja de la pista. El corazón le latía muy

deprisa y cuando estuvo a la altura de ambos solo se le ocurrió una cosa: apartó a Ashley

de Jacob, la agarró de la cintura y la besó. La joven abrió los ojos con sorpresa, pero

enseguida devolvió el beso a Jim.

A los pocos segundos, el detective separó sus labios de la joven y miró a Jacob.

—Lo siento, pero creo que si no nos vamos ya, mañana no tendrás ayuda en la

tienda.

El aludido rió con fuerza.

—No te preocupes. Mañana no la abriré. Tengo que ir a ver a mi familia a Nueva

York.

Jim asintió y los tres se dirigieron hacia la puerta. Ya junto a los coches, Jim se

despidió de Jacob y ayudó a Ashley a subir, pues se encontraba ligeramente mareada por

el alcohol. Esta se quejó, pues estaba segura de que podía ir sola, aunque tropezó con una

piedra y se agarró sin pensar al cuello de la camisa de Jim. Al aspirar el aroma de este, le

vino a la mente el beso de hacía tan solo unos minutos.

Cuando el joven cerró la puerta del copiloto, Ashley lo vio rodear el coche para

sentarse a su lado y sintió mariposas en el estómago al pensar que podría ser realmente su

novio. Aunque no quisiera reconocerlo, se sentía

bien a su lado, además de protegida.

Estaba segura de que el verdadero Jim no era tan gruñón, sino que era una máscara que se

había puesto para defenderse en su trabajo. La joven, en medio de la nube que tenía sobre

su cabeza debido al alcohol, se propuso quitarle la máscara y descubrir qué había

realmente bajo esta.

—Te has expuesto demasiado —fue lo primero que le dijo el joven cuando se subió

al coche.

A Ashley se le dibujó una sonrisa tonta en los labios.

—¿Qué pasa, tú nunca te diviertes? Estaban tus compañeros alrededor. Podrías

haber disfrutado más.

Jim la miró muy serio.

—No he venido a Lehigh a divertirme, sino a descubrir quién coño es el demente

que quiere asesinarte. Y parece que tú no te lo tomas muy en serio.

Ashley le devolvió la mirada muy seria, aunque sus ojos cristalinos restaban

credibilidad a sus palabras:

—Me lo tomo en serio. Solo quiero disfrutar lo que pueda quedarme de vida.

Jim arrancó el coche y lo dirigió hacia la casa de Ashley.

—Ya te he dicho que yo siempre atrapo a los malos.

Ashley rió casi imperceptiblemente.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —preguntó Jim de mal humor.

Ashley comenzó a reír más fuerte sin poder parar.

—Es que me ha hecho gracia el tono con el que lo has dicho. Parecías el poli malo.

—¿Y cómo lo diría el poli bueno? —la verdad es que el joven disfruta viendo la

borrachera de Ashley.

—No sé.

Llegaron a los pocos minutos a casa y Jim fue hacia la puerta de la joven para

ayudarla a salir y aunque esta se negó, finalmente tuvo que aceptar su brazo para

agarrarse a él, pues la calle le daba vueltas.

—Espero que no vuelvas a beber así —dijo Jim mientras introducía la llave para abrir la puerta.

—¿Es que tú nunca te has emborrachado?

Jim calló y no contestó a la joven. Sin embargo, esta insistió agarrándolo de la camisa cuando ya se encontraban dentro de la casa.

—Será mejor que te acuestes —dijo Jim intentando soltarse.

Ashley se negó en rotundo y se aproximó aún más a él. El olor de la joven distrajo

en profundidad al detective, que dejó de pensar con claridad y solo podía centrarse en que

Ashley estaba realmente preciosa esa noche con aquel vestido rojo y la tenía a tan solo un

palmo de su cara.

—No me voy a ir hasta que me contestes.

Jim apenas escuchó las palabras de la joven, tan solo se escuchó a sí mismo

repitiéndose constantemente que debía apartarse, pero había algo que le impedía llevarlo

a cabo. Ashley estaba demasiado cerca de él para intentar sonsacarle información y Jim

no podía resistirse al perfume que desprendía el cuerpo de su protegida. La sonrisa que

esta mostraba, fruto del alcohol, lo llamaba con insistencia y, finalmente, no pudo

resistirle a probar de nuevo los labios de la joven.

Jim acortó la poca distancia que los separaba y unió sus labios a los de Ashley con

delicadeza. Posó las manos en la cintura de la joven y la atrajo suavemente hacia él.

Acariciaba su espalda como si le fuera la vida en ello y profundizó el beso dejándose

llevar por el momento. Olvidó que estaba allí para protegerla. Y también apartó de su

mente la idea que siempre había mantenido de tener a raya del trabajo los sentimientos.

Olvidó que la casa estaba repleta de micrófonos y que uno de sus compañeros estaba

escuchando estupefacto lo que ocurría dentro de la casa.

Ashley abrió sus labios para dejar entrar a Jim. Aquello era algo que había estado

deseando hacer durante toda la velada. Desde que lo vio marcar sus músculos con aquella

camisa solo pensaba en arrancársela y tocar su piel. La joven llevó las manos a la nuca de

Jim y lo apretó contra ella. No quería que en algún momento se apartara de ella y la

dejara con ganas de sentir más. Durante un momento, se maldijo a sí misma porque lo

que sentía por aquel chico no era otra cosa que amor. A pesar de conocerlo desde apenas

dos días, algo en él la llamaba y deseaba conocerlo en profundidad. Desenmascararlo

para saber qué secretos esconde bajo esa capa de seriedad.

Con desesperación, Ashley comenzó a desabrochar la camisa de Jim. Sin embargo,

cuando este sintió las manos de la joven sobre la parte superior de su pecho, la apartó y

se separó de ella negando con la cabeza.

—Esto no está bien, Ashley. No puedo.

La joven intentó acortar la distancia que Jim había interpuesto entre ambos.

—Estás borracha —volvió a negar el joven apretando los puños con fuerza para

resistirle a los encantos de Ashley.

—Estoy lo suficientemente sobria como para saber lo que quiero.

Y apartó las manos de Jim para abrazarlo y volver a besarlo con fiereza. El joven se

mantuvo hierático, pero las caricias de Ashley terminaron por volverlo loco y agarró con

fuerza las caderas de la joven para atraerla hacia él. Esta sintió la erección de Jim contra

su vientre, lo cual encendió aún más los deseos de la joven.

Terminó por desabrochar la camisa de Jim y la tiró al suelo, el mismo lugar donde

acabó su vestido rojo. Jim la empujó suavemente, sin dejar de besarla, por el pasillo para

dirigirse hacia su dormitorio. Acariciaba con pasión las curvas que Ashley le ofrecía.

Esta, antes de entrar en su dormitorio, elevó las piernas hacia las caderas de Jim. Este la

sujetó firmemente para que no cayera, pasando sus manos por los muslos de la joven casi

sin llegar a tocarlos, gesto que provocó escalofríos en la piel de Ashley.

Jim la depositó sobre el colchón para admirar su espectacular cuerpo, al tiempo que

él mismo le ofrecía una visión de sus músculos. Aún mirándola y en silencio, se

desabotonó el pantalón y lo dejó caer al suelo junto a la ropa interior. Se colocó de

rodillas entre las piernas de Ashley y cuando esta se incorporó para tocarlo, le agarró las

manos y se las llevó a la cara. Quería sentir allí el contacto de la joven. Esta obedeció a

su silenciosa petición y le acarició el rostro con amor.

Jim llevó sus manos a la espalda de Ashley para desabrochar el sujetador, el cual

cayó al suelo a los pocos segundos. Acarició esa parte del cuerpo que había estado

vestida hasta ahora y se deleitó con la suavidad que desprendían sus pechos. No obstante,

cuando Ashley sintió las manos de Jim sobre ellos se apartó incómoda.

—Son muy pequeños.

El detective sonrió contra sus labios y le dijo:

—Son perfectos.

Después la empujó con suavidad contra el colchón y le demostró cuán perfectos eran

para él, aunque a ella no le gustaran. Besó la base los mismos y dibujó un camino hasta

los pezones, los cuales succionó con ansia, provocándole un placer a Ashley que jamás

había sentido.

Una de sus manos se deslizó por el vientre de la joven, sin embargo, aún había un

obstáculo que frenó el avance de Jim. Este bajó las

bragas y dejó al descubierto su

palpitante sexo. Ashley abrió sus piernas, dándole paso a la mano juguetona del

detective. Este la acarició con avidez al tiempo que con la misma intensidad succionaba

sus pechos, llegando a provocar el primer orgasmo de Ashley, la cual lanzó un grito que

fue ahogado por los labios de Jim.

Tras esto, el joven colocó su cuerpo sobre el de Ashley. Esta acarició todos y cada

uno de sus músculos y después lo atrajo hacia ella. Necesitaba sentirlo dentro de ella,

disfrutar del roce de su cuerpo y volver a tener un orgasmo, esta vez con él.

Jim puso las manos a ambos lados de la cabeza de Ashley. Sabía que su cuerpo era

muy pesado para ella y no quería aplastarla. Sin embargo, esta lo empujó más y le dijo al

oído:

—Te necesito.

Esas fueron las únicas palabras que Jim necesitó oír para internarse dentro de la

humedad de la joven. Lanzó un gemido de placer cuando ella acarició con fuerza su

espalda, clavándole ligeramente las uñas cada vez que sentía todo miembro dentro de

ella. Ashley arqueó la espalda y secundó el gemido de Jim. Era tal el placer que sentía

que por un momento creyó que la habitación daba vueltas a su alrededor.

Ambos se dejaron llevar por el placer que sentían. Cada uno buscaba el placer del

otro y, juntos, llegaron a un orgasmo que les arrancó las pocas fuerzas que les quedaban.

Jim se mantuvo durante un rato dentro de ella. La joven aún mantenía sus piernas

enlazadas en su cadera y no le permitía marcharse de allí, ni siquiera cambiar de posición

a una más cómoda. Sin embargo, le gustaba estar en esa postura. Necesitaba sentir aún el

cuerpo de Ashley bajo el suyo y darse cuenta de que lo que acababa de ocurrir era cierto.

La joven le había proporcionado el mayor orgasmo de su vida, incluso aún allí,

manteniéndose dentro de ella, volvía a desearla con la misma intensidad que hacía unos

minutos, provocando que su miembro volviera a endurecerse y arrancando un suspiro de

la boca de Ashley, que no podía creer que aún le quedaran fuerzas suficientes a Jim para volver a hacer el amor.

Sin embargo, la joven lo obligó a cambiar de postura, colocándose ella sobre el

cuerpo del detective para admirar su cuerpo una vez más. El joven la atrajo hacia sí al

mismo tiempo que comenzaba a moverse de nuevo dentro de ella. La besó lentamente,

saboreando sus labios y disfrutando del cuerpo de Ashley meciéndose encima de él.

Un sonido la despertó a media noche. En medio de la confusión por la profundidad

del sueño, Ashley miró hacia la mesita y descubrió que era su teléfono móvil el que

estaba sonando. Se extrañó demasiado debido a

las altas horas de la madrugada, ya que

jamás la habían llamado. Su corazón saltó al momento. Pensó que a su padre le había

ocurrido algo y la llamaban para avisarla de que debía ir a Nueva York a primera hora de

la mañana.

Sin embargo, cuando agarró el móvil y miró la pantalla, necesitó aclararse los ojos

para ver que se trataba de un número desconocido. Durante un momento, dudó si debía

contestar la llamada, y miró hacia el otro lado de la cama para avisar a Jim, sin embargo,

este no se encontraba con ella. La cama estaba completamente vacía y supuso que el

detective había regresado a su dormitorio en lugar de quedarse con ella.

El teléfono seguía sonando y su nerviosismo aumentaba a medida que la llamada

llegaba a su fin. A los pocos segundos, la pantalla del móvil se apagó. Ashley suspiró y

se alegró de no haber respondido e intentó pensar que se trataba de alguien que se había

equivocado al marcar. No obstante, al siguiente minuto, el teléfono volvió a sonar y en la

pantalla aparecía de nuevo un número privado.

La joven se armó de valor y contestó con un escueto:

—¿Sí?

Al otro lado del teléfono no contestó nadie. Ashley solo pudo escuchar el sonido de

una respiración pausada. Supuso que se trataba de una broma y se apartó el teléfono del

oído para colgar cuando, de repente, hablaron al otro lado de la línea.

—Esta noche estabas muy guapa, Ashley Smith
—una voz distorsionada hacía

imposible el reconocimiento de la persona que le hablaba.

La joven comenzó a temblar de auténtico pánico. Sentía como si sus articulaciones

se entumecieran y no pudiera moverse de la cama, como si estuviera clavada a ella. Abrió

varias veces la boca para hablar, pero solo boqueaba sin llegar a emitir ningún tipo de

sonido. No obstante, finalmente sacó el valor suficiente para realizarle una cuestión que

sabía de antemano que no tendría respuesta:

—¿Quién eres?

Al otro lado de la línea solo se escuchó una carcajada que a Ashley le pareció como

si hubiera salido de la garganta del mismísimo demonio. Un escalofrío le recorrió la

espalda. Le hubiera gustado que Jim estuviera allí con ella en ese momento, que se

hubiera quedado en la cama y ahora poder ayudarla a desenmascarar al asesino. Sabía

que no podía ir a su dormitorio, pues su interlocutor la escucharía dialogando con el

detective.

—¿Por qué quieres matarme?

—Tu padre acabó con mi carrera, y yo ahora acabaré con lo que más quiere.

—Yo no te he hecho nada. ¿Por qué no me dejas en paz y arreglas con él lo que

tienes pendiente?

Un silencio siguió a sus palabras durante varios segundos. Finalmente, su

interlocutor respondió:

—No. Sé que me divertiré más contigo —Ashley escuchó el sonido de un filo

rasgando algo al otro lado de la línea y un nuevo ataque de miedo pudo con ella—.

¿Quieres saber lo que haré cuando te tenga aquí?

Ashley no contestó. Estaba tan aterrada que era incapaz de articular palabra, por lo

que su interlocutor interpretó su silencio como si estuviera interesada en lo que quería

contarle.

—Antes de matarte, sufrirás tanto como yo he

sufrido desde que tu padre me hundió

la vida. Probarás lo mismo que yo probaba cuando era pequeño y mi padre me castigaba.

Sabrás lo que es sufrir de verdad, y no la vida que has llevado desde que naciste llena de

lujos y consentida.

Las lágrimas saltaron de los ojos de Ashley.

Estaba realmente asqueada, pero había

algo que la empujaba a seguir con el teléfono en la mano en lugar de colgar y avisar a los

demás de que el asesino se había puesto en contacto con ella.

—¿Consentida? —casi escupió esa palabra—.

¿Qué sabrás tú de la vida que he

llevado? ¿Crees que mi padre me ha dado todo lo que necesitaba?

Sin darse cuenta, Ashley había subido la voz y en la otra habitación se escuchaban

con tanta claridad sus gritos que Jim se despertó de golpe, asió su arma reglamentaria y

entró en la habitación de Ashley totalmente desnudo. El joven apuntó a todos lados, pero

se dio cuenta de que Ashley estaba hablando por teléfono y llorando. La miró sin entender

y cuando escuchó sus palabras supo que estaba hablando con el asesino.

—Me da igual tu vida, zorra —escuchó la joven al otro lado.

—Eres un hijo de puta. La policía dará contigo antes de lo que crees.

Jim intentó asir el teléfono de la joven, pero esta se apartó de él enfadada y siguió

dando rienda suelta a la ira que guardaba en su corazón.

—Pasarás el resto de tu vida en la cárcel
—vociferó.

El asesino rió.

—Puede ser, pero después de acabar contigo —y antes de colgar le dijo—: Dile a tu

querido guardaespaldas que a mí no me engaña. Sé que está ahí para protegerte, pero si

no se aparta, morirá contigo.

Y después la llamada se colgó, dejando a una estupefacta Ashley, que miraba

sorprendida a Jim.

—¿Se puede saber por qué no me has dejado el teléfono? —le preguntó el joven

apretando los puños—. ¿Y para qué lo amenazas?
Ahora estará furioso. Eres una
insensata.

—Sabe que eres policía —contestó ella sin
responder a lo anterior.

—¿Se lo has dicho a alguien?

—¿Estás loco? Claro que no.

Ashley le dio la espalda y miró por la ventana. No
podía dejar de llorar, pero no

estaba segura de si el motivo era la llamada del
asesino o que Jim se hubiera cambiado de

habitación mientras ella dormía. La joven apretó
los labios, pero un sollozo escapó de

ellos y fue escuchado por Jim. Este se aproximó a
ella lentamente. No sabía cómo actuar

en ese momento. Sabía que había hecho mal al reprenderle de aquella manera, pero solo

buscaba su protección, y el hecho de que hubiera amenazado al asesino no ayudaba. Sin

embargo, veía tan frágil a Ashley en ese momento que su propio corazón parecía querer

romperse. Un claro de luna iluminó su rostro y Jim vio las lágrimas que salían sin parar

de sus preciosos ojos. Cuando estuvo justo a su espalda, levantó las manos y las apoyó

sobre los brazos de la joven, intentando unir su pecho con la espalda de ella para

infundirle calor. No obstante, Ashley se separó de él al instante, como si su pecho la

hubiera abrasado. Se dio la vuelta y lo encaró con ojos acusadores.

—¿Por qué te has ido al otro dormitorio?

Aquella pregunta pilló de sorpresa a Jim, el cual no había pensado una respuesta.

—Yo... Lo de anoche fue un error.

Ashley sintió como si su corazón se estuviera partiendo en mil pedazos. Ella no se

entregaba así como así a cualquiera que se pusiera en su camino. La noche anterior había

visto sentimientos cercanos a Jim que eran correspondidos por este. Sin embargo, las

palabras que este le decía contrastaban con lo que realmente sentía.

—¿Un error? —le espetó Ashley intentando contener las lágrimas—. Pues no

parecía que pensabas eso mientras...

Jim bajó la mirada. No podía seguir viendo los ojos dolidos de Ashley. Desde que

habían hecho el amor sentía que algo en él se había despertado. Lo que la joven le había

trasmitido desde que la conoció apenas eran esbozos de lo que su corazón sentía por ella

en ese momento. Sin embargo, cuando la vio dormida junto a él y acarició su cuerpo el

miedo se abrió paso en su mente y no quiso verla sufrir mientras él se internaba en

bandas de narcotraficantes para descubrir al cabecilla. No le deseaba una vida llena de

angustia por no saber de él. Al contrario, esperaba que la joven pudiera tener una

existencia tranquila, lejos de su mundo de delincuentes. Por eso se marchó a su

dormitorio, aunque no podía confesarle el verdadero motivo a la joven.

—Hace unas horas parecía que me querías y ahora has cambiado de opinión —le

dijo—. ¿Qué ha cambiado?

—Todo —contestó él.

—¿Todo? —Ashley se acercó a él y lo obligó a mirarla—. Dime entonces que no me

quieres y no te insistiré más.

Jim apretó los dientes al tiempo que la miraba a los ojos. Descubrió que estos le

suplicaban en silencio que le dijera «te quiero», sin embargo, escuchó a su razón en lugar

de su corazón y le dijo con voz calmada:

—No te quiero.

El gesto de Ashley pasó de ser expectante a desilusionado. Esta sintió un nudo en la

garganta que pugnaba por salir en forma de lágrimas, pero intentó contenerlas lo máximo

posible, al menos hasta que volviera a estar sola en el dormitorio. Se alejó de él y le dio

la espalda de nuevo.

—Está bien —dijo con voz queda—. Límitate entonces a hacer tu trabajo y después

márchate para siempre.

Jim asintió en silencio, pensando que era lo mejor que podía hacer en ese momento.

Retrocedió y salió del dormitorio donde hacía tan solo unas horas habían compartido algo

más que un simple orgasmo. Jim apretó los puños con frustración, se maldijo a sí mismo

por llenar de sufrimiento la vida de la única mujer que parecía quererlo de verdad, sin

importarle su trabajo. No obstante, estaba seguro de que era mejor así, ya se olvidaría de

él con el tiempo, aunque viviendo los dos durante un tiempo en la misma casa su trabajo

se convertiría en un calvario.

Ashley se dejó caer al suelo contra la pared cuando se quedó sola en el cuarto. No

pensaba que llegaría a enamorarse de Jim con tanta facilidad. Hacía unas horas creyó ver

amor en los ojos del detective, pero estaba equivocada como otras tantas veces a lo largo

de su vida. Había vuelto a elegir mal, pero el resultado era aún peor que en las otras

ocasiones ya que sentía un vacío en su interior que

la quemaba a medida que avanzaba el tiempo y se sentía aún más sola.

Durante todo el día y cuando la llamó el asesino había temido por su vida, había

sentido el terror de saberse perseguida y no saber quién era el que iba a por ella, pero en

ese momento le habría dado igual que apareciese por la puerta el asesino, ya que aunque

seguía viva sentía como si hubiera muerto por dentro. No podía creer que en tan solo un

día hubiera sentido el flechazo hacia Jim. Nunca había creído en el amor a primera vista,

pero la atracción que había entre ambos era más que patente y no ella no había podido

resistir a los encantos del joven aunque este tratara por todos los medios alejarse de

ella.

Escuchó el sonido del reloj del salón dando las cuatro de la mañana y se levantó del

suelo para volver a echarse en la cama. Estaba cansada de llorar. A partir del día

siguiente, no volvería a mostrarle sus sentimientos a Jim. Lo trataría como un invitado

más y no le recordaría lo vivido en su dormitorio aquella noche. Intentando

autoconvencerse de que todo había sido un mal sueño, Morfeo llegó y se sumió en una

profunda pesadilla en la que el protagonista era un hombre con el rostro cubierto que se

aproximaba a ella con un cuchillo de largas dimensiones dispuesto a matarla.



Capítulo 6

El sonido del timbre hizo que Ashley se despertara sobresaltada. Por un momento,

pensó que llegaba tarde al trabajo, pero recordó que la noche anterior Jacob le había

dicho que le daba el día libre. Suspiró mientras intentaba tranquilizar los latidos de su

corazón. Había tenido el peor sueño de su vida, aunque supuso que se trataba de la

tensión que estaba viviendo los últimos días. Necesitaba que todo acabara cuanto antes y

volver a la vida tranquila que siempre había deseado.

Sin querer, miró hacia el otro lado de la cama, donde debía haber permanecido Jim

desde la noche anterior, pero enseguida sacudió la cabeza y se levantó para darse una

buena ducha que le hiciera olvidar el dolor que anidaba en su corazón.

Tenía una mala sensación desde que la había llamado de madrugada el asesino, pero

procuró no darle importancia y se puso en pie para disfrutar de un nuevo día, o al menos

intentarlo. Sin embargo, antes de entrar en el baño de su dormitorio, su teléfono sonó de

nuevo. Tras dar un respingo, Ashley se aproximó lentamente a él para ver de quién se

trataba. Cuando vio el nombre de su mejor amiga de la universidad reflejado en la

pantalla estuvo a punto de saltar de alegría.

—¡Jane! —la saludó alegremente—. ¿Cómo te va todo?

—Genial. Acabo de regresar de Miami y había pensado visitarte para charlar.

—Perfecto. Hoy no trabajo, así que podemos vernos esta mañana.

—El único problema es que no tengo coche y tendrías que venir a recogerme al

aeropuerto de Nueva York si no es mucho pedir.

Ashley frunció el ceño. No estaba segura de ir sola a recogerla, sin embargo, no

estaba dispuesta a pedirle el favor a Jim para que la acompañara. Ya se las apañaría.

—Está bien. Voy a ducharme y voy a por ti.

Jane le agradeció el gesto desde el otro lado de la línea y colgó tras despedirse. Lo

que no sabía Ashley es que esa sería la última vez que hablase con su amiga, ya que esta

se encontraba amenazada en uno de los servicios del aeropuerto de Nueva York, donde

había sido sorprendida por un desconocido al entrar al baño y la había obligado a llamar a

su mejor amiga. Tras colgar y desear que aquel hombre la dejara, le esperaba la muerte

detrás de nueve puñaladas con un cuchillo de largas dimensiones. La joven lanzó sus

últimos estertores ante un hombre que disfrutaba en demasía con el espectáculo que tenía

ante sí.

Jim abrió la puerta a Steve. Este había pasado gran

parte de la noche vigilando

mientras los demás descansaban y agradeció ser él quien escuchara lo que ocurría en la

casa de enfrente. Cuando su jefe vio el gesto con el que su amigo entraba en la casa,

supuso el motivo de la visita.

El detective suspiró y se alejó de él para terminar de beberse el café que había

preparado. Al otro lado del pasillo escuchaba caer el agua de la ducha, por lo que supuso

que Ashley ya se había levantado. No estaba preparado para encararla. Hubiera preferido

enfrentarse de nuevo a los narcos que había detenido hacía poco que a aquella joven a la

que le había roto el corazón.

Jim se sobresaltó cuando la mano de Steve se posó sobre su hombro. Lo miró de

rejo y vio que su amigo no sabía cómo comenzar el tema a tratar.

—Ya sé lo que me vas a decir.

Steve sonrió y le dio una fuerte palmada en la espalda.

—Tienes suerte de que fuera yo quien estuviera escuchando a través de los

micrófonos —soltó una risita—. Aquello era mejor que una película porno, créeme.

Jim se volvió hacia él.

—Olvida lo que escuchaste anoche porque no se va a volver a repetir.

—¿Qué? —se sorprendió—. Yo te escuché muy receptivo.

—Fue un error. Ella es mi protegida y tengo que guardar su seguridad, no acostarme

con ella al día siguiente de estar en su casa.

—Tú y tu manía de no mezclar trabajo con sentimientos. Al final, vas a perder lo

que realmente importa solo por una tontería. Anoche durante la cena tuve tiempo de

sobra para observaros y vi cómo te miraba. Descubrí admiración en sus ojos, además de

una atracción que era mutua. Deberías haberte visto, amigo. Era más que evidente lo que

sientes por ella. Es una mujer preciosa que te necesita. Si yo estuviera en tu lugar, no la

dejaría marchar.

Jim abrió la boca para contestarle, pero el sonido de la puerta del dormitorio de

Ashley hizo que zanjaran la conversación al instante. Jim carraspeó y se dirigió al sofá

para comenzar a trabajar con Steve. Este se sintió ligeramente incómodo, ya que sabía

que estaba en medio de ambos y que debían tratar de resolver lo que había ocurrido la

noche anterior.

Cuando Ashley apareció por el pasillo, se sonrojó intensamente al verlo. Recordó

que la casa estaba repleta de micrófonos y que seguramente los había escuchado mientras

hacían el amor. Sin embargo, el joven no hizo comentario alguno y la saludó con respeto,

lo cual la sorprendió ya que eso fue lo que le confirmó que los había escuchado porque el

joven siempre había mostrado su lado más

divertido con ella.

No obstante, Ashley desayunó en silencio con la cabeza gacha intentado trazar un

plan para que Jim accediera a que la joven marchara a Nueva York a recoger a su amiga.

Desde la barra lo observó. Este se encontraba de espaldas a ella cuchicheando con Steve

y mirando unos papeles. Ashley suspiró armándose de valor, dejó la taza sobre la

encimera y se aproximó hacia los policías.

—Tengo que hablar contigo —le dijo a Jim.

El joven se volvió hacia ella y le señaló unos papeles.

—Estamos ocupados.

Ashley apretó los dientes con enfado, respiró

hondo y se serenó. Vio que Steve se

levantaba de su asiento y le dijo:

—Será mejor que os deje solos.

—No hace falta —la joven lo agarró del brazo y lo invitó a sentarse de nuevo—. Te

comunico que voy a ir a recoger a mi mejor amiga al aeropuerto de Nueva York esta

misma mañana.

El movimiento que estaba haciendo Jim con las manos se interrumpió de golpe. Se

volvió lentamente hacia ella y la miró con rabia.

—¿Cuándo has decidido eso?

—Hace un rato cuando me ha llamado. Ya he quedado con ella y me estará

esperando allí, así que soy yo la que os deja solos.

Ashley se giró y agarró su bolso, que colgaba del brazo de una de las sillas, pero al

girarse estuvo a punto de topase con el pecho de Jim, que estaba tan cerca de ella que

podía oler el perfume que había dejado en su piel el gel increíblemente masculino que

había usado para ducharse. Durante un segundo creyó que iba a derretirse allí mismo,

pero irguió la cabeza y olvidó los sentimientos hacia el joven.

—Estarás de broma, ¿no?

El silencio de la joven fue una respuesta positiva para Jim, que se llevó una mano a

la cara para intentar calmar el nerviosismo que había aparecido dentro de él. La observó

durante lo que le pareció una eternidad, aunque no fueron más que un par de segundos.

Ashley hizo lo mismo que él y lo que creyó descubrir estuvo a punto de volver a

provocarle llanto. En los ojos de Jim vio reflejado el mismo amor, cariño y deseo que le

había demostrado la noche anterior. Sin embargo, sus gestos parecían indicar lo

contrario.

Sus miradas se enzarzaron en una lucha para hacerle ver al contrario la fortaleza que

habitaba en su corazón. Finalmente, Jim se alejó unos pasos de ella y le dijo:

—No voy a dejar que vayas.

Ashley no pudo aguantar una risa nerviosa y le

espetó.

—No eres nadie para impedírmelo.

Con un arrojo que ni ella sabía que poseía, Ashley lo rodeó y se dirigió con paso

firme hacia la puerta. Sin embargo, no llegó a poder abrirla. Antes de posar su mano

sobre el pomo de la misma, vio que Steve se levantaba de su asiento mirándola muy

seriamente, pero fue el brazo de Jim el que se interpuso entre ella y la puerta. La joven

intentó abrir igualmente, pero le fue imposible.

Echó una mirada rápida a Steve, que por primera vez la miraba como si la

delincuente fuera ella. Después, giró levemente la cabeza para enfrentarse al gesto adusto

de Jim. Este se encontraba a tan solo unos centímetros de ella y conocía a la perfección el

efecto que causaba en la joven, puesto que a él le ocurría lo mismo.

Ambos respiraban con rapidez, aunque ninguno lo hacía por la tensión del momento,

sino porque a sus mentes regresó su propia imagen haciendo el amor. Ashley sintió que

su corazón se aceleraba, al mismo tiempo que una gota de sudor le recorrió lentamente la

espalda. Finalmente, se giró completamente para encararlo y le dijo:

—No soy una niña. Ya me da igual si haces o no tu trabajo. Si decides irte y llamar a

mi padre para cancelar vuestro trato. Me da igual todo. Solo quiero vivir mi vida como lo

he hecho hasta ahora y olvidarme de que en algún momento de mi vida has existido.

Jim tragó saliva. Aunque no quisiera admitirlo, ni dejara entrever sus sentimientos,

aquellas palabras le habían dolido en lo más hondo de su alma. Sabía que no era ella

quien hablaba, sino su rencor y estaba seguro de que en una noche no podía haberse

olvidado de él. Apretó la mandíbula con fuerza. El joven se debatía entre el deber de

protegerla tal y como le había prometido a Sam, incluso ya había cobrado una parte por

sus servicios, o dejar que Ashley saliera sin más de su casa sin la seguridad de que

pudiera regresar sana y salva desde Nueva York.

El detective se decantó por la primera opción y

abrió la boca para decirle:

—Si no quieres que te trate como una niña, compórtate como un adulto responsable

—le habló como si fuera la primera vez que se dirigía a ella—. No vas a salir de esta casa

sin mi consentimiento, y menos sola después de que anoche te llamara el asesino.

Steve frunció el ceño.

—¿Ha llamado? ¿Cómo no me lo habéis dicho?

—No he tenido tiempo, Steve —dijo Jim. Después se dirigió a Ashley—. Será mejor

que dediques el día a otra cosa.

La joven lo vio alejarse de ella unos pasos, momento que aprovechó para intentar

abrir la puerta de nuevo.

—Ya me habló tu padre de tu tozudez.

Jim la alcanzó en un par de pasos y la agarró del brazo. La atrajo hacia él, pero

Ashley trastabilló y chocó contra su cuerpo. Ambos volvieron a sentir como si una

corriente de electricidad los hubiera traspasado. Se miraron a los ojos, pero Jim intentó

mantener el gesto serio.

Apretó con fuerza el brazo de Ashley al tiempo que la arrastraba hacia el dormitorio

de esta:

—¿Se puede saber qué haces? —Ashley gritaba enfurecida intentando liberar su

brazo del amarre de Jim, pero le resultó imposible, pues este clavó sus dedos en la carne

de la joven—. Me haces daño.

Jim siguió en silencio hasta que alcanzaron la puerta del dormitorio. La abrió y la

empujó dentro de él.

—No saldrás de aquí hasta que no cambies tu actitud.

—¿Me piensas retener en mi propia casa?

Ashley no daba crédito a lo que estaba escuchando. Lo miraba asombrada, incluso

en otra situación le habría hecho gracia, pero sabía que su amiga la estaría esperando en

el aeropuerto y no quería defraudarla.

—No me has dejado otra opción.

Jim dio un paso atrás y cerró de un golpe la puerta. Después agarró una silla cercana

y la atrancó contra la puerta del dormitorio. Ashley intentó abrir desde el otro lado, pero le fue imposible.

El detective se alejó por el pasillo para regresar junto a Steve, que lo miraba con cara divertida.

—Me alegra saber que el trabajo te hace gracia.

—No es el trabajo, sino tu actitud. La tratas como a una niña cuando lo que más te gustaría hacer es arrancarle la ropa y...

—¡Ya basta!

Jim se sentía incómodo con las insinuaciones de su amigo. Sabía que tenía razón,

pero no quería que se lo recordara a todas horas, ya que deseaba olvidarlo para siempre y

centrarse en su trabajo.

Ashley golpeó la puerta un par de veces más, pero después de comprobar que no

daban resultado sus gritos, optó por callar. Se sentó en el borde de su cama mientras

resoplaba con fuerza. Hacía tiempo que no se enfadaba de esa manera y ese sentimiento

le recordó a su estancia en la casa de su padre antes de marcharse. Las peleas con Mary

eran continuas y siempre acababa el día enfurecida. Cuando salió de su casa se prometió

no volver a sentirse de aquella manera, pero Jim había conseguido que rompiera más de

una regla que se había grabado a fuego en la cabeza. Y lo odiaba por ello.

Con nerviosismo, se levantó y paseó por la

habitación como un animal enjaulado.

Durante un momento, sopesó la idea de llamar a Jane para cancelar su visita a Lehigh,

pero hacía tanto tiempo que no la veía que no podía hacerle eso. Por lo tanto, optó la

segunda y última opción que tenía: abrir la ventana de su cuarto y escapar por allí, como

lo había visto hacer en las películas desde que era pequeña. Jamás había saltado desde

una ventana y, tras echar un vistazo a la altura, comprobó que había casi dos metros de

caída. Maldijo su mala suerte al haber alquilado una casa de esas características. Sin

embargo, supuso que no sería demasiado difícil hacerlo.

La joven se cruzó el bolso en el hombro y abrió

con cuidado la ventana. No quería

hacer ruido, ya que podría alarmar a Jim o Steve, que se encontraban a pocos metros de

ella. Lanzó una maldición cuando los goznes chirriaron ligeramente. Se mantuvo quieta

esperando oír los pasos apresurados de Jim, pero todo se mantuvo en silencio, incluso

podía oír el murmullo de la conversación que mantenían los policías en el salón.

Suspiró de alivio. Se sentó en el borde de la ventana y sacó ambas piernas. Sintió

vértigo, pero sabía lo que la esperaba al otro lado: la libertad. Animándose y armándose

de valor, dio un salto y cayó sobre el césped que crecía en el patio trasero de la casa.

Miró sus ropas para ver si había algún rasguño,

pero todo estaba en perfecto orden. Se

levantó y rodeó la casa para dirigirse hacia el coche que, por desgracia, estaba en la

puerta delantera de la casa, por lo que podrían verla. Sin embargo, se pegó todo lo que

pudo a la pared y, cuando el coche estaba frente a ella, sacó las llaves del bolso, pulsó el

interruptor que abría las puertas del mismo y corrió hacia él.

Arrancó y pisó el acelerador como si su vida le fuera en ello, aunque le hubiera

gustado ver la cara de estupefacción de Jim cuando la vio marcharse.

Jim estaba discutiendo los pormenores de la búsqueda del sospechoso cuando Robert

llamó a su teléfono. Cuando vio su nombre en la

pantalla, se le encogió el corazón, ya

que pensaba que había algún sospechoso merodeando alrededor de la casa, pero al

descolgar y escuchar las palabras de su compañero estuvo a punto de echarse a reír

porque pensaba que estaba de broma.

Robert le dijo que Ashley estaba a punto de coger su coche, que la veía desde la casa

que habían alquilado. Jim frunció el ceño extrañado y se asomó por la ventana del salón

para mirar, con ojos incrédulos, que, efectivamente, Ashley arrancaba el coche y se

alejaba de la casa como alma que lleva al diablo.

—¿Pero qué coño hace?

Steve, que aún desconocía lo que estaba

ocurriendo, hizo lo mismo que Jim y

levantó las cejas para después, sin poder evitarlo, echarse a reír.

—No podemos negar que esta chica tiene cojones.

Jim lo miró enfadado y en silencio. Abrió la puerta de la casa hasta llegar a media

calle para ver el camino que tomaba. Cuando vio que al final de la calle giraba a la

derecha confirmó que tomaba la carretera hacia Nueva York.

—¡Maldita sea!

Jim miró hacia la puerta de la casa de enfrente, desde donde apareció Robert con las

llaves de su coche. El joven se las lanzó a su jefe y este las atrapó al vuelo. Le pidió a

Steve que lo acompañara mientras los demás volvían a sus puestos para seguir vigilando la casa en su ausencia.

—¡Mantenednos informados! —gritó Robert, aunque no estaba seguro si lo habían

escuchado, ya que Jim pisó el acelerador y tomó el mismo camino que Ashley.

El coche solo dejó a su paso una estela de humo negro.



Capítulo 7

Ashley no podía creer que hubiera engañado a Jim tan fácilmente. Había salido ya a

la carretera y se encaminaba hacia el aeropuerto.

Se quejó cuando su coche pasó por

encima de un bache. Esa carretera nunca le había gustado. Desde que llegó al pueblo

había oído a todo el mundo quejarse sobre el mal estado en el que se encontraba el

asfalto, pero nadie había hecho nada para solucionarlo, ni siquiera el alcalde de Lehigh.

Suspiró cuando miró por el retrovisor y vio que el coche de Robert no iba tras ella.

Supuso que Jim o cualquiera de los demás no la habían visto escaparse. Sonrió

ampliamente por primera vez en muchos días.

Tenía la adrenalina a tope y le encantaba

esa sensación. Ahora entendía a Thelma y Louis.

Esa sensación de libertad era aún mayor

si antes habías estado privada de ella, y más si el

causante de ello era un apuesto policía

de Nueva York que la había atrapado por completo, no solo físicamente, sino también su corazón.

Ashley conectó la radio de su coche. Desde allí apenas podía escuchar un par de

emisoras, pero le gustaba la música que podía escuchar en ellas. En aquel momento,

estaba sonando una canción cuyo título y cantante no recordaba, pero en las últimas

semanas había alcanzado un gran auge en el país. Tarareó la música y abrió la ventanilla

para que el aire fresco le despejara la mente.

Cuando la joven pasó por un cruce, vio que un coche con los cristales tintados

esperaba tranquilamente a que ella pasara de largo para volver a iniciar la marcha. Ashley

redujo velocidad tal y como indicaba una señal que acababa de dejar atrás. Intentó

descubrir quién era el que conducía aquel coche, ya que parecía ser una buena marca. Sin

embargo, no logró su objetivo. Se cruzó de hombros y pensó que aquel era el único coche

con el que se había cruzado desde que había salido de Lehigh.

Agradeció que la carretera estuviera libre de tráfico, ya que odiaba tener que

conducir como en las calles de Nueva York, donde siempre había demasiados coches y

ruido.

La joven vio por el retrovisor que el coche con el

que se había cruzado había tomado

la misma dirección que ella. Durante aproximadamente un par de kilómetros no le dio

importancia a la presencia de aquel auto, sin embargo, cuando vio de reojo por el

retrovisor que se acercaba a ella con demasiada velocidad miró con interés y no supo por

qué, pero sintió miedo. Recordó la llamada del asesino, a la que no había dado el interés

que debía, e intentó reducir velocidad para ver si la adelantaba.

Sin embargo, el coche en cuestión no la adelantó, sino que aumentó la velocidad y la

embistió por detrás. Ashley sintió el golpe como si se lo hubieran dado a ella misma y no

a su auto. Se llevó la mano al cuello, donde sintió

un latigazo. Se lo frotó con insistencia

hasta que el dolor pasó.

La joven volvió a mirar por el retrovisor y cuando vio que comenzaba a adelantarla

creyó que lo mejor era salir de la carretera y dar marcha atrás, pero no había ninguna

salida en ese tramo. No le quitaba ojo de encima al coche que tenía detrás al tiempo que

seguía mirando la carretera. En un momento dado, cuando ambos coches estuvieron a la

misma altura dijo:

—¿Pero qué coño hace?

Vio virar el coche de al lado como si lo hiciera a cámara lenta, o al menos eso le

pareció a ella, ya que en cuestión de un segundo, el

automóvil dio un volantazo y fue

directo hacia ella para intentar echarla de la carretera. Ashley giró el volante hacia la

derecha y sintió cómo las ruedas de ese lado rozaban el pequeño terraplén que llevaba a

un bosque frondoso.

Su corazón latía con fuerza y se arrepintió al momento de haber desobedecido las

órdenes de Jim, pero era demasiado tarde para dar marcha atrás y volver sana y salva a

casa. Debía enfrentarse a aquello ella sola, y no estaba dispuesta a dejarse vencer

fácilmente. Pisó el acelerador hasta el fondo y cuando el coche rugió y avanzó más

rápido que su adversario, suspiró de alivio, aunque este fue momentáneo, ya que el

asesino aceleró también y volvió a colocarse a su altura. Este hizo el mismo giro que

antes y estuvo a punto de conseguir sacarla de la carretera si no hubiera sido porque la

joven frenó de golpe y el otro coche siguió su camino.

—Hijo de puta —dijo Ashley con un suspiro.

Las manos le temblaban a la joven, además de creer que de un momento a otro le

daría un ataque al corazón. Intentó calmarse y respirar con normalidad, sin embargo, no

tuvo descanso alguno, ya que vio derrapar al coche que la acosaba y girar en un segundo

para colocarse frente a ella.

Ashley intentó hacer el mismo movimiento, pero vio que el coche venía hacia ella a

gran velocidad. La joven quitó el freno de mano y avanzó por la carretera, pero sabía que

jamás llegaría a sobrepasarlo, por lo que la única opción que le quedaba era la que aquel

coche había intentado desde que se cruzó en su camino.

—¡Mierda! —gritó Ashley antes de dar un volantazo.

El coche de la joven fue directo al terraplén, donde nada más salirse de la carretera

dio una vuelta y se dirigió, sin frenos, hacia uno de los árboles que fue testigo de lo

ocurrido aquel día. Ashley perdió el control total del coche. Saltaba del asiento con cada

bache que su coche pisaba y tuvo tiempo de ajustar bien su cinturón antes de chochar

contra el árbol.

La joven se golpeó la cabeza con fuerza contra el volante y perdió el conocimiento,

pero antes de que la oscuridad la envolviera por completo pudo oír el sonido que hicieron

las ruedas sobre el asfalto al pisar el acelerador hasta el fondo para alejarse de allí.

Jim tenía un mal presentimiento, aunque no quería compartirlo con Steve para no

alarmarlo a él también. En su estómago sentía un nerviosismo impropio de él. No quería

que nada malo le ocurriera a Ashley y haría lo imposible para encontrar al malnacido que

la había amenazado.

Cuando tomaron la carretera que iba a Nueva York, no vieron el coche de Ashley,

por lo que supuso que la joven había pisado a fondo el acelerador.

—La encontraremos —intentó animarlo Steve.

—Lo sé. Y cuando lo hagamos... espero que sepa rezar.

Steve sonrió al tiempo que miraba hacia otro lado, aunque le llamó poderosamente la

atención un coche con los cristales tintados que acababa de cruzarse con ellos en la otra

dirección.

—Sí que lleva prisa... —comentó extrañado.

Jim miró por el retrovisor y memorizó la matrícula del coche. No sabía por qué, pero

tenía la sensación de que debía hacerlo. Pisó el acelerador y condujo durante un par de

kilómetros más hasta dar con la señal de unos neumáticos sobre la carretera.

—¿Pero qué ha pasado aquí? —dijo Steve.

Al instante, Jim señaló a un lado de la carretera al tiempo que su corazón parecía

querer pararse de golpe. Vio que el coche de Ashley se había salido de la carretera y

había circulado durante varios metros hasta estrellarse contra un árbol. Al tiempo que

aparcaba el coche a un lado del carril, descubrió la una gran humareda que desprendía el

motor.

—Va a arder, Jim —dijo Steve antes de correr hacia donde se encontraba Ashley.

Jim corrió tras él, aunque le dio la sensación de que el coche de la joven estaba cada

vez más lejos de ellos. Llegaron al tiempo junto a ella y descubrieron que había perdido

el conocimiento.

—¡Ashley! —gritó Jim.

El joven abrió la puerta y le tomó el pulso para comprobar cómo se encontraba.

Cuando descubrió el latido en su cuello, respiró aliviado y procedió, con la ayuda de

Steve, a cortarle el cinturón para sacarla de allí. Miró hacia el capó del coche y vio que

cada vez había más humo, incluso una pequeña llama comenzó a arder.

—¡Date prisa! —le vociferó a Steve.

—Es difícil.

El joven sudaba copiosamente intentando, con la

navaja que solía llevar encima,

cortar desesperadamente el cinturón que mantenía atrapada a Ashley. Esta sangraba con

intensidad debido a una herida que se había hecho en la frente. Cuando por fin lograron

soltarla, Jim la aferró con fuerza. Pasó un brazo bajos las rodillas de la joven y otra por su

cintura. Con cuidado, aunque con prisa, la sacó del coche. Ambos corrieron alejándose

todo lo que pudieron de allí, ya que la llama se había extendido y de un momento a otro

el coche explotaría. Cuando por fin estuvieron a salvo, escucharon una pequeña

explosión, seguida de un estruendo ensordecedor.

Se refugiaron detrás de su coche. Jim puso a Ashley en el suelo intentando que esta

recuperase la conciencia.

—Será mejor que llame a los bomberos y a una ambulancia.

Jim asintió y acarició la cara de Ashley. Suspiró hondo. Había pasado tanto miedo

que había temido perderla de un momento a otro sin haberle confesado sus verdaderos

sentimientos y haberle pedido perdón por el daño que le había hecho la noche anterior al

rechazarla.

Jim miró a su alrededor. El desastre era evidente. La explosión del coche de Ashley

había provocado el incendio del árbol en el que se había estrellado y si los bomberos no

llegaban con presteza, se extendería por el resto de la arboleda. Escuchó la conversación

que Steve mantenía con los servicios de emergencia, para después avisar al padre de la joven del accidente.

Jim apretó con fuerza los puños, no solo se había fallado a sí mismo, sino también al

padre de Ashley, que había depositado todas sus esperanzas en él para salvar la vida de la

joven. Acarició el rostro de Ashley para intentar que volviera en sí al tiempo que

susurraba su nombre con dulzura, aunque sin perder la firmeza.

—Ashley —aproximó su rostro al de la joven y volvió a llamarla.

Pasaron los minutos hasta que por fin los ojos de Ashley se abrieron lentamente. La

joven respiró hondo y enfocó la vista en la persona

que tenía sobre ella. No sabía lo que

había ocurrido. Descubrió que se encontraba tumbada sobre la hierba con Jim sobre ella

llamándola. Sacudió ligeramente la cabeza para sacar de ella la niebla que había sobre su

mente, pero un dolor intenso en la frente estuvo a punto de que las lágrimas salieran de

sus ojos. Al instante, sintió un mareo y se llevó la mano izquierda al rostro como si con

ese gesto pudiera sacárselo de encima. Después, miró inconscientemente su mano y

descubrió que estaba cubierta de sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a Jim cuando se recuperó ligeramente del susto

inicial.

El joven endureció el rostro y levantó una ceja mientras la observó durante unos segundos.

—Esperaba que tú misma me lo dijeras.

Ashley se encogió de hombros e intentó levantarse, pero Jim se opuso y la empujó de nuevo sobre la hierba.

—Me encuentro mejor —Ashley se soltó de sus manos y volvió a incorporarse.

Sentía todo el cuerpo dolorido. Por un momento creyó que se había roto algún hueso del costado, ya que este le dolía con intensidad, pero descubrió que era una herida que le había producido el roce del cinturón cuando chocó.

De reojo vio que Jim estaba atento a todos sus movimientos por si volvía a marearse.

En parte le alegró haber tenido un accidente para estar segura de que el detective sentía lo mismo por ella.

—Intenta recordar si viste o sentiste algo raro antes de salirte de la carretera, si te fallaron los frenos...

Steve se había unido a la conversación y les hizo saber que los bomberos y una ambulancia estaban de camino al lugar del accidente.

Poco a poco, en la mente de Ashley comenzaron a abrirse paso las imágenes de lo ocurrido, y no pudo evitar mirar hacia donde estaba lo poco que quedaba de su coche y

que se lo estaban comiendo las llamas.

—Recuerdo que en el cruce había un coche negro con los cristales tintados. Me

llamó la atención porque llevaba demasiado tiempo parado, pero tampoco le di mucha

importancia. Seguí mi camino y a los pocos minutos vi que ese mismo coche venía detrás

de mí a toda velocidad.

Jim lanzó una mirada a Steve y esta fue suficiente para que ambos se entendieran a

la perfección.

—El coche con el que nos cruzamos.

Steve asintió y se giró de nuevo para llamar por teléfono a Robert para que

intentaran localizar la marca, color y matrícula del

coche en cuestión. Necesitaban saber

si pertenecía a alguien del pueblo o si, por el contrario, era propiedad de una persona de fuera.

—¿Qué ocurrió con el coche? —le preguntó Jim a Ashley.

La joven hizo memoria y comenzó a explicarle con pelos y señales lo sucedido a Jim

desde que la embistió por detrás hasta que provocó su salida de la carretera.

Un escalofrío recorrió la espalda de la joven tras ser consciente del peligro al que se

había enfrentado y que podía estar muerta en ese momento si Jim no hubiera aparecido

para sacarla del coche a tiempo. Era consciente que había hecho mal al escaparse de la

casa para ir a recoger a su amiga al aeropuerto y no sabía cómo disculparse con los

detectives que estaban velando por su seguridad. Observó con detenimiento el rostro de

Jim. Este le devolvía la mirada, pero en ella no pudo ver nada del amor que la noche

anterior había visto en sus ojos. Todo lo contrario. Parecía mirarla con resentimiento por

su comportamiento y estaba segura de que estaba conteniéndose todo lo posible para no

gritarle como si fuera una niña pequeña. Ashley bajó la mirada. No podía soportar ver el

rencor en los ojos de Jim. Le dolía demasiado haberle fallado de aquella manera.

—¿Cómo se te ocurre escaparte de esa manera?
—le reprochó el joven—. Podrían

haberte matado.

—Solo quería hacer una vida normal. No soporto estar vigilada todo el rato.

Jim estuvo a punto de abrazarla y estrujarla contra él para evitar que volviera a

marcharse de su lado, para protegerla como debía y como quería hacer. Sin embargo,

hizo todo lo contrario y se apartó de ella como si Ashley fuera a quemarlo. La joven, tras

ver ese gesto, solo pudo decir:

—Lo siento —susurró mientras se miraba las manos llenas de pequeños cortes que

habían dejado de sangrar.

Ashley no escuchó si Jim había contestado a sus palabras ya que la sirena de una

ambulancia se aproximaba a ellos a toda velocidad, al tiempo que los bomberos aparecían por el lado contrario de la carretera. Estos se dirigieron con premura a apagar el fuego

que había comenzado a extenderse, mientras que la ambulancia ayudó a Ashley a ponerse

en pie, ya que esta les aseguró que tenía la fuerza suficiente para ello, y la acompañaron a

la parte trasera para observar la profundidad de sus heridas y curarle aquellas que aún

sangraban ligeramente.

Al tiempo que se la llevaban a la ambulancia, miró a Jim, que se había aproximado a

Steve y hablaban en voz baja. En ese momento, se sintió más sola que nunca. No tenía a

nadie con ella en la frialdad de la ambulancia y,

aunque estaba prácticamente bien,

necesitaba desesperadamente un abrazo, sentirse acompañada y cálidamente arropada por

alguien. Sin embargo, debido a su empeño por ir a Nueva York estaba sola y se sentía

como una niña. No pudo evitar que las lágrimas que pululaban por sus ojos cayeran

definitivamente por sus mejillas, mojando su camiseta cuando estas caían sobre ella. La

vista se le nubló y cerró los ojos en un vano intento por no ver las gasas repletas de

sangre que los médicos tiraban a la papelera. Sintió mariposas en el estómago cuando la

aguja con la que le iban a coser la herida de la frente se posó sobre esta. Siempre había

odiado las agujas. Apretó los puños con fuerza e

intentó visualizar la imagen de algo

bonito, aunque lo único que vino a su mente fue la imagen de Jim haciéndole el amor la

noche anterior.

Abrió los ojos de golpe y descubrió que los médicos ya habían acabado de limpiarle

y curarle todas las heridas. Suspiró hondo y soltó el aire de golpe. Dirigió de nuevo su

mirada hacia Jim y se sorprendió al ver a su padre hablando con los detectives. La cara de

este reflejaba una seriedad que Ashley supuso que se trataba por el accidente que había

sufrido, sin embargo, cuando vio que Jim le lanzaba una mirada cargada de pena, su

corazón se sobresaltó al pensar que algo grave había ocurrido, y no tenía nada que ver

con su accidente.

La joven se incorporó dispuesta a acercarse a su posición y preguntar lo que ocurría,

sin embargo, en ese mismo momento, su padre se giró y le dedicó una sonrisa que intentó

que pareciera verdadera, aunque la joven lo conocía bien y sabía que había mucha

falsedad en ella. Jim le puso una mano en el hombro a Sam y, tras decirle algo al oído,

este asintió y se dirigió hacia la ambulancia.

Aquel gesto preocupó aún más a Ashley, que deseaba por encima de todo correr

hacia él para que le dijera qué ocurría. Cuando este llegó a su altura, les pidió a los

enfermeros y médicos que los dejaran solos.

—¿Ocurre algo?

Jim carraspeó y miró hacia otro lado mientras se acariciaba la barba incipiente que

comenzaba a poblar su rostro. De nuevo la miró a los ojos y Ashley comprendió que algo

muy grave había sucedido.

—Dime la verdad, Jim.

—Antes de salir de tu casa has dicho que ibas a recoger a una amiga al aeropuerto.

Ashley asintió. A medida que pasaban los minutos una parte de su corazón se

encogía sin saber por qué.

—El asesino ha llamado a tu padre justo antes de que salieras de tu casa y le ha

dicho que iba a por ti mientras te dirigías a por una

amiga tuya que él mismo acababa de
asesinar en los baños del aeropuerto.

Ashley abrió los ojos desmesuradamente y negó
con la cabeza sin poder creer lo que

acababa de escuchar. Nuevas lágrimas se
deslizaron por sus mejillas y sintió como si su

corazón se partiese en mil pedazos. Conocía a
Jane desde hacía muchos años y la

consideraba su mejor amiga, su mayor confidente
en todo ese tiempo y la única que la

había apoyado en su decisión de marcharse a
Lehigh para olvidar las peleas con su padre.

—No puede ser. Debe de ser una broma
—intentaba convencerse de que no podía
ser cierto.

Jim volvió a carraspear, la agarró por los hombros al verla tan nerviosa y la miró a los ojos.

—Ashley, hemos enviado a unos agentes para comprobar que fuera cierto y nos lo han confirmado.

La joven siguió negando e intentó separarse de Jim. Estaba realmente alterada y no podía respirar con normalidad. No podía creer que aquel loco fuera capaz de tenderle una trampa y llegar hasta ese extremo de matar a una amiga suya para acabar también con ella.

—No puede ser —susurró.

Ashley comenzó a respirar con dificultad. En su

pecho se instaló un dolor que jamás

podría quitárselo de encima. Un intenso mareo le recorrió el cuerpo y Jim tuvo que

sujetarla para evitar que cayera al suelo. El contacto con el joven provocó que el mareo

fuera más intenso debido al sentimiento de pérdida que tenía hacia él. El olor de Jim la

envolvió como si se tratara de una manta y se sintió segura entre sus brazos.

—Ashley —la voz de Jim parecía estar a kilómetros de distancia de ella, ya que no

la escuchó con claridad.

Una oscuridad comenzó a cernirse sobre ella. Ahora más que nunca estaba

convencida de que finalmente aquel asesino daría con ella y la mataría, al igual que había

hecho con Jane. Escuchó que el detective llamaba a los servicios médicos que habían

acudido al lugar. Sin embargo, no los vio llegar hasta ella. Sintió las manos de Jim

alrededor de sus piernas y su cintura. El contacto con el suelo se perdió, aunque prefería

el que tenía con el joven. Sabía que la estaban moviendo de un lado para otro para,

finalmente, hundirse en la camilla de la ambulancia y en la oscuridad más absoluta donde

continuas pesadillas la atormentaban y cuyas protagonistas eran la figura de Jane

manchada de sangre.



Capítulo 8

Ashley lanzó un suspiro cuando comenzó a recobrar la conciencia. Desconocía

cuánto había dormido, pero estaba segura de que había sido mucho, ya que sentía su

cuerpo muy descansado. La joven se desperezó e intentó darse media vuelta, pero sintió

que algo se le clavaba en el brazo y lanzó un quejido. Abrió los ojos de golpe y parpadeó

varias veces hasta que pudo acostumbrarse a la luz que entraba por la ventana. Comprobó

que se encontraba en el hospital y, tras mirarse el brazo, vio que se trataba de una aguja

que estaba conectada a una bolsa que parecía ser suero.

Lanzó un suspiro cuando recordó el motivo por el

que la habían llevado al hospital.

La muerte de su mejor había causado en ella una gran impresión y sufrió un cuadro de

ansiedad. Aún no podía creer que no fuera a escuchar jamás la risa de su amiga y las

bromas con las que solían pasar gran parte del día. Todo eso se había acabado gracias a

un asesino que a la que buscaba realmente era ella. Jane había muerto por su culpa, y eso

jamás podría perdonárselo. Durante un momento pensó que hubiera sido mejor ponérselo

fácil al asesino desde el principio, y así haber evitado aquella pérdida. Sintió un gran

vacío en su interior e intentó evitar que las lágrimas volvieran a surcar su rostro.

Sacudió la cabeza para sacar de su mente aquellos

pensamientos. Miró a su

alrededor y descubrió que estaba sola. Le pareció increíble que la hubieran dejado allí sin

más compañía que el cansado pitido de la máquina a la que estaba conectada. Sin

embargo, a los pocos segundos la puerta de la habitación se abrió, dejando paso a su

padre, que andaba arrastrando los pies. Cuando este la miró y descubrió que estaba

consciente, hizo un intento por sonreír.

Ashley vio que llevaba un café en las manos y supuso que la había dejado solo unos

momentos para ir a la máquina para servirse la bebida.

—¿Cómo te encuentras, hija?

—Bien —la joven se incorporó—. ¿Cuándo me iré de aquí?

Sam se encogió de hombros.

—El médico dijo que hasta que ellos vieran conveniente estarías aquí.

Ashley se retorció las manos. En su cabeza pululaba una pregunta más y no sabía

cómo exponérsela a su padre. Necesitaba saber dónde estaba Jim y por qué la había

dejado sola si su trabajo era estar al tanto de su seguridad hasta que atraparan al asesino.

Miró a su padre y vio que este le sonreía de forma enigmática. Ashley levantó una ceja y

lo interrogó con la mirada:

—¿Acaso piensas en el detective?

Sin poder evitarlo, Ashley se sonrojó con intensidad. Nunca le había gustado hablar

de chicos con su padre, ni siquiera logró soportar la típica charla de padre a hija sobre las

relaciones que mantenían las parejas. Le había dado tanta vergüenza aquella exposición

que nunca le había presentado a un chico a su padre. La joven miró hacia otro lado

intentando disimular su incomodidad, pero su padre lanzó una sonora carcajada que

intensificó aún más su sonrojo.

Se maldijo a sí misma porque sus sentimientos fueran tan evidentes y desvió la

mirada a la vía que mantenía pegada al brazo.

—Jim está investigando la furgoneta que te sacó ayer de la carretera, pero le ha

pedido a uno de sus hombres que se quede en la puerta para protegerte.

Ashley asintió, pero no contestó a sus palabras. ¿Por qué no se había quedado él allí

en el hospital con ella? Sabía que era el jefe de la investigación, pero la misión se la

habían encargado a él. Entonces, ¿por qué dejaba su seguridad en manos de otro? Un

profundo dolor la invadió y se convenció de que lo había hecho de aquella manera para

evitar estar con ella en el mismo lugar. Recordó las palabras tan duras que le había

dedicado y le dolió pensar que no sentía absolutamente nada por ella, que solo se había

acostado con ella por placer, pero no por sus sentimientos.

Miró hacia otro lado. No quería que su padre viera las lágrimas que surcaban sus

párpados y luchaban con fiereza por salir y atravesar sus mejillas. No deseaba que la

viera llorar por amor. Apretó los puños y simuló volver a dormirse, pero su padre no

quiso dar por finalizada la conversación.

—¿Te gusta Jim?

Ashley abrió los ojos de golpe. ¿Desde cuándo era tan directo su padre con ella?

Nunca se había interesado por los chicos que le gustaban y dado que aquella era la

primera vez que le preguntaba su corazón comenzó a latir con fuerza. ¿Le gustaba? ¿Lo

que sentía por él era solo atracción o había algo más en sus sentimientos? No se lo había

planteado como una pregunta tal y como acababa de hacer su padre, sino que había dado

por hecho que había ciertos sentimientos por él. ¿Qué debía contestarle? “Sí, me gusta”,

pero no sería suficiente. No solo le gustaba, sino que necesitaba estar con él, hablar con

él, intercambiar opiniones, incluso pelear, vivir... Lo quería todo. ¿Le gustaba? No, lo

amaba.

Miró a su padre sin saber qué contestar. No quería decirle la verdad para que

después la viera sufrir por Jim. Sin embargo, tampoco deseaba mentirle, por lo que solo

le pudo decir:

—No es asunto tuyo, papá.

Las palabras salieron de su boca como una bala.
El tono con el que le contestó fue

duro y el gesto que mostró su padre era
indescriptible, pero él jamás se había dignado a
explicarle nada. ¿Por qué ella sí debía hacerlo?

—Tengo sueño —Ashley no soportaba la tensión
que se había generado entre ellos

tras sus palabras y cerró los ojos para evadirse de
la realidad hasta que el médico se

dignara a darle el alta.

Jim y Steve se encontraban a cierta distancia del
coche que habían estado buscando

durante toda la noche. Ambos estaban realmente
cansados después de la búsqueda y del

día tan intenso que habían vivido el día anterior,
pero desde que, casi por casualidad, lo

vieron pasar frente a sus ojos, su ánimo se había incrementado y volvían a la carga para investigar a quién pertenecía el automóvil.

Lo habían seguido durante todo el recorrido que había realizado, pero aún no sabían a quién pertenecía el coche. Habían avisado a Robert para que mirara en los archivos la matrícula del vehículo, pero al parecer aún no había descubierto nada.

Los ánimos de Jim se habían calmado durante el recorrido, aunque desde el momento en que lo vio había deseado lanzarse contra el coche y arrestar al malnacido que lo conducía. Había estado a punto de acabar con la vida de Ashley, y eso no podía quitárselo de la cabeza. Sin embargo, sabía que

debía actuar con la cabeza bien fría y no

dejar que fuera su corazón el que dictara los pasos a seguir en la investigación si no

quería perder su placa.

Jim respiró profundamente para intentar calmarse aún más. Cuando vio que el coche

paraba en una casa de las afueras del pueblo su corazón estuvo a punto de salirse de su

pecho por el nerviosismo que arrastraba desde el día anterior.

—Tranquilo, lo cogeremos —dijo Steve.

Miró a su compañero. Habían vivido tantas y tantas cosas juntos que se conocían a la

perfección, y no hacía falta hablar para que conocieran lo que pensaban el uno del otro.

Sabía que Steve era consciente de sus verdaderos sentimientos, aunque él quisiera

ocultarlos con una actitud fría y distante hacia Ashley. Además, su preocupación era

latente en todos los poros de su piel.

—Míralo —dijo Jim—, parece que se va a bajar del coche.

El joven observó que gran parte del guardabarros del coche estaba casi caído.

Supuso que era debido a los golpes que había asestado al vehículo de Ashley para sacarla

de la carretera. La puerta que acababa de abrir el conductor dificultó la visión de Jim

sobre el guardabarros. Vieron salir primero la pierna izquierda y después todo el cuerpo

de aquel hombre. La altura de aquella persona era

descomunal. Jim frunció el entrecejo.

Calculó que rondaría los dos metros de altura. Era moreno y tenía una barba muy

poblada. La vestimenta del hombre era muy vulgar: unos pantalones rotos y una camiseta

blanca manchada de una sustancia negra que no pudieron discernir lo que era. Sus

ademanes parecían nerviosos y parecía querer llegar cuanto antes a la casa y desaparecer

de la vista de los demás. Jim se atusó la barba. No conocía a aquella persona, ni siquiera

lo había visto por las calles del pueblo, ni mucho menos merodeando por la casa de

Ashley.

—¿Te suena su cara? —le preguntó a Steve.

—No —fue su respuesta.

—¿Crees que se trata de Tom Harris?

Steve se encogió de hombros.

—Ni idea, pero lo averiguaremos dentro de poco.

Jim asintió convencido. Claro que lo averiguarían, y haría todo lo que estuviera en

su mano para aclarar lo sucedido. Sin embargo, había algo en aquel hombre que lo

confundía. Pero no solo a él, ambos estaban desconcertados, no obstante, era evidente

que aquel hombre era el propietario del coche que provocó el accidente de Ashley y

había intentado matarla. Lo vieron bloquear las puertas del coche y en ese momento Jim

llevó su mano a la cintura para comprobar que allí

colgaba su pistola reglamentaria.

—¿Preparado? —preguntó a Steve.

Este asintió e hizo el mismo gesto que su jefe. Ambos sacaron las armas de su funda

y salieron al mismo tiempo del vehículo. El aludido no era consciente de que aquellos

policías iban a su encuentro, sin embargo, cuando cruzó la acera para entrar a la casa los

miró y vio que ambos levantaron sus armas al mismo tiempo a tan solo unos pasos del

sospechoso.

—¡Policía! —gritó Jim amartillando el arma—. Queda detenido por el intento de

asesinato de Ashley Smith. Ponga las manos donde podamos verlas.

El sospechoso, tras verse acorralado, se giró maldiciéndolo y sin darle importancia al

hecho de que dos pistolas lo apuntaban en ese momento y corrió en dirección contraria a

la de los policías.

Jim guardó la reglamentaria en la funda y corrió tras el sospechoso. Este tan solo

había avanzado unos diez metros cuando Jim logró alcanzarlo y lo tiró al suelo, cayendo

sobre el sospechoso al tiempo que agarraba sus muñecas con fuerza.

—Tiene derecho a guardar silencio —dijo el joven con voz entrecortada mientras lo

levantaba del suelo tras ponerle las esposas—, aunque si yo fuera usted contaría todo con

pelos y señales.

Sam descolgó el teléfono al ver que se trataba de Jim. Se alejó de la cama de Ashley

y se aproximó a la ventana para hablar con tranquilidad y dejar descansar a su hija. Esta

se había sumido en un profundo sueño provocado por los calmantes que le habían

suministrado para evitarle el fuerte dolor de cabeza. El doctor le había comunicado que

estaría en observación durante un día más, aunque ella estaba deseando regresar a su casa

y volver a la normalidad.

La voz de su progenitor sonaba lejana para ella, aunque pudo captar ciertas palabras

sueltas que exclamaba su padre. Parecía estar de buen humor o al menos haber recibido

una buena noticia. Poco a poco, la joven fue

dejando atrás la niebla que poblaba su

cabeza y despertó justo a tiempo para escuchar las últimas palabras de su padre al

teléfono:

—Te agradezco mucho tus servicios. Serás recompensado con creces por tu trabajo.

Al ver la cara de felicidad que desprendía su padre, Ashley dedujo que habían

averiguado algo sobre el hombre que intentó sacarla de la carretera. La joven se pasó una

mano por la cara para despejarse totalmente y miró a su padre con intensidad

preguntando con la mirada qué ocurría.

—Al parecer han arrestado a un sospechoso. Es el dueño del coche que te sacó de la

carretera.

A Ashley se le dibujó una sonrisa en el rostro. No podía ocultar su felicidad al

conocer que por fin todo había acabado. Creyó que nadie podría borrarle la sonrisa de los

labios jamás, sin embargo, unos nudillos llamando a la puerta le llevaban una mala

noticia para su corazón.

La cabeza de Robert apareció pidiendo permiso para entrar a la habitación. Ashley

asintió aún con la sonrisa en la cara.

—Me alegro de verte mejor —fue lo primero que dijo.

—Gracias.

El joven carraspeó con dificultad. Desde que Jim

lo había llamado hacía tan solo

cinco minutos se sentía realmente incómodo. Desde que todos sabían lo que había habido

entre ellos, él había intentado mantenerse al margen y no opinó sobre lo que pensaba de

esa relación. Sin embargo, su jefe le había encomendado una misión que él consideraba

que no era su cometido. Sabía que haría sufrir a Ashley y maldijo en silencio a Jim por

no ser él quien diera la cara.

—Supongo que Jim ya os ha informado de lo sucedido.

Cuando Ashley escuchó su nombre, sintió unas mariposas en el estómago y asintió.

—Nuestra misión en el pueblo ha terminado. Me ha dicho que debemos regresar a

Nueva York para interrogar al sospechoso y dar por finalizada la investigación.

Ashley, a medida que escuchaba sus palabras, fue consciente de lo que estas

significaban. Si su misión en Lehigh había terminado...

—Jim me ha pedido que recoja sus cosas de tu casa.

Ashley apretó los dientes con fuerza. Sintió como si esas mariposas ahora se

transformaran en bloques de piedra que golpeaban su estómago con fuerza, provocándole

un nudo en la garganta imposible de quitar. Las palabras se le quedaban atascadas en la

boca y no podía articular nada inteligible.

—¿No va a venir él a por ellas? —preguntó en un

hilo de voz.

Robert vio el disgusto y el dolor en los ojos de la joven, pero no pudo hacer otra

cosa más que negar con la cabeza.

—Hasta mañana no salgo del hospital.

Robert se sintió aún más miserable.

—Lo siento, me gustaría regresar a Nueva York hoy mismo.

En ese momento, Sam se aproximó a él para aliviar la evidente tensión que había

invadido a su hija y se ofreció para ir a la casa de Ashley y acompañarlo el tiempo que

hiciera falta. La joven asintió. Una parte de ella se sentía agradecida por la ayuda de su

padre, sin embargo, su otro yo deseaba

fervientemente despedirse de las cosas de Jim

para ser consciente de que realmente hubo un momento en el que existió algo entre ellos.

Al día siguiente regresaría a su casa y ya no quedaría nada de él, ni la ropa ni su

perfume... Nada. Como si nunca hubiera existido.

Ashley tragó saliva y, después de la salida de su padre y Robert de la habitación, se

abandonó a las lágrimas que tanto había estado deteniendo durante esos minutos.



Capítulo 9

Jim estaba completamente exhausto. Después de toda la noche buscando al causante

del accidente de Ashley y parte de la mañana en el viaje a Nueva York apenas podía

mantener los ojos abiertos. Sin embargo, Steve, que se encontraba en la misma situación

que su jefe, había ido a la cafetería que había al lado de la comisaría para comprar unos

café bien cargados y seguir con el interrogatorio. Jim había explicado a su superior todo

lo concerniente a la investigación que había llevado a cabo durante esos días. Lo había

puesto al tanto de las amenazas recibidas y lo que habían averiguado. Le había pedido,

como favor personal, que le cediera la sala de interrogatorios y una celda para el

sospechoso a pesar de ser una investigación que nada tenía que ver con el cuerpo de

policía al que pertenecían. Tras reflexionarlo durante unos minutos, su superior había

aceptado de buen grado aquella petición y le había cedido una de las salas para que

dejaran al sospechoso hasta que resolvieran aquella pesquisa.

Jim aceptó el café que le cedía su amigo y compañero y se reclinó en la silla de su

despacho mientras respiraba hondo para recuperarse mentalmente del agotamiento y

poder estar completamente fresco para el interrogatorio.

—Creo que estamos en el camino correcto —le dijo Jim mientras sorbía de nuevo su café.

Steve frunció el ceño y torció el gesto

involuntariamente, aunque no pasó

desapercibido para Jim.

—¿Qué piensas?

—Creo que ha sido demasiado fácil. Parece como si hubiera dejado que lo

atrapáramos.

—No ha sido listo.

—O puede que sí. Si tú hubieras amenazado a alguien con matarlo, ¿no habrías

tenido más cuidado de esconder el coche para que no te identificaran?

Jim asintió y le dio la razón.

—Claro que sí, pero no sabemos lo que pasa por su cabeza. Puede que se pudiera

nervioso y no haya podido con tanta presión.

Steve se acabó su café y lo animó a ir a la sala de interrogatorio para comenzar con

él y aclarar todo cuanto antes. Jim dejó su bebida sobre la mesa de su escritorio y se

levantó de su asiento.

—Vamos a averiguarlo.

Ambos compañeros se aproximaron a la sala de interrogatorio, pero antes de entrar

Steve agarró del brazo a Jim y lo paró.

—Ten cuidado. Si realmente es el que ha intentado asesinar a Ashley, que no sepa

que es tu punto débil.

Jim frunció el ceño.

—Jamás han descubierto cuáles eran mis puntos débiles.

Steve sonrió.

—Jamás los has tenido.

Y se adelantó sin decir más para entrar a la sala. Jim lo miró durante un segundo y

supo que tenía razón. Nunca había tenido puntos débiles y sabía que el sospechoso no

debía encontrarlo. Apretó los puños al pensar que su propia vida se le iba de las manos,

de todo lo que había intentado escapar. Carraspeó, cuadró los hombros antes de entrar y

se internó en la sala para el que sería uno de los interrogatorios más duros de toda su

carrera.

El sospechoso estaba tranquilamente sentado sobre la silla destinada a los

delincuentes, frente al cristal ahumado donde había otra sala al otro lado de la habitación.

Miró con furia contenida a los detectives que acababan de irrumpir en la sala sacándolo

de sus reflexiones. No tenía miedo a lo que pudiera ocurrirle, y menos aún después de

perder a toda su familia, sin embargo, no estaba dispuesto a ponerle las cosas fáciles a

aquellos agentes que lo miraban en silencio buscando las palabras adecuadas para

comenzar el interrogatorio.

Jim se adelantó a Steve y se sentó en la silla que había frente al sospechoso. Su

compañero se colocó tras él y cruzó los brazos al

tiempo que mudaba el gesto a uno

mucho más serio y altivo, aunque sabía que no conseguía el mismo efecto que su jefe, el

cual siempre provocaba que los sospechosos terminasen confesando la verdad.

Jim abrió la carpeta que llevaba en sus manos y de ella extrajo una foto ampliada de

Ashley para después mostrársela al sospechoso.

—¿Conoces a esta joven? —el tono duro que salió de su boca era completamente

diferente al que usaba para dirigirse a cualquier otra persona.

El sospechoso, tras echarle un vistazo a la foto, levantó la mirada y no dio muestras

de querer contestar a sus preguntas.

Jim apretó la mandíbula con rabia. Odiaba el momento en el que todo se quedaba en

silencio y transcurría el tiempo sin poder encontrar una solución rápida.

—¿Por qué te has borrado las huellas dactilares? ¿Pensabas que no daríamos contigo

nunca?

El aludido sonrió ligeramente, pero continuó en completo silencio.

—¿Te hace gracia? —a Jim no le quedaba paciencia y el tono que usaba se veía más

cansado e irritado—. Sabemos que eres Tom Harris, el informático que trabajaba en la

empresa de Sam Smith, así que no te ha servido de nada borrarle las huellas dactilares.

Eres el único de los trabajadores despedidos que

salió peor parado. Todos han rehecho

sus vidas, excepto tú. ¿Es por ello por lo que quieres matar a Ashley Smith, para

vengarte?

El sospechoso lo miró durante unos segundos al tiempo que su sonrisa se hacía cada

vez más ancha y comenzó a reír a carcajadas. Jim frunció el ceño y giró la cabeza para

mirar a Steve, que estaba tan perplejo como él.

—Espero que tu estancia en la cárcel sea tan graciosa como ahora.

Jim dio por terminado aquel interrogatorio. Lo enviaría directamente a la cárcel y

pediría al juez que no le pusiera una fianza hasta que todo se esclareciera y las aguas

regresaran a su cauce. El joven se levantó de la silla con el gesto adusto, no estaba

dispuesto a gastar supreciado tiempo con ese hombre, sin embargo, el sospechoso alargó

la mano y sujetó la carpeta, provocando que Jim se quedara quieto y llevara,

inconscientemente, la mano a su pistola.

—Estáis muy equivocados —su voz sonó ronca y profunda.

—¿A qué te refieres?

El aludido volvió a sonreír y dijo:

—Pero sí he de decir que fui yo quien sacó a esa zorra de la carretera —se acomodó

en el asiento y se cruzó de brazos para relatarles lo sucedido—. Y lo volvería a hacer una

y otra vez.

Jim apretó los dientes y volvió a sentarse. Intentó serenarse y calmar las ansias que

sentía en su interior de sacar la pistola y acabar con aquel desgraciado de un disparo en la

sien.

—¿Por qué lo hiciste?

—Creo que está claro. ¿Cómo se encuentra?

—Eso a ti no te importa, hijo de puta —dijo Steve antes de que Jim tuviera de

tiempo de contestar algo que pudiera desvelar sus sentimientos.

Jim, con los dedos casi agarrotados, volvió a abrir la carpeta y sacó el anónimo que

había recibido el padre de Ashley con la amenaza

explícita hacia la joven. Se lo mostró y

le preguntó:

—¿Fuiste tú quien lo envió o te ayuda alguien en esto?

El sospechoso lo miró directamente a los ojos y le lanzó una mirada enigmática que

fue más que suficiente para provocar una sospecha en el detective. Sin embargo, este

volvió a la carga con las preguntas, no sin antes archivar en su memoria lo que debía

hacer nada más salir del interrogatorio.

—¿Cómo descubriste el paradero de la joven? ¿La vigilabas desde que te echaron de

la empresa de su padre?

—Vuelvo a repetirte algo: os equivocáis de

principio a fin —posó sus brazos sobre

la mesa y los miró con actitud chulesca—. Creo que aún puedo oler el humo que

desprendía su coche después de chocar contra el árbol...

Parecía masticar todas y cada una de sus palabras para sacar de sus casillas a los

detectives. Además, en su rostro podía verse cómo disfrutaba del momento, de lo que

había hecho y lo que podría haber llegado a hacer con Ashley.

—¡Ya basta! —Jim dio una fuerte palmada sobre la mesa de interrogatorio.

El joven estaba harto de que aquel hombre se riera de los dos y les hiciera perder el

tiempo. No soportaba ver cómo disfrutaba y se

regodeaba con lo acontecido. Se levantó

de su asiento, dejando la silla tirada en el suelo y se aproximó al sospechoso para

intimidarlos. Sin embargo, este lo miró desde su posición sin pestañear y con una sonrisa

sádica en los ojos.

—Te preocupas mucho por esa zorra —dijo arrastrando las palabras—. ¿Te

preocupaba igualmente antes de follártela?

Ashley se limpió las lágrimas con la manga del camión del hospital. Hacía ya una

hora que su padre la había dejado sola en la habitación y, aunque no quería reconocerlo,

se sentía desprotegida. Aunque ya hubieran atrapado al tal Tom Harris, había algo en ella

que no podía dejar de pensar en lo sucedido y en lo que pudiera haberle hecho aquel

desalmado. Sin embargo, confiaba en los agentes y se convencía a sí misma de que ya

todo había acabado y podría vivir tranquila, aunque con el corazón roto.

Pensaba que Jim era una persona a la que no le importaba dar la cara y creyó que

sería él quien fuera a su casa a recoger todas sus pertenencias, además, pensó que así

podrían despedirse y dar lugar a un posible acercamiento entre ellos como el de la otra

noche. Y en lugar de eso, había enviado a uno de sus hombres, haciéndole ver que ella no

le importaba nada en absoluto.

Ashley se maldijo a sí misma. Se había prometido

años atrás que no volvería a caer

en las redes de nadie, ni se enamoraría, sin embargo, allí estaba completamente sola en la

habitación de un hospital llorando la pérdida por un amor que ni siquiera había existido

para él. Ella tan solo había sido un trabajo más en su lista de detective y nada más.

Se llevó las manos a la cabeza. Creía que estaba estallaría en cualquier momento. Se

prometió no darle más vueltas al asunto. Necesitaba volver a su antigua vida lo antes

posible, a la rutina de su trabajo, a sus salidas, sus amigos... Y haría lo imposible por

olvidar a Jim. Durante unos minutos, culpó a su padre mentalmente por haber puesto a

ese policía ante su camino. Sabía que lo había

hecho para protegerla y que desconocía lo

que había ocurrido entre ellos, pero necesitaba encontrar un culpable y la china le tocó a

su padre. Al cabo de unos minutos en soledad, suspiró y negó con la cabeza. Sabía que su

padre no tenía nada que ver y se sintió culpable por pensar de aquella manera.

La joven se incorporó en la camilla y miró los cables que colgaban de su brazo. Le

hubiera gustado saber qué corría por ellos que había hecho tan llevadero el tiempo en el

hospital. Sonrió al comprobar que sus pensamientos divagaban por tonterías solo para

mantener la mente ocupada en algo que no fuera Jim.

Al instante, unos nudillos sobre la puerta llamaron

su atención y desvió la mirada

hacia la puerta. Esta se abrió dando paso a la cabeza de Jacob, que asomó mostrando la

mejor de sus sonrisas. Eso causó un efecto dominó y Ashley le devolvió la sonrisa con

verdadera alegría. Jacob interpretó esa sonrisa como una invitación a entrar en la

habitación, por lo que abrió completamente la puerta y se aproximó a la camilla con un

ramo de flores rojas.

—Me alegro de que estés bien —le dijo.

Ashley no pudo evitar un gesto de sorpresa y abrió desmesuradamente los ojos, de

los cuales estuvieron a punto de aparecer un torrente de lágrimas.

—Muchas gracias. Son muy bonitas.

Jacob se encogió de hombros y se sentó en la silla que había cerca de la camilla.

—Cuando me han dicho que habías tenido un accidente, me he preocupado porque

nadie sabía qué había ocurrido.

Ashley sintió que su corazón volvía a latir con rapidez. No sabía qué decirle, ya que

no había pensado que alguien del pueblo pudiera preguntarle por su accidente. Y, desde

luego, no podía decirle la verdad: que alguien iba a por ella y había intentado matarla. La

joven pensó a toda velocidad una respuesta coherente y que pareciera verdadera, ya que

su jefe y amigo estaba esperando a que le contara los detalles de lo sucedido.

—Bueno, no ha sido nada, Jacob. Tan solo un susto
—su voz parecía segura, pero

sus nervios estaban tan a flor de piel que por un momento pensó que no la creería—. El

conductor del coche iba borracho y pasó a mi carril. Tuve que girar de golpe y me salí de

la carretera.

Lo miró directamente a los ojos mientras le mentía descaradamente y observó, por

su expresión, que se lo había creído totalmente. Lo vio sonreír y alargó una mano para

agarrar la de la joven y apretársela delicadamente.

—Siento mucho que ocurriera eso. ¿Lo han detenido?

Ashley asintió, pero se mantuvo en silencio. La imagen de Jim deteniendo al

causante de todo le vino a la mente y se formó un nudo en su garganta. Jacob interpretó

sus ojos vidriosos de otra manera y se aproximó a ella para abrazarla. La joven se dejó

hacer y derramó sus lágrimas sobre su jefe y amigo. Necesitaba el consuelo de alguien,

saber que no estaba sola, aunque ya todo hubiera pasado, pero la frialdad de su padre y el

hecho de haber perdido a su mejor amiga la hacían sentirse sola y más frágil que nunca,

por lo que se abrazó a Jacob con fuerza y le impidió que se marchara de su lado. Era un

gran amigo para ella y sabía que estaría ahí cuando lo necesitara.

—Ha sido un gran susto —dijo el joven—.
Tranquila, ya estás bien.

Ashley asintió y se secó las lágrimas dejando ver un intenso rubor que poblaba sus pálidas mejillas.

—Siento la escena, Jacob. Ha sido todo muy complicado.

El aludido sonrió ampliamente, pero miró de un lado a otro con interés y sorpresa antes de dirigirse de nuevo a Ashley.

—Me sorprende que no esté contigo tu novio.

Esa palabra causó un nuevo dolor inexplicable en el pecho de la joven. No sabía

cómo explicarle a Jacob que Jim no vendría más y menos aún decirle que era un policía

que estaba investigando una amenaza recibida de un psicópata. La joven se aclaró la

garganta antes de continuar y le dijo:

—Jim y yo ya no estamos juntos —sentenció con un hilo de voz.

Jacob recibió la noticia con incomodidad y carraspeó.

—Lo siento, no era mi intención remover heridas.

Ashley se encogió de hombros e intentó restarle importancia. En ese momento, unos

nuevos nudillos sobre la puerta volvieron a llamar la atención de la joven. La puerta se

abrió y su padre apareció por ella junto al médico que la había tratado desde que llegó al

hospital. Este mantenía el rictus serio, aunque algo le dijo a Ashley que le traía buenas

noticias.

Jacob se levantó de su asiento para estrechar la mano de Sam y se apartó a un lado

para dejar sitio al médico. Este llevaba una carpeta blanca en sus manos y de ella sacó

unos papeles que le mostró a Ashley. Esta los aceptó extrañada y leyó en voz baja el

título de los mismos. Una sonrisa de alegría le cruzó el rostro y miró a su padre y a Jacob

alternativamente.

—¿Me dan el alta?

El médico asintió.

—Todo está bien y creo que no hay motivos para continuar aquí. Aunque, eso sí,

necesitas reposar hasta que los huesos vuelvan a recuperarse. Ha sido un accidente, no

una simple caída, y quiero que descanses en casa hasta que te recuperes totalmente.

—¿Ni siquiera trabajar? —protestó Ashley—. Soy incapaz de estar sentada sin hacer nada.

El médico sopesó la posibilidad de que pudiera ir al trabajo, aunque sin hacer

esfuerzos. Jacob sintió la mirada de Ashley sobre él y se adelantó un paso para hablar con

el médico.

—Trabaja para mí. Tengo una tienda y podría dedicarse tan solo a atender a los

clientes.

—Está bien, pero nada de coger peso o esforzarte demasiado.

Ashley asintió y le dedicó una amplia sonrisa de agradecimiento a Jacob. Le debía

una.

Los tres hombres salieron de la habitación para dejar que la joven se vistiera sola y

preparase todas sus cosas para regresar a casa. No sin resoplar por el ligero dolor que

sentía en el costado, Ashley se vistió y abandonó el hospital con una sonrisa de felicidad.

Todo había acabado y comenzaría una nueva vida después de que el asesino estuviera

entre rejas... O no...

Jim se deshizo de mala manera de la mano que Steve le había puesto en el hombro

para intentar tranquilizarlo. Durante el interrogatorio lo había visto perder los nervios

como nunca, y eso podría acarrearle bastantes problemas. El acusado podía denunciarlo

o, mucho peor, su jefe podría ver los modales con los que estaba llevando a cabo el

interrogatorio.

El joven se dirigió a su despacho para intentar calmarse. Necesitaba beber un poco

de agua y aclararse la garganta, que se le había secado por los nervios y el tono de voz

empleado durante la larga hora en la que intentaron sonsacar algo en claro de todo el

asunto.

Jim resopló al tiempo que cerraba los ojos. Se llevó las manos a la cara y poco a

poco sintió que sus músculos volvían a relajarse. Escuchó a su espalda que la puerta se

cerraba. Se volvió y vio a Steve con dos cafés bien cargados.

—Gracias —le dijo intentando aparentar tranquilidad.

Steve asintió en silencio y se sentó en una de las sillas del despacho. Carraspeó y se

dirigió a su jefe y amigo:

—Creo que estamos haciendo algo mal.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Jim sin entender.

Steve respiró hondo. Tenía una idea en su mente y no sabía cómo exponerla, ya que

no estaba seguro de si llevaba o no razón.

—Creo que nos equivocamos con el sospechoso. Lo hemos cogido con demasiada

facilidad y después de hablar con él tengo la sensación de que no es la persona a la que buscamos.

Jim se sentó frente a él y cruzó los dedos de las manos para pensar. Sabía que su

compañero tenía toda la razón. Todo había sido demasiado fácil, incluso él había

barajado la posibilidad de que estuvieran equivocados, pero no del todo. Estaba seguro de

que ese hombre estaba implicado, pero ¿podría ser que hubiera un segundo asesino?

—Tienes razón, sin embargo, no se sorprende de que le preguntemos por Ashley y

todo lo relacionado con ella. Si no tuviera nada que ver, negaría todo.

—¿Y qué opinas al respecto?

—Creo que puede haber un segundo implicado.

Steve lo miró directamente a los ojos y en ellos vio la duda que lo carcomía por

dentro y la angustia creciente que estaba comenzando a sentir al ser consciente de lo que sus palabras significaban.

—Si hay otro —comenzó diciendo Steve con voz lenta y pausada—, Ashley aún corre peligro.

Jim asintió y lo miró. Estuvo a punto de levantar el auricular del teléfono para llamar

a Sam y pedirle que se pasara por comisaría, pero la puerta de su despacho se abrió y por

ella aparecieron Robert y Marcus, que acababan de llegar de Lehigh de recoger sus cosas,

las cuales llevaban en sus manos y dejaron a un lado del despacho para evitar que molestaran el paso.

—Habéis tardado, ¿no? —preguntó Steve levantando una ceja.

Marcus se encogió de hombros y se sentó a su lado.

—No ha sido fácil recoger tus cosas, jefe. Sin contar que teníamos que volver a

recuperar los micrófonos que pusimos en la casa de la chica.

—¿Cómo va el interrogatorio? —se interesó Robert al tiempo que apoyaba la

espalda contra la puerta del despacho.

Jim suspiró y levantó las manos en señal de derrota.

—No quiere contar nada.

Steve se volvió hacia ellos y, mirándolos, les preguntó:

—Estamos barajando una posibilidad, y es que haya dos sospechosos.

Marcus se removió en su asiento y los miró alternativamente.

—¿Por qué lo pensáis?

—El acusado no niega los hechos, pero hay algo que da a entender que hay otro más.

—Por lo tanto, Ashley vuelve a estar en peligro —dijo Jim.

Robert se aproximó a la mesa de Jim y planteó una opción.

—Se me acaba de ocurrir algo, jefe —esperó a que Jim le diera paso para hablar—.

Si es verdad que hay otro, ¿cuál de ellos es Tom Harris? Podemos llamar a alguna de las

personas que trabajaban con él y hacer una rueda de reconocimiento desde la sala

contigua a la de interrogatorio. Si lo reconoce, es Harris. Si no lo hace, debemos buscar al

verdadero.

Jim asintió mientras se levantaba de la silla.

—De acuerdo. Intenta dar con algún compañero y que pueda venir esta misma tarde.

Debemos actuar rápidamente antes de que el supuesto asesino siga suelto.

Robert asintió y animó a Marcus para que fueran juntos a llamar alternativamente a

cualquiera que pudiera ayudarlos.

Quando Steve y Jim se quedaron solos, este último miró profundamente a su

compañero. En esa mirada iba todo lo que sentía en ese momento: su frustración,

preocupación, ira... Y su amigo era consciente de ello.

—Daremos con la verdad.

Jim asintió y comenzó a golpear nerviosamente la mesa mientras esperaban a que

Robert diera con algún compañero de Tom Harris. Estaba seguro de que iban por el

camino correcto, pero caminaban más despacio de lo que le hubiera gustado. La vida de

Ashley corría peligro y aún no podían informarle de la situación, al menos hasta que no

estuvieran seguros de que había un segundo

asesino suelto.

El joven dirigió su mirada hacia el aburrido y lento reloj de la pared, esperando que

los minutos pasaran más deprisa de lo que ya lo hacían, sin embargo, a lo largo del

próximo par de horas necesitó mirarlo más veces, puesto que dar con un testigo que

corroborara la verdadera identidad del sospechoso les iba a llevar más tiempo del que

ellos mismos tenían.

Cuando Ashley llegó a su casa, acompañada por su padre y Jacob, se sintió

completamente extraña. Durante un segundo, creyó que aquella era la primera vez que

entraba allí, puesto que, aunque todo seguía igual, la casa parecía totalmente diferente.

De hecho, le dio la sensación de que el perfume que usaba Jim aún seguía flotando en el ambiente.

Cuando la joven dio un paso al frente para entrar completamente, quiso dar muchos más hacia atrás para olvidar todo lo ocurrido entre esas cuatro paredes. Sin embargo, no quería preocupar más a su padre, ya que había estado muy pendiente de ella por primera vez en su vida.

—Si quieres, puedo enviar a alguno de mis sirvientes, cariño —le dijo nada más entrar en la casa.

Ashley negó con la cabeza.

—Estoy bien, papá. De hecho, no me duele nada.

Sam miró detenidamente a su hija y, aunque la vio recuperada físicamente, sabía que

había algo en ella que estaba totalmente roto y sin previsión de volver a sanar. Una idea

le rondaba por la mente y creía que el culpable de esa herida no era otro que Jim, ya que

sabía que el chico era el tipo de hombres que le gustaban a su hija, aunque ella jamás se

lo hubiera contado.

Suspiró profundamente y miró a su alrededor sin saber qué hacer. Se sentía

incómodo y estaba seguro de que su hija tenía la misma sensación. La miró y esta

entendió perfectamente lo que quería decirle con aquella mirada.

—Vuelve a Nueva York, papá. Estoy bien, de

verdad.

—¿Segura?

Ashley asintió y vio cómo se relajaba su padre. Señaló a Jacob.

—Además, Jacob está conmigo.

El aludido sonrió y asintió.

—No se preocupe. La voy a cuidar como se merece.

Sam le estrechó la mano para agradecerle todo lo que había hecho por su hija desde

que la joven había llegado al pueblo. Tras un abrazo a Ashley, abandonó la casa para

regresar a su oficina de Nueva York.

Cuando por fin se quedaron solos, Ashley le pidió a Jacob que se quedara a comer

con ella. Había pasado demasiado y no deseaba estar sola. Además, sabía que la

compañía de un amigo le vendría bien para alejar de su mente los recuerdos de Jim y de

su gran amiga asesinada en el aeropuerto.

—De acuerdo, aunque no podré quedarme mucho tiempo. Tengo que ir al almacén a

ordenar unas cajas que llegaron ayer por la tarde.

—¿Qué te parece si te ayudo con las cajas?

Jacob la miró sorprendido y se negó en rotundo.

—Te han dicho que no cargues peso.

—No voy a cargarlo, pero puedo ayudarte a otras cosas. No sé. Necesito tener la

mente ocupada.

—¿Es por Jim? —le preguntó a bocajarro.

Ashley estuvo a punto de atragantarse con su propia saliva, pero se recuperó pronto

de la impresión y asintió. La verdad es que le dolía más su pérdida que los moratones que

poblaban su cuerpo debido al accidente.

—Sí —dijo con un hilo de voz.

Jacob se aproximó a ella y se sentó a su lado en el sofá. Le agarró la mano con

delicadeza, como si tuviera miedo de romperla, y la abrazó. Ashley se dejó hacer y lo

apretó contra ella con fuerza.

—Está bien —dijo el joven contra su pelo—. Iremos los dos al almacén, aunque no

pienso dejar que cojas peso.

Ashley asintió sonriendo y se incorporó para agarrar el teléfono.

—¿Quieres pizza? —preguntó más animosa.



Capítulo 10

Después de dar buena cuenta de las pizzas que habían pedido por teléfono, Ashley y

Jacob se dirigieron al almacén que había detrás de la tienda en la que la joven trabajaba.

Las calles a esa hora estaban completamente desiertas, ya que todo el mundo había

regresado a sus casas o a sus puestos de trabajo y nadie recorría el pueblo a esa hora tan

temprana de la tarde.

La puerta principal del almacén estaba en la zona posterior de la tienda, y en la que

la puerta era mucho mayor para que entraran las furgonetas que solían traer los paquetes

pedidos.

Jacob abrió el gran portón y le pidió a Ashley que lo esperara en el coche, ya que

metería el furgón dentro del almacén. A la joven le pareció raro que hiciera eso, ya que

nunca le había gustado el olor a gasolina que dejaban las furgonetas cuando descargaban

los pedidos. Sin embargo, la joven esperó pacientemente en su asiento y se alegró por

poder trabajar y despejar la mente de todo lo ocurrido los días anteriores. Por primera vez

en todo ese tiempo, sintió que su vida era la misma

de siempre, y nada ni nadie la había cambiado.

Cuando por fin Jacob apagó el motor de su pequeño furgón, Ashley se bajó del coche. No pudo evitar fruncir el ceño y arrugar la nariz con el olor que había dejado el motor del coche al entrar.

La joven miró a su alrededor en busca de las cajas de las que le había hablado Jacob en su casa, pero no había absolutamente nada. Todo esta tan vacío que parecía que el joven había sacado todo de allí para marcharse a otro lado. Escuchó el sonido de las pisadas de Jacob a su espalda y lo miró sorprendida y, al mismo tiempo, cuestionándole

por el pedido que debían colocar.

—Lo he dejado justo detrás de aquella estantería.

Ashley siguió la dirección que le indicaba la mano de Jacob y se sorprendió al ver

que estaban en la zona más oscura del almacén, donde la luz no podía llegar y apenas

veía nada. De hecho, tuvo que achicar los ojos para poder ver algo. La joven se aproximó

con cuidado a la estantería. Vio que en el suelo descansaban varios artilugios que no

conocía y no quiso tropezar con ellos. Cuando llegó a la altura de las cajas, vio que estas

ya estaban abiertas, lo cual le extrañó aún más.

Iba a avisar a Jacob cuando escuchó un ruido a su espalda, demasiado cerca de ella.

Se giró y apenas le dio tiempo a ver a su gran amigo con una barra en la mano

dirigiéndola directamente a su cabeza. Ashley perdió al instante el conocimiento, no pudo

defenderse en ningún momento. Todo llegó tan deprisa que ni siquiera su mente fue

capaz de buscar una explicación coherente para ese comportamiento en su amigo.

Ashley yacía en el suelo, donde poco a poco fue apareciendo una mancha roja

procedente de la herida abierta de la cabeza. Jacob se agachó preocupado. Por un

momento, pensó que la había matado y no podría disfrutar con ella lo que tenía preparado

en su cabaña del bosque. Sin embargo, la sonrisa regresó a su cara cuando comprobó que

la joven tenía pulso. Tiró la barra al suelo, sin darse cuenta de las huellas de sangre que

iba haciendo esta en el suelo. Después, se inclinó para agarrar a Ashley por las axilas y

arrastrarla por todo el almacén hasta llegar de nuevo a la parte trasera del furgón, donde

ya tenía preparadas las cuerdas para atar las manos de la joven, además de un plástico

negro con el que tapar el cuerpo hasta que llegaran al bosque.

No sin esfuerzo, logró subir el cuerpo de Ashley al coche. Alargó la mano para

coger las cuerdas y le ató las manos a la espalda. Después, tapó totalmente su cuerpo con

el plástico y decidió salir de allí enseguida, antes de que la joven lograra recuperar el

conocimiento.

Dio gracias porque no hubiera nadie en las calles a esa hora de la tarde y, ya más

tranquilo, puso rumbo hacia la cabaña del bosque.

Jim no podía aguantar más los nervios a primera hora de la tarde. Habían pasado un

par de horas desde que Robert y Marcus habían llamado a varios excompañeros de

trabajo de Harris y ninguno podía ir o simplemente no querían involucrarse en un caso de

asesinato. Sin embargo, finalmente, en la última llamada encontraron a Silvie, una

compañera con la que había compartido trabajo tras salir de la universidad. Esta fue

avisada de la premura con la que tenía que ir a comisaría y, la joven, rauda, tocó la puerta

del despacho de Jim a primera hora de la tarde, momento en el que salió de trabajar.

El detective la recibió con amabilidad, aunque su impaciencia era más que evidente,

no pudiendo explicarle el motivo por el que necesitaban que reconociera al sospechoso

que estaba en la sala de interrogatorio. Jim guió a Silvie a través de los pasillos de

comisaría hacia la sala contigua a la que se encontraba el supuesto Tom Harris. Cuando

abrió la puerta, Jim se percató del nerviosismo y titubeo de la joven, y no pudo más que

consolarla y tranquilizarla diciéndole:

—No te preocupes. Él no te verá a ti.

Silvie asintió convencida y aliviada. No quería meterse en problemas, tan solo vivir

su vida tan tranquila y aburrida como hasta entonces. La joven dio un paso al frente y se

aproximó al cristal que separaba ambas secciones. Miró extrañada al sospechoso que se

encontraba sentado en la sala de interrogatorio y después echó un vistazo al policía que la

había llevado hasta allí.

—¿Es Tom Harris?

Silvie volvió a echarle un vistazo. Hacía unos años que no veía a su antiguo

compañero de universidad y trabajo, pero estaba más que segura de que aquel no era

Tom. Lo observó detenidamente y se convenció aún más de su respuesta.

—No.

Jim apretó los puños. Durante todo ese tiempo había rezado para que el sospechoso

fuera Harris y Ashley siguiera fuera de peligro, pero después de esa simple respuesta

sintió que su mundo se resquebrajaba por completo. La joven a la que amaba estaba aún

en peligro y él la había dejado a su suerte en aquel pueblo en el que se encontraba sola y

a merced del verdadero Tom Harris.

—¿Lo reconoce de algo? ¿Puede que sea algún familiar de Harris o un amigo que

alguna vez le presentara?

Silvie negó tras unos instantes rememorando viejos tiempos.

—La verdad es que Tom era muy callado y no muy dado a los amigos, aunque yo

logré ganarme su confianza y sí logramos tener cierta amistad.

—¿Alguna vez dio señales de agresividad?

—Jamás. Era muy tranquilo y parecía que disfrutaba de la vida. Aspiraba a mucho, eso sí.

Jim se llevó la mano a la cara. El cansancio estaba empezando a hacer mella en él, aunque no quería descansar en ningún momento ni dejar la investigación hasta que no estuviera resuelta por completo.

—¿Tiene, por casualidad, alguna foto de Tom Harris en el bolso o el móvil?

—No, pero hace unos años, un amigo de la universidad abrió un blog para que todos

estuviéramos en contacto.

—Perfecto, vamos a mi despacho y miramos en ese blog.

Silvie asintió y siguió al detective por el mismo camino de hacía unos minutos.

Estaba nerviosa. No podía creer que el que había sido su amigo estuviera siendo buscado por asesinato.

Jim caminaba a grandes zancadas hacia su despacho. Llamó al resto de su equipo

para que se presentaran allí y todos miraran las fotos que había colgadas en el blog.

Silvie, nerviosa por la cantidad de policías que la rodeaban, le dio la dirección entre tartamudeos.

—Tranquila, no mordemos —dijo Steve con una sonrisa pícaro en los labios—.

Aunque puede que hoy sea el primer día.

Silvie se sonrojó intensamente y miró a la pantalla del ordenador para que no viera

el acaloro que había provocado aquel atractivo policía. La joven carraspeó y le dijo a Jim

dónde debía mirar las fotos.

En la pantalla del ordenador apareció una lista con pequeñas imágenes. El joven

pinchó en la primera de ellas, que parecía ser la última que el grupo de informáticos se

hizo antes de acabar sus estudios. Silvie miró uno por uno a sus compañeros hasta que,

por fin, dio con Tom Harris.

—¡Es ese! —exclamó.

Cuando todos dirigieron sus miradas hacia la persona señalada por la joven,

sintieron que sus corazones se paraban al instante. Todos lo reconocieron al instante. Jim

no podía creer que no hubiera tenido todo el rato delante y no hubiera sido capaz de ver

lo que escondía tras su patética sonrisa. Jacob, el jefe y amigo de Ashley, era Tom Harris.

—No lo puedo creer —dijo un estupefacto Steve.

—¿Estás segura de que es él?

Silvie asintió, ajena a la sorpresa que había causado su revelación. Jim apretó los

puños con fuerza. Sentía unas ganas inmensas de dar un puñetazo a la pantalla del

ordenador. Se sentía humillado y engañado. ¿Cómo había podido obviar los detalles del

comportamiento de Jacob? Desde el principio, vio que sentía algo por Ashley, pero creyó

que era amor o celos de que tuviera novio. Jamás pensó que era la persona que la había

amenazado, y para colmo trabajaba para él.

—Está en peligro —dijo en voz baja sin poder salir del trance en el que se había

metido.

Una palmada de Steve en el hombro lo despertó de su ensoñación y se levantó raudo

de la silla.

—Le doy las gracias, señorita, por su colaboración. Ha sido de gran ayuda.

Silvie entendió que su intervención había llegado a su fin, por lo que se levantó de la

silla y se dirigió hacia la puerta, aunque la voz melosa de Steve hizo que parase en seco:

—Sí, muchas gracias, preciosa...

El policía arrastró tanto las palabras que provocaron un escalofrío en la joven y un

nuevo y más intenso sonrojo en sus mejillas. Salió de la oficina antes de que se dieran

cuenta del calor que había invadido su cuerpo.

Jim miró de reojo a su amigo y este levantó las manos como si se rindiera:

—Lo siento, jefe, no puedo resistirme a los culitos respingones.

El aludido hizo caso omiso al comentario y pidió a Marcus que llamara a Sam para

ponerlo al tanto de los últimos acontecimientos. Sin embargo, el teléfono del despacho

sonó antes de que pudiera terminar de hablar y, tras descolgar, les hizo un gesto con la mano para que no se marcharan aún.

El rostro del joven fue cambiando a medida que las palabras de Sam llegaban por el

auricular. No podía creer lo que estaba oyendo. Sus compañeros estaban expectantes por

lo que estaba ocurriendo, ya que pensaban que había ocurrido algo grave y no podían

esperar a que terminaran. Jim, al ver sus rostros, apretó la tecla del teléfono que cambiaba

a manos libres y la voz del padre de Ashley resonó en toda la habitación.

—Hace un par de minutos me ha llegado un nuevo

mensaje —la voz de Sam parecía

a punto de romperse por la emoción—. Me piden dos millones de dólares para salvar a

Ashley. No sé si darle credibilidad o es una broma.

—Es totalmente cierto —dijo Jim en un hilo de voz—. Hay otro asesino. El jefe de

Ashley es Tom Harris.

Hubo un silencio durante unos segundos.

—¿Jacob? —la voz de Sam denotaba la sorpresa que le había producido la

noticia—. No puede ser. Dejé a Ashley a su cuidado.

—¿Cómo? —Jim apretó los puños por encima de la mesa. Esas palabras de Sam

estuvieron a punto de provocar que el joven diera un puñetazo a la mesa.

—Sí. Estaba en el hospital con ella esta mañana y después la llevó a su casa.

—Se nos ha adelantado el cabrón —dijo Steve.

—Jim, si es cierto que la ha secuestrado, sálvala. Me importan una mierda los

dólares, pero ella es lo único que me queda de mi primera mujer. Por favor.

Jim le dio su palabra de que resolvería ese problema antes de lo que pudiera pensar.

Después, colgó el teléfono. Jim esperó durante unos segundos a recuperarse. Por primera

vez desde que ingresó en el cuerpo, se sentía totalmente bloqueado. Había hecho todo lo

posible para alejarse de Ashley y todo lo que la

joven le transmitía. Sin embargo, el amor

había roto la barrera que él mismo había levantado para evitar precisamente lo que sentía

en ese momento en su interior.

Steve le colocó una mano sobre el hombro y agradeció el gesto de su amigo cuando

le apretó suavemente para darle ánimos. Si hubiera estado solo en esto, no habría podido

seguir adelante con la suficiente entereza que requería el momento.

El joven se levantó de su asiento tras una respiración profunda. Se giró hacia sus

hombres, que esperaban una guía de actuación por su parte.

—El muy cabrón se nos ha adelantado. Creo que puso al que tenemos detenido para

despistarnos y llevar a cabo su plan sin estorbos —vio cómo asentía uno por uno—. Lo

ha hecho una vez, pero no lo hará dos. Os quiero al cien por cien para salvar a Ashley.

—Claro que sí, jefe —intervino Marcus—. ¿Y con el sospechoso qué hacemos?

—Metedlo en una celda y ya veremos qué hacemos con él cuando todo esto se

resuelva. No podemos dejar cabos sueltos.

Marcus asintió y salió del despacho para acometer lo que su jefe le acababa de

ordenar. Mientras, los demás comprobaron sus armas y las balas que llevarían con ellos

en caso de que necesitaran usar sus pistolas.

—Tenemos que cazar a ese hijo de puta.

—¡Qué cabrón! —dijo Robert—. Cuando lo vi cenando con vosotros en el

restaurante no hubo nada que indicara algo extraño en él.

Jim asintió y se maldijo a sí mismo por no haberse dado cuenta.

—¡Maldita sea! —exclamó dando una patada a la mesa del despacho.

El joven les dio la espalda para intentar calmarse. Se sentía culpable de no haber

podido compaginar el amor que sentía por Ashley con su trabajo. Creía que era bueno en

esto último, pero en ese momento se maldecía por no haber estado con todos los sentidos

alerta.

Cuando por fin sus nervios volvieron a ser tan

fríos y calculadores como en

anteriores ocasiones, se sintió capaz de seguir adelante. Se giró de nuevo hacia sus

compañeros y les dijo:

—Sam ha dicho que estaban en casa de Ashley, pero no creo que sea tan tonto como

para quedarse allí. De todas formas, iremos para comprobar que no hay pruebas o pistas

que nos indiquen el paradero de ambos.

Los policías asintieron y se dispusieron a marcharse en dos coches diferentes.

Cuando Jim abandonó su despacho, miró hacia atrás deseando volver cuanto antes con

Ashley bajo su protección.



Capítulo 11

Ashley comenzó a recuperar la conciencia antes de que el coche parase el motor. El

vaivén del camino parecía querer que la joven despertara poco a poco. Las sacudidas eran

demasiado fuertes, por lo que dedujo que Jacob no conducía por la carretera. Abrió los

ojos con cuidado, ya que desconocía dónde se encontraba y si Jacob podía verla a través

del retrovisor.

La joven frunció el ceño cuando descubrió que estaba tapada con una manta de

plástico. Ahora entendía el inmenso calor que

recorría su cuerpo y las gotas de sudor que

perlaban su frente. Intentó mover las manos, pero estaban atadas tan fuerte que pensó que

en cualquier momento le cortarían la circulación. Sintió que las cuerdas se clavaban en su

carne a medida que movía las manos, provocando pequeños cortes en sus muñecas.

Comprobó que no tenía mordaza en la boca, por lo que le alegró saber que podría gritar

para pedir auxilio. Sin embargo, al desconocer el lugar en el que se encontraba, no sabía

si conseguiría ayuda o encolerizar aún más a Jacob.

Sentía emociones encontradas. Por un lado, no podía creer que su gran amigo fuera

un despiadado asesino que quisiera dar fin con su

vida. Sin embargo, por otro, se maldijo

a sí misma por haber bajado la guardia y haberse dejado engatusar y engañar por él, ya

que jamás habría dudado de su buena amistad y sus bonitas palabras.

Suspiró en silencio. No quería pensar en los motivos que habían llevado a Jacob a

secuestrarla y amenazar con matarla. La cabeza le dolía más que nunca y parecía que le

estallaría en cualquier momento si el vaivén del coche no llegaba a su fin. Aún podía

notar un hilo de sangre recorriendo su frente, y un charco pequeño de sangre lo confirmó.

Intentó apartar de ella el plástico que la cubría. Pataleó ligeramente y vio que se

escurría con facilidad. Gracias a ello, pudo

respirar con más libertad y aire más puro.

Miró a su alrededor y comprobó que se encontraba en la parte trasera del furgón. Sabía

que desde allí Jacob no podría verla, por lo que decidió que haría lo posible para intentar

desatarse del amarre de las cuerdas. Echó una mirada a ver si encontraba algo afilado. Sin

embargo, no había absolutamente nada que pudiera servirle de ayuda.

La joven maldijo su suerte e intentó desatarse a base de tirar de las cuerdas. No

obstante, lo único que consiguió fue hacerse una herida más grande en las muñecas. Un

intenso dolor le recorrió el antebrazo y pasaron unos segundos hasta que por fin se calmó.

Ashley se incorporó lo suficiente para que Jacob

no la viera y ella pudiera observar

el lugar en el que se encontraban a través de la ventanilla. Los árboles pasaban a gran

velocidad delante de sus ojos y un camino lleno de baches era el culpable de los golpes

que se daba contra los asientos traseros del furgón.

Deseó conocer el lugar en el que se encontraban y hacia dónde se dirigían, ya que

parecía que se encaminaban hacia un lugar en el que no había población alguna. Levantó

ligeramente la cabeza entre los asientos y vio que Jacob estaba demasiado concentrado en

esquivar los baches para evitar un pinchazo.

Ashley aprovechó ese momento para

aproximarse al portón del coche lentamente, ya que las intensas sacudidas podían

desequilibrarla y llamar la atención de Jacob si hacía demasiado ruido.

La joven vio que la cerradura de la puerta era fácil de abrir a pesar de las cuerdas

que le ataban las manos. Llevó las mismas hacia la apertura y, tras un clic, el portón se

abrió ofreciéndole la libertad que había tenido hasta hacía un par de horas.

—¡Maldita zorra! —la exclamación de Jacob se escuchó por encima del sonido del

motor.

Ashley aprovechó ese momento de sorpresa de Jacob para saltar de la furgoneta, que

había reducido su velocidad. La joven corrió sin mirar atrás, aunque de reojo vio que su

secuestrador había parado el coche en seco.

Llevar las manos atadas le impedía adoptar la velocidad que le hubiera gustado. Tropezó con varios baches, aunque en ninguno cayó al suelo. El costado comenzó a dolerle debido al accidente de coche, pero hizo caso omiso e intentó acelerar.

A su espalda escuchó el sonido de los rápidos pasos de Jacob, además de su respiración agitada. Echó un vistazo hacia atrás para ver qué distancia la separaba de él, y

vio con horror que estaba a tan solo un par de metros de ella. Volvió la mirada hacia el camino, sin embargo, solo pudo recorrer otro par de metros más, ya que Jacob le dio

alcance, tirándola al suelo, por el que rodaron hasta quedar la joven bajo el cuerpo de su

secuestrador.

Un gesto de dolor asomó en la cara de Ashley al tener aprisionadas sus manos bajo

el peso de su propio cuerpo y el de Jacob. Movi6 las piernas para intentar propinarle una

patada, pero no pudo. Miró con terror la cara odiosa de Jacob y descubrió en ella un gesto

que jamás pesó que vería en él: pudo sentir el odio que le profesaba a la joven y las

ansias por hacerle sufrir lo que ella o su padre le hubieran podido hacer en el pasado.

Los ojos de Jacob parecían querer salirse de sus órbitas. El joven la agarró por los

hombros y la mantuvo contra el suelo durante unos segundos mientras intentaba

controlarse para no matarla allí mismo. Ashley

temblaba de miedo y luchaba para que las lágrimas no salieran de sus ojos. No quería mostrarle a su secuestrador el pánico que le

tenía, acrecentado por la amistad que le había profesado desde que llegó a Lehigh, ya que nunca pensó que su gran amigo acabara por hacerle tremendo daño.

—¡Zorra! —vociferó sin pensar que alguien podía escucharlo—. Si vuelves a hacer algo así, te mataré sin pensarlo.

Llevó sus manos al cuello de la joven y tiró de ella para levantarla. Después, agarrando su pelo, la arrastró hasta el coche y la empujó dentro del maletero del furgón, aunque esta vez sin tapar su cuerpo con el plástico.

—Vas a desear no haber nacido —le dijo antes de cerrar el portón.

Ashley cerró los ojos cuando escuchó la puerta cerrarse. Deseó que aquello no fuera

más que una mala pesadilla y quiso despertar de ese sueño cuanto antes. Sin embargo,

sabía que no despertaría y que la pesadilla se convertiría en la peor de toda su vida.

Jim conducía a toda velocidad por la carretera que unía Nueva York con el pueblo

de Lehigh. Sabía que estaba saltándose todas las normas de seguridad en la conducción y

Steve dio gracias por la soledad que invadía la carretera a esa hora de la tarde. Le seguía

el coche en el que circulaban Marcus y Robert, ambos con las sirenas apagadas para

evitar que Jacob los oyera antes de tiempo y les echara a perder el factor sorpresa.

Cuando Jim vio por fin el cartel que anunciaba la pronta llegada al pueblo, respiró

hondo y acarició sin pensar la culata de su pistola. Estaba dispuesto a lo que fuera por

salvar a Ashley de aquel loco que lo único que deseaba era vengar el despido fulminante

de la empresa del padre de la joven. Condujo a través de las calles hasta que llegó por fin

al barrio en el que vivía Ashley. Redujo la velocidad drásticamente para no levantar

sospechas y vio que no había coches en la entrada de la casa.

—Maldito sea. No están.

Jim aparcó justo en la entrada y se bajó del coche.

Se aproximó con cuidado a la

puerta y llamó. Al no obtener respuesta ni ruidos que indicaran la presencia de personas

en la casa, se dirigió a echar un vistazo a través de la ventana. Sin embargo, no encontró

nada que pudiera indicarle que allí había habido algún tipo de forcejeo o pelea antes de

abandonar la casa. Bordeó todo el pórtico para mirar a través de las ventanas de los

dormitorios, pero volvió a encontrarse con la misma estampa.

El joven corrió hacia el coche al tener la idea de que pudiera ser que se la llevara a la

parte trasera de la tienda.

—Será mejor que lo busquemos en el trabajo. Es un almacén bastante amplio y

puede que allí la haya escondido.

Le dio instrucciones por radio a Robert para que él también se dirigiera hacia la

tienda de Jacob. Condujeron hasta la parte trasera, donde se encontraba el gran almacén.

Tras bajarse del coche, Jim vio que había restos frescos del aceite del coche. Supuso que

estaba dentro o había salido hacía pocos minutos. Intentó escuchar algo a través de la

puerta, pero no había sonido alguno. Mirando hacia varios lados de la calle para

comprobar que no había nadie, Jim sacó del bolsillo del pantalón una navaja multiusos de

la que extrajo una hoja afilada para forzar la cerradura de la puerta. Cuando esta se abrió,

los cuatro sacaron las pistolas y entraron deprisa.

Sin embargo, no se encontraron nada.

—Joder.

Jim pateó una caja que había cerca de él. No podía creer que Jacob o Tom, no sabía

cómo llamarlo, no estuviera allí.

—¿Dónde demonios estará?

Jim se encogió de hombros, pero no podía quedarse quieto. Buscó entre las cajas

algo que le indicara dónde había llevado a Ashley, sin embargo, estas estaban vacías. De

repente, la voz de Robert se alzó entre las demás.

—¡Aquí hay algo!

Jim corrió hacia el lugar donde se encontraba y se agachó junto a él. Frunció el ceño

cuando vio una barra de hierro con restos de sangre. Deseó haber podido llegar antes para

evitar el golpe que de seguro le había dado Jacob a Ashley.

—No está seca del todo —dijo el joven.

—Puede que se hayan ido hace poco. Además, el aceite derramado en la puerta es

fresco.

Jim asintió dándole la razón a su compañero. Se levantó y miró a su alrededor. Sin

embargo, no había nada que le indicara que Ashley había estado en aquel lugar ni dónde

podía estar ahora.

—Tenemos que buscar lo que sea.

Durante más de media hora, estuvieron mirando en

el almacén y dentro de la tienda

lo que pudiera darles una pista. Cuando ya estaban a punto de tirar la toalla y con los

nervios de punta, Jim encontró por casualidad un mapa del bosque que rodeaba el pueblo.

Este se cayó de entre unos papeles que había sobre el mostrador de la tienda. El joven se

agachó para cogerlo y vio que en el centro había dibujada lo que parecía ser una cabaña.

Arrugó el papel con rabia. Sin duda, Harris había escogido el lugar perfecto para

esconder a Ashley y hacer con ella lo que deseara.

—Te hemos cazado, cabrón —dijo en voz baja mientras se dirigía hacia sus

compañeros, que ya se estaban retirando del almacén—. ¡Lo tenemos!

Les enseñó el mapa al tiempo que llegaba a su altura.

—No es mucho, pero tiene rodeada esa cabaña con bolígrafo. Tiene que estar ahí.

—Estupendo, vámonos.

Volvieron corriendo al coche sin molestarse en cerrar la puerta del almacén. En el

mapa había indicaciones sobre cómo llegar al camino que les llevaría a la cabaña entre la

profundidad del bosque.

Con rapidez encontraron los caminos y se dirigieron por uno que estaba repleto de

baches. Tuvieron que sortearlos con cuidado para no provocar un pinchazo en las ruedas

y echar por la borda la misión. Jim rezaba para que la encontraran lo antes posible y que

Jacob no le hubiera hecho nada a la joven. La encontrarán como la encontrarán, haría lo

imposible para que aquel desgraciado diera con sus huesos en la cárcel.



Capítulo 12

—Jacob, por favor, suéltame. Si lo haces por dinero, mi padre tiene mucho.

Ashley intentaba por todos los medios que el que había sido su amigo la soltara. La

joven le hablaba desde la parte de atrás del furgón, pero apenas conseguía un par de

insultos, amenazas y malas palabras.

—No me llamo Jacob, zorra.

—Eres Tom Harris, ¿verdad?

El aludido no contestó, pero asintió ligeramente con la cabeza, dándole a entender a

la joven que había acertado con su pregunta. A pesar de que la joven había dado en el

clavo, no le sorprendió que supiera su nombre, al contrario, aquello fue la confirmación

de lo que ya pensaba desde hacía unos días... Y es que su querido Jim era policía. Ya se

lo haría pagar a la joven.

Ashley lo observó atentamente. Vio que había causado cierto estupor en su

secuestrador al decirle su nombre y no fallar. Sin embargo, le sorprendió que no le

preguntara por qué lo conocía. En su rostro vio una expresión que no le gustó y supo que,

aunque había dado en el clavo con el nombre, había fallado tremendamente al hacerle ver que lo conocía.

Al final del camino vio una cabaña. La espesura del bosque apenas dejaba verla, sin

embargo, a medida que se fueron aproximando, la distinguió con más claridad. Se trataba

de una pequeña casa de madera con un cobertizo anexo a ella. Tan solo un par de

ventanas en la parte delantera daban luz al interior de la cabaña. La puerta, también de

madera, se encontraba ligeramente podrida por el paso del tiempo.

Jacob dirigió el coche hacia el cobertizo y cuando apagó el motor, Ashley vio que no

podría hacer nada cuando atravesaran la puerta de

la cabaña. Fue consciente de que algo

terrible podría sucederle dentro de allí y ella no podría hacer nada para salvarse. Sabía

que Jim había detenido al que consideraban culpable de las amenazas y estaba segura de

que ya estaba entre rejas. Sin embargo, una parte de ella guardaba la esperanza de que ese

hombre confesara no ser él el culpable de todo y dijera la verdad para que volvieran a por

ella. Si Jim regresaba y no la encontraba ni contestaba a sus llamadas, sabría que estaba

en peligro. Se aferró a ese pensamiento como la única salida de ese embrollo.

La joven vio que Jacob se bajaba del coche para dirigirse a la parte trasera. Ashley

se alejó del portón todo lo que pudo. Su corazón

comenzó a latir con fuerza desmedida. A

pesar de que se había infundido ánimos, el pánico se había apoderado de ella.

Pensamientos oscuros le rondaban la mente y no podía deshacerse de ellos a pesar de

intentarlo.

Jacob abrió la puerta del furgón y la observó desde su posición. Ashley vio que las

sombras oscurecían su cara, pero la mueca que mostraba en su rostro era tan diferente a

la amable que siempre había conocido que pensó que estaba ante una persona totalmente

diferente. No podía creer que hubiera hecho tan bien el papel de amigo a pesar del odio

que le tenía.

—Ven aquí —le ordenó.

Ashley no quería provocarlo, pero tampoco quería mostrarle el miedo que sentía por

él, por lo que se encaró a él y le dijo con voz ligeramente temblorosa:

—No pienso ir contigo a ninguna parte.

Jacob se mantuvo callado durante unos segundos. Achicó los ojos hasta convertirlos

en dos finas líneas y le dijo:

—Está bien. Tú lo has querido.

Se adentró en el coche y se aproximó a ella. La agarró del pelo y tiró con fuerza para

sacarla de allí. Ashley intentaba no gritar, pero era tan fuerte el dolor que sentía en el

cuero cabelludo que no pudo evitar una

exclamación. La joven fue llevada hacia la entrada de la cabaña. Cuando estuvieron ante esta, Jacob sacó una llave antigua y abrió la puerta.

Una nube de polvo llegó hasta su nariz. Ashley tosió ligeramente y, cuando se

acostumbró a la oscuridad que reinaba en el interior, vio que por dentro era más grande

de lo que pensaba. Jacob descorrió las cortinas y la condujo hacia una silla que había

justo en el centro del salón de la cabaña. Ashley se resistió en todo momento, pero las

fuerzas de ambos eran diferentes y perdió esa batalla.

—Jacob, por favor, deja que me vaya. Podemos solucionar esto de otra manera.

—¡No me llamo Jacob! —vociferó agarrándola del cuello—. Mi nombre verdadero

es Tom, como bien sabes.

—Lo siento, Tom —intentó hablar Ashley a pesar de la presión sobre su cuello—.

No volverá a pasar.

—Claro que no. Te lo voy a grabar para que no se te borre.

Dicho eso, Tom le dio una bofetada a Ashley que hizo que cayera al suelo,

levantando una nube de polvo que le impidió respirar durante unos segundos. La joven

sintió que un hilillo de sangre le recorría el labio, por lo que supuso que se lo había

partido con el golpe. Respiró hondo hasta que el dolor pasó y de nuevo se vio zarandeada

por Tom, que la levantó para después sentarla sobre la silla que había preparado para ella.

—Lo habías planeado desde hace tiempo, ¿no?

—le preguntó la joven sin poder

evitar un deje de pena.

Ashley hizo un gesto de dolor al sentir que las cuerdas de sus muñecas se apretaban

más sobre su piel a medida que Tom la ataba a la silla.

Después, cuando hubo comprobado la fiabilidad de sus nudos, Tom se alejó de ella y

la observó dura y fríamente. Sus ojos demostraban el profundo odio que le profesaba.

Ashley no entendía muy bien a qué se debía, ya que ella no lo había conocido antes de su

llegada a Lehigh y no tenía nada que ver con la

empresa de su padre.

—Me gustaría contarte una historia —comenzó diciendo como si se dirigiera a una

niña—. Había un chico que estudió informática durante varios años. Sus notas eran

excelentes y sus profesores le auguraban un gran futuro en la materia. Sin embargo, en su

camino se cruzó la empresa Smith Corporation. Su jefe siempre le proporcionaba más

trabajo del que podía y lo animaba a hacer algo diferente por la empresa. Un día, él y

varios compañeros estuvieron de acuerdo en que lo mejor sería recopilar información de

otras empresas y adelantarse a ellos en sus proyectos. Estas personas fueron descubiertas.

¿Y todo para qué? ¿Para qué tanta dedicación al

trabajo? Para acabar tirado como un

perro en la calle, sin indemnización porque hicimos algo ilegal. Y para colmo, tu padre

dijo que le diéramos las gracias por no denunciarnos.

Ashley mostraba lágrimas en los ojos debido a la historia que le estaba contando.

Sabía que su padre había sido demasiado estricto con las personas a las que echó de la

empresa y que no había hecho nada por ellos, salvo manchar su nombre para que jamás

los volvieran a contratar como informáticos. Su padre era un tiburón sin escrúpulos en el

mundo empresarial y no había temido pisar la cabeza del contrario para ascender. Lo

único que Ashley sentía era que sus malos pasos

debía pagarlos ella, que no tenía nada
que ver con él.

—Sé cómo te sientes.

—¿Lo sabes? —vociferó aproximándose a ella tan
cerca que la tuvo a tan solo un

palmo de su cara—. ¿Sabes lo que se siente
regresar a casa y tener que contar que has

sido despedido por ayudar a tu puñetero jefe?
¿Cómo lo vas a saber? Eres la niña de

papá... Mi madre necesitaba dinero para sus
medicinas y tuve que venirme a este

asqueroso pueblo donde aún conservaba la
herencia de sus padres.

Tom le señaló todo a su alrededor.

—Esta cabaña y el almacén era de mis

antepasados, y mira para lo que me ha servido...

Ashley inclinó la cabeza hacia un lado para evitar oler el fétido aliento de Tom.

Sentía cómo temblaba su propio cuerpo ante la proximidad del que había sido su amigo y

deseó mentalmente que se alejara de ella a cierta distancia. Sin embargo, Tom sujetó el

mentón de la joven y la obligó a mirarlo.

—Tú nunca has conocido la necesidad que puede pasar una persona, ni el sudor para

poder pagar tus estudios. Te lo han dado todo.

—Siempre he ido por un camino diferente al de mi padre.

—¿Sí? Pues corrió a tu casa para decirte que

estabas en peligro. No me vengas con

que no eres como él. Sabía que él tiene todo un ejército de guardaespaldas tras él y no

podría hacerle nada.

Tom se incorporó tras soltarla y la observó desde su posición.

—Por eso, cuando el destino te puso en mi camino y quiso que trabajaras para mí, en

lugar de hacerte la vida imposible decidí vengarme a lo grande. Tu padre me aportará una

cuantiosa suma de dinero por ti, para que regreses sana y salva con él, pero no sabe que

pagará para nada. Lo único que verá de ti será tu cadáver, pero para entonces yo ya habré

huido con el dinero.

Ashley lo miró, pero apenas pudo distinguirlo entre el torrente de lágrimas que

corría por su rostro. Se sentía impotente ante su secuestrador, ya que este no era capaz de

escuchar sus alegatos para darle cuartel. Ashley, a cada minuto que pasaba, era más

consciente de que su situación era límite, y Tom no estaba dispuesto a dejarla marchar

libremente. Mientras vio cómo se alejaba de ella unos pasos y le daba la espalda, la joven

rememoró los momentos vividos con Jim. Aunque estos habían sido escasos, Ashley los

había vivido con tal intensidad que pareciera que conocía a Jim de toda la vida. Deseó

poder verlo por última vez, y lo hizo con tanta fuerza que por un momento se convenció a

sí misma de que el joven aparecería en cualquier momento por aquella puerta podrida.

Cuando abrió los ojos, Tom había regresado junto a ella. El silencio los había

envuelto a cada uno en sus reflexiones y Ashley se topó de nuevo con la cruda realidad

que la rodeaba. Vio que Tom volvía a inclinarse sobre ella y la miraba directamente a los

ojos.

—Sin embargo, quisiera divertirme contigo antes de dar fin a tu vida.

Ashley vio con horror que Tom acortaba la distancia que los separaba y la besó con

rabia. Aquel beso era todo lo contrario a Jim, en cuyos besos se había sentido protegida y

amada. No obstante, ese le repugnaba hasta tal

punto de provocarle una arcada.

—Maldita zorra, ¿es que yo no soy lo suficiente para ti? ¿Prefieres a ese maldito

policía?

Ashley sintió que su corazón se paraba al instante. ¿Había dicho policía? ¿Es que en

algún momento bajaron la guardia hasta tal punto que los había descubierto en su

mentira? Sin embargo, la joven optó por el despiste a pesar de saber que ya habían sido

desenmascarados.

—¿Policía? —intentó parecer segura en sus palabras, aunque un ligero tartamudeo la

delató—. No sé a qué te refieres.

Tom se incorporó lo suficiente para abofetearla

con fuerza. Ashley apretó los dientes

por el dolor y durante un segundo mantuvo la mirada fuera de su alcance, aunque,

momentos después, volvió sus ojos a su secuestrador. Confirmó que los había descubierto y no había podido mentirle.

—¿Me crees tan tonto como para no darme cuenta de las cosas? —le espetó—.

¿Crees que no adiviné que ese novio tuyo no era más que un policía que te había traído tu

papá desde Nueva York? Siempre me habías dicho que no tenías novio en Nueva York,

ni siquiera hablabas de nadie. Y, de repente, aparece en tu vida ese desgraciado, justo

cuando le envío a tu querido padre que vas a morir. ¿De verdad me creíais tan tonto? ¿Y

crees que no sé que te lo follaste a la primera de cambio? Eres una maldita zorra, y si te

lo follaste a él, ¿por qué no conmigo?

Ashley lo miró sorprendida. ¿Cómo había descubierto tantas cosas sobre Jim? Tom

sonrió de lado y giró levemente la cabeza.

—¿Quieres saber cómo lo adiviné? —se acercó a ella de nuevo—. Vi cómo te lo

follabas.

Tom puso una de sus manos sobre la pierna de Ashley, ascendiendo poco a poco a

medida que hablaba. Ashley cerró los ojos con fuerza, no podía soportar el contacto de

ese hombre sobre su piel. Sintió vergüenza al conocer que había sido vista por él en la

intimidad con Jim y un rubor intenso subió a sus mejillas.

—Te veía por una cámara que coloqué estratégicamente. Ninguno de esos policías

logró descubrirla —tocó uno de sus pechos y lo apretó sin piedad, provocando dolor en la

joven, que lanzó un gemido—. Vi cómo te restregabas con ese desgraciado y le

entregabas tu cuerpo.

Tom rasgó la camiseta de Ashley, dejando a la vista los pechos de la joven, que se

sentía más humillada que nunca.

—No me toques —le dijo con rabia.

Tom no hizo caso a sus palabras y bajó los tirantes del sujetador, al tiempo que la

tocaba lascivamente.

—¿Qué pasa, yo no soy tan hombre como ese poli?

—Jamás serás tan bueno como él. Me das asco.

El gesto de Tom cambió de nuevo a la rabia. Se dirigió hacia las ataduras de la joven

y soltó el amarre que la mantenía unida a la silla. Después, la arrastró hacia el pequeño

dormitorio que había en la cabaña, y donde una cama era el único mobiliario que

adornaba la estancia.

—Eso ya lo veremos.

La atrajo hacia sí y la besó con rabia contenida. Ashley mantenía los labios

apretados para evitar el contacto con su lengua, pero bastó un puñetazo en su costado

para que la joven abriera la boca para lanzar un suspiro de dolor. En ese momento, Tom

aprovechó para meter su lengua dentro de ella y saborear su boca salvajemente. Ashley

se retorció para librarse de sus manos, que aprovechaban para tocar cualquier parte de su cuerpo.

En un momento dado, Ashley cerró la boca con fuerza, mordiendo la lengua de Tom

hasta hacerle sangrar abundantemente. Este se separó de ella como movido por un resorte

lanzando un grito de auténtico dolor. Reaccionó enseguida y la agarró del cuello para

después empujarla sobre la cama, de la que salió una intensa nube de polvo.

—Vas a saber lo que es bueno —le dijo antes de

cubrir el cuerpo de la joven con el
suyo propio.



Capítulo 13

Jim redujo velocidad a medida que se iba aproximando a la cabaña. La vieron aparecer en la lejanía y no quiso que los que estaban dentro escucharan el sonido del motor acercarse. Dejó el coche aparcado y escondido entre unos matorrales desde los que podía ver la puerta de entrada. Robert hizo lo mismo y dejó el coche al lado del de su jefe.

Los cuatro policías se mantuvieron agachados para evitar ser vistos. Desde su

posición observaron los posibles movimientos o ruidos que les indicaran la presencia de

Tom o Ashley dentro de la cabaña. Sin embargo, estaban demasiado lejos como para

escuchar lo que estuviera sucediendo dentro.

—Marcus, Robert, rodead la cabaña —ordenó Jim—. Steve y yo entraremos por la

puerta principal. Tened cuidado con el sospechoso, no sabemos si tiene armas. Ashley

podría correr peligro si se ve rodeado.

Los demás asintieron y sacaron sus armas.

Después de comprobar el cargador, se

aproximaron con sigilo a la cabaña. Esta se encontraba sumida en el más completo

silencio. Si no fuera porque habían reconocido la furgoneta de Tom, creerían que se habían vuelto a equivocar de lugar.

Jim les hizo un gesto a Robert y Marcus para que se fueran a la parte de atrás. Estos, agachándose cuando pasaban delante de las ventanas, se dirigieron con sigilo hacia la parte de atrás.

Jim se mantuvo en silencio durante unos segundos para darle tiempo a sus

compañeros. De repente, escuchó el sonido de un grito. Reconoció al instante la voz de

Tom. Jim frunció el ceño sin entender el motivo de su grito de dolor, aunque enseguida

volvió a escucharse un grito, sin embargo, esta vez procedía de una persona diferente que

identificó al instante: era Ashley. La joven gritó de dolor e insultó a su secuestrador. Jim

no se lo pensó ni un momento más, quitó el seguro a la pistola y abrió la puerta con sigilo

para evitar alarmar a Tom.

Ashley daba patadas continuamente para quitarse de encima el cuerpo asqueroso de

Tom, sin embargo, no podía evitar que este la tocara íntimamente en más de una ocasión.

Le asqueaba el contacto con el que había sido su mejor amigo, no podía soportarlo más,

hasta que por fin le dio una patada en la entrepierna, provocando un gemido de dolor en

Tom. Este le dio un puñetazo en la cara que estuvo a punto de dejarla inconsciente.

Momento que aprovechó Tom para seguir en su

empeño de tocarla.

Ashley lanzó un suspiro y sacudió la cabeza. Durante varios minutos sintió que la

habitación le daba vueltas y creyó que iba a vomitar, ya que su estómago parecía tener un

tornado dentro de él. Cuando por fin se recuperó, dirigió su mirada hacia Tom y

descubrió con horror que este se estaba desnudando y ya tenía el pecho al descubierto.

Ashley no pudo evitar una comparación con Jim y descubrió que Tom parecía más

endable que el detective en muchos aspectos, por lo que no pudo evitar meter el dedo en

la llaga.

—Puede que me violes, pero jamás podrás parecerte a Jim en nada.

A Tom aquellas palabras no le sentaron bien, por lo que se inclinó sobre ella y,

agarrándola del cuello, le dijo:

—¿Ah, no? Eso no lo sabes —apretó con fuerza su cuello hasta dejarla sin

respiración—. ¿Y dónde está él ahora que no viene a salvarte? ¿Dónde está ahora tu

querido Jim?

Hubo un segundo de silencio, y de repente, se escuchó una voz atronadora y ronca

desde la puerta de entrada al dormitorio:

—Estoy aquí, hijo de puta —dijo amartillando la pistola.

Tom soltó de golpe a Ashley, que tosía con fuerza intentando recuperar el aliento

que le faltaba. Se quedó completamente quieto, como si hubiera escuchado la voz, pero

no fuera de este mundo. Tom no podía creer que lo hubiera encontrado con tanta

facilidad en aquel lugar alejado del pueblo y del que nadie tenía constancia.

Cuando por fin pudo reaccionar, agarró a Ashley y la puso delante de él como

escudo ante el cañón de las pistolas de Jim y Steve.

—¡Suéltala! —ordenó Jim.

Tom rió y aprovechó ese momento para tocarle un pecho a la joven, que intentó

patearlo y soltarse, aunque sin éxito.

—Has estado a punto de presenciar cómo disfrutaba de esta zorra. Podrías haberme

dejado cinco minutos más. Tú ya tuviste tu momento, ahora era el mío.

Jim apretó la mandíbula con fuerza, aunque intentó calmarse por el bien de Ashley.

Cuando entraron a la cabaña y vio desde la puerta que aquel malnacido estaba casi

desnudo ante ella, y que la joven tenía la camiseta rota estuvo a punto de amartillar el

arma y matarlo. Sin embargo, no quiso mancharse las manos con su sangre y dejó que la

justicia hiciera su trabajo cuando lo detuvieran.

Durante un segundo, miró a Ashley e intentó infundirle todo el amor que sentía por

ella, además de la tranquilidad necesaria hasta que acabara el trance por el que estaba

pasando.

—¡Qué pronto a confesado el desgraciado de Martín! No debí confiar en él.

—No ha confesado. Hemos sido más listos y nuestras fuentes han sido otras.

Tom frunció el ceño sin entender. Nadie más conocía sus intenciones, por lo que se

extrañó al escuchar esas palabras. Un nerviosismo se instaló en su pecho, no pudiendo

evitar amenazar con más ahínco a Ashley.

—Jim, por favor —le suplicó la joven entre lágrimas.

El aludido sintió que su corazón se partía en mil pedazos al no poder ayudarla

instantáneamente. Necesitaba que Ashley estuviera tranquila hasta que todo se

solucionara. Si hubiera podido cambiarse en su

lugar, lo habría hecho sin pensarlo.

—Tranquila, Ashley. Estoy aquí y no pienso irme.

—¡Qué bonito! —dijo entre dientes Tom—. Me dan ganas de llorar con vuestra

muestra de amor asqueroso.

De entre el pantalón sacó una navaja de grandes dimensiones. La abrió y la puso en

el cuello de Ashley.

—Me dais ganas de vomitar —después se dirigió a su prisionera—. ¿Sabes? Con

esta navaja maté a tu querida amiga en Nueva York. Pobrecita, murió delante de mis

ojos, y disfruté como nunca al ver sus estertores.

Ashley no quería oír sus palabras. Lágrimas de pena corrían por su rostro al recordar

la muerte de su amiga. La joven había muerto por su culpa y eso no se lo perdonaría

jamás.

—¡Ya basta! —gritó Jim para evitar que siguiera regodeándose en sus malas

acciones—. Suelta a la chica y entrégate. No puedes salir de aquí.

Jim le señaló la ventana que tenía el dormitorio y Tom dirigió su mirada hacia allí.

Vio que había otros dos policías más apuntándolo con sus armas. Apretó aún más la

navaja contra el cuello de Ashley, provocándole un pequeño corte cerca del mentón.

—No hasta que su padre pague por el daño que me hizo.

—Eso es agua pasada —dijo Jim—. Aunque

pague, tú vas a ir a la cárcel.

Tom negó con la cabeza.

—No. Prefiero dejar este mundo antes que enfrentarme a cadena perpetua. Y antes

de irme, me llevaré conmigo a tu querida Ashley.

La joven, sin saber qué ocurría, sintió un pinchazo en el costado derecho. Lanzó un

grito de dolor antes de caer al suelo y escuchar el sonido de varios disparos. La joven se

llevó las manos al costado y lanzó una exclamación cuando dio justo en la herida

provocada por la navaja de Tom. Intentó taponar la herida, pero tenía aún las cuerdas en

sus muñecas y no podía hacerlo con facilidad. La habitación le daba vueltas y sentía una

debilidad que poco a poco fue recorriendo su cuerpo.

A su alrededor, Steve corrió hacia el herido, que había disparado en hombro y

piernas mientras Jim se aproximó a Ashley. Cortó las cuerdas que la maniataban y la giró

levemente para examinar su herida. Comprobó que no era demasiado profunda, pero la

sangre salía a borbotones y podría morir desangrada.

—¡Robert! —vociferó—. Llama a una ambulancia.

El aludido asintió y corrió a buscar cobertura, ya que en la espesura del bosque había

perdido la señal.

Mientras, Jim se quitó la camiseta e hizo presión con ella en la herida de Ashley. La

joven, al sentir esa presión, lanzó una exclamación de dolor, que fue acallada por los

labios de Jim. Este la abrazó con fuerza y la atrajo hacia él para infundirle calor y ánimo.

Necesitaba sentirla después de todo lo que habían pasado, y él no podía evitar sentirse

culpable por haberla abandonado a su suerte. Se hacía responsable de aquella herida no

solo como policía, sino como persona a la que amaba. Jim, por primera vez en mucho

tiempo, sintió la quemazón de las lágrimas en los párpados, pero no podía mostrarle

debilidad a Ashley en aquel momento en el que necesitaba toda la fuerza que pudiera

infundirle.

La amaba, y sabía que ella también lo amaba. Le

había hecho daño la noche en la

que habían hecho el amor y la rechazó después.
Pensó que era la mejor forma de

protegerla, pero acababa de comprobar que había
conseguido el efecto contrario. Y ahora

que la veía herida no podía dejarla marchar.

—Ashley —llamó la atención de la joven, que
estaba a punto de perder la

conciencia—, no me dejes. Aguanta, por favor,
aguanta.

La abrazó y enterró la cara en sus cabellos,
aspirando el aroma que estos

desprendían. Sintió que Ashley correspondía a ese
abrazo, aunque la inconsciencia se la

llevó a las sombras. Sin embargo, Jim creyó
escuchar antes de sentir el peso de la joven:

—Te quiero.



Capítulo 14

La ambulancia se había llevado urgentemente a Ashley. Sin embargo, Jim tuvo que

quedarse en la cabaña unos minutos más mientras hacían el informe de todo lo que había

ocurrido. Steve le había insistido hasta la saciedad que se fuera al hospital a verla, pero

negó diciéndole que era él el responsable de la investigación y le correspondía hacer el

informe.

Una parte de él estaba tranquila, pues el médico le había informado de que la navaja

no parecía haber tocado algún órgano importante. Sin embargo, no podía evitar que las

manos le temblasen a medida que escribía lo sucedido en la cabaña.

—Si quieres, puedo ir a Nueva York a llevárselo a Sam —se ofreció Steve.

Jim negó con la cabeza.

—Lo he llamado y me ha dicho que estará en el hospital con Ashley. Mejor se lo

entregamos otro día.

Jim se volvió, aunque de nuevo se giró a su amigo para pedirle algo. Nunca le había

gustado pedir favores, pero en ese momento lo necesitaba, y nadie mejor que Steve para

llevarlo a cabo.

—Amigo, necesito algo.

—Tú dirás.

—Me gustaría que seas tú quien lleve a Harris a comisaría y lo interrogues. El

médico de la ambulancia ha dicho que las balas habían salido limpias y solo había que

curar la herida, por lo que podría salir hoy mismo del hospital. Sé que eres el mejor, y me

gustaría ir a ver a Ashley.

Jim no sabía cómo continuar, pero Steve sonrió y asintió. Le puso una mano en el

hombro para reconfortarlo y le dijo:

—No te preocupes, amigo. Saldrá de esta. Es una mujer fuerte. Y no te preocupes

por el trabajo —dijo frotándose las manos—.

Estoy deseando ponerle las manos encima a ese malnacido.

Jim le estrechó la mano y se giró para marcharse, aunque la voz de su amigo lo paró

de nuevo:

—A mí también me gustaría pedirte algo, amigo —comenzó, y esperó a que Jim lo

mirase para continuar—. Espero que esta vez no dejes escapar a esa mujer. Ya va siendo

hora de que seas feliz, y sé que ella lo logrará. No vuelvas a alejarla de tu lado.

Jim negó con la cabeza al tiempo que una sonrisa asomaba a sus labios.

—Jamás la dejaré ir. Ha tenido que pasar esto para darme cuenta de que no puedo

vivir sin ella.

—Más vale tarde que nunca, amigo.

Se despidieron y Jim se dirigió a su coche para marcharse a Nueva York. Se armó de

valor para hacer algo que jamás había hecho, y es que a pesar de haber estado con otras

mujeres, nunca se había enamorado de ellas. Con Ashley había conocido el amor, y

deseaba estar con ella el resto de sus días...

Ashley había recuperado la conciencia poco a poco. Durante un momento pensó que

estaba muerta, ya que no sentía dolor alguno por el navajazo recibido. Sin embargo, al

abrir los ojos y ver a su padre allí, a los pies de la cama, fue consciente de que todo había

llegado a su fin, de que Tom Harris estaba en la cárcel y que había dejado de estar en perpetuo peligro.

La joven respiró hondo y soltó el aire poco a poco. Se alegraba de estar viva e

incluso de ver a su padre. No quería más rencores en su vida, ni vivir odiando a nadie.

Tan solo deseaba vivir en paz y tranquilidad con todo el mundo. A pesar de la herida y la

traumática situación que había sido el secuestro, Ashley se sentía más viva que nunca.

Sin embargo, una parte de ella, a pesar de la alegría de estar bien, sabía que le faltaba

algo. Era un hueco que jamás podría llenar aunque consiguiera todo lo que se propusiera

en la vida. Y ese algo era Jim, al que pensaba que

no volvería a ver jamás, pero que,

durante unos minutos, tuvo la inmensa suerte de haber compartido espacio cuando fue a

rescatarla de Tom.

Su padre la abrazó en silencio, aunque ella siguió metida en sus pensamientos.

—¿Cómo estás?

—Bien, papá.

—Voy a avisar al médico para que te examine.

Ashley asintió y dio gracias por quedarse sola un momento. El recuerdo de Jim la

había golpeado duramente nada más despertar. Era la última cara que había visto antes de

perder la conciencia y, aunque no recordaba las palabras que le había dedicado el

detective mientras ella se desangraba, estaba segura de que le había dicho algo

importante, ya que sintió su abrazo más fuerte que nunca. Le hubiera gustado hablar con

él, pero las palabras que le había dedicado aquella noche en su casa aún resonaban en su

cabeza y le aseguraban que él no la amaba. Pero si era así, ¿por qué la había abrazado en

la cabaña?

La joven se encontraba en medio de un torbellino de preguntas cuando la puerta de

su habitación sonó. Miró hacia allí esperando ver a su padre que regresaba con el médico,

sin embargo, cuando esta se abrió después de que ella le dijera que pasara, la persona que

entró le dio la mayor sorpresa de su vida. Su

corazón comenzó a latir con tanta fuerza que

creía que iba a desmayarse. Incluso los efectos de la anestesia que aún pululaban por su

cabeza se esfumaron de golpe y los nervios hicieron que la joven reaccionara

incorporándose de golpe. Ni siquiera sintió el pinchazo en el costado. Tan solo podía

sentir el inmenso placer de poder ver de nuevo a Jim.

Ashley se sonrojó intensamente al ser traspasada por la intensa mirada del joven, que

no podía parar de observarla para comprobar que estaba bien y el médico no le había

mentido sobre su estado.

Lentamente y con paso decidido, Jim se aproximó a la cama y cuando llegó a su

altura, le dijo:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, apenas me duele.

Jim asintió y carraspeó nervioso. Ashley lo observó y descubrió cierto nerviosismo

en él, aunque estaba segura de que no era tan fuerte como el que tenía ella y le provocaba

un temblor en las piernas. Dio gracias por estar tumbada en la cama, ya que si no fuera

así, se habría caído al suelo nada más verlo.

—Si buscas a mi padre, ha salido a buscar al médico —le informó la joven sin saber

qué decir.

Jim negó con la cabeza y levantó la mirada hacia sus ojos. Respiró hondo, se armó

de valor y le dijo:

—No vengo a ver a tu padre, sino a ti.

—Jim...

El joven levantó una mano y le pidió silencio.

—Esto no se me da bien. De hecho, no quiero cagarla como hace unos días

—nervioso, se metió las manos en los bolsillos del pantalón—. Cuando supe que Tom te

había secuestrado...

Jim calló durante un momento, no sabía cómo continuar ni cómo decirle lo que

sentía. Sacó las manos de los bolsillos y agarró la mano derecha de Ashley.

—No me podía imaginar cómo sería mi vida si ese malnacido te hubiera hecho algo.

Sé que la otra noche fui un tonto al despreciarte de esa manera, pero estaba asustado.

Nunca me había pasado esto y no sabía cómo actuar. Lamento haberte hecho daño, y

espero que puedas perdonarme. Te quiero, Ashley Smith. No sé qué me has hecho, pero

has conseguido romper las barreras que había levantado para evitar enamorarme. Desde

el momento en que te vi supe que eras especial. Me sentí atraído por ti al instante y no

podía apartar mis pensamientos de ti. Sentía que tenía que protegerte, pero no solo de

Harris, sino también de mí. Mi profesión no es la más tranquila y nunca he querido poner

a nadie en peligro.

—No me da miedo el peligro —dijo ella con una

media sonrisa en los labios.

—A mí tampoco —contestó él—. A la mierda todo.

Acortó la distancia que los separaba y la besó con intensidad, aunque con precaución

de no causarle más daño. Saboreó su boca como si fuera la última vez que lo hacía,

deseando absorber todo lo necesario para subsistir si ella lo rechazaba. Sin embargo, la

respuesta abierta de Ashley lo sorprendió y descubrió que ella abría su boca para recibirlo

con la misma intensidad que el joven.

Ashley no pudo evitar que lágrimas de alegría inundaran sus ojos y rodaran por sus

mejillas, aunque Jim las recogió con sus dedos suavemente y la acarició hasta la

saciedad.

—Te quiero, Jim.

—Y yo, mi amor. No me apartes de tu lado, por favor.

Ashley negó con una sonrisa.

—Nunca.

Esta vez, Jim besó a Ashley de manera pausada, lentamente para disfrutar de cada

uno de sus besos. Se olvidaron de lo que sucedía a su alrededor, el hospital había dejado

de existir para ambos. Solo estaban ellos y nadie más, disfrutando el uno del otro para

recuperar el tiempo perdido. Ya todo estaba arreglado y claro. El amor los había

alcanzado con la rapidez de una bala y se había

clavado tan hondo en sus corazones que
no podrían quitársela jamás.